

LA CÁRCEL

Jesús
Zárate

Lectulandia

La acción de la novela galardonada con el Premio Planeta 1972 transcurre íntegramente en una cárcel colombiana, en la que el protagonista, Antonio Castán, se encuentra acusado de un crimen que no ha cometido. Para ocupar su tiempo empieza a llevar un diario en el que describe a sus compañeros de celda, Mister Alba, un «gentleman» aventurero, «ingenioso y mentiroso», Braulio, un bígamo sentimental, y David Fresno, estudiante bohemio falsificador de cheques. Los cuatro conversan, con un gran derroche de divertidas e inteligentes paradojas, sobre la libertad y el encarcelamiento, la inocencia y la culpabilidad, mientras el relato toma un rumbo inesperado con el estallido de un motín y el asesinato a sangre fría del director de la prisión, el sádico Leloya.

El desenlace va a dar una agudeza insospechada y un sentido muy hondo a las paradojas que manejan estos personajes, siempre con un humor incisivo que sin renunciar a la sonrisa y a la comprensión humana, revela profundas e inquietantes contradicciones. Obra muy bien escrita, de gran amenidad y «suspense», su lectura nos introduce en toda una problemática del mayor interés planteada de un modo brillante y atractivo.

Lectulandia

Jesús Zárate

La cárcel

ePub r1.0

Maki 30.11.13

Título original: *La cárcel*
Jesús Zárate, 1972
Diseño de portada: Maki

Editor digital: Maki
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

La rata

MIÉRCOLES. OCTUBRE 14

Ésta es la definición de la ley: algo que puede ser violado.

GILBERT K. CHESTERTON

Mi nombre es Antón Castán.

En realidad, me llamo Antonio Castán. Pero en la escuela, siendo muy niño, por una concesión cordial, mis compañeros decidieron despojar la palabra de las dos últimas letras. Letras inútiles, desde entonces yo mismo me encargué de echarles encima la tierra del olvido.

Esta mutilación verbal, lejos de deformar mi personalidad, la ha definido y completado. Antón me caracteriza civilmente, puesto que conserva en esencia mi verdadero nombre. Por otro lado, Antón idealiza un poco la vulgaridad de Antonio.

Antonio es nombre de patricio o de santo, y yo no tengo nada de lo uno ni de lo otro. Antón se aproxima más a mis auténticas disposiciones, puesto que es nombre de revolucionario o de prisionero. Siendo la forma aceptada y común de mi identificación legal, es a la vez mi título de guerra. Llamarse Antón es como llevar en la vida una bandera.

Antonio es nombre para inscribirse en el censo nacional. Es nombre de estadística tributaria y de catastro urbano. Por el contrario, Antón es un nombre de letras, como se decía antiguamente para calificar lo que implicaba una actividad intelectual. Antón sería un buen seudónimo para escribir versos o novelas.

Un día, Míster Alba me dijo:

—Antonio es nombre de decadentes cadencias latinas. Antón es nombre de mística precisión eslava. Hizo usted bien en cambiarse el nombre. En esta cárcel, como en la historia de Roma, todos los héroes se llaman Antonio.

No siendo yo latino, sino latinizado a la fuerza, por asimilación accidental, Antón me sirve para desatarme una cadena. La voz, aguda como una orden militar, es a la vez mi gracia y mi apodo. Esta dualidad me desvincula de las limitaciones espirituales de una raza y de un pueblo y me convierte en lo que efectivamente quiero ser: una parte insignificante pero sustancial de la humanidad.

He mencionado las cadenas. De cadenas va a hablarse mucho en este libro. Tal vez ése sea el secreto de mi complacencia con la decisión infantil que me bautizó en aquella forma. Antonio fue el nombre que me impuso la ley de una larga tradición familiar, cultural y religiosa, ineludible e impositiva. Antón es el nombre con que yo violo esa ley. Antón fue el nombre que me dio la amistad, es decir, la libertad.

Antón es el único modo que me queda de ser libre.

Cuando yo era lo que se llama un hombre libre, todo esto me importaba muy poco. Bajo el régimen de la elección individual da lo mismo llamarse de cualquier modo. En esas condiciones está permitido hasta el lujo bastardo y hermoso de carecer de nombre y apellido. Basta entonces con saber que uno es un ser humano.

En la cárcel, al tocarme el cuerpo y esculcarme el alma, encuentro sólo la protuberancia remanente de mi nombre, y eso ya es un consuelo. La cárcel me ha despojado de todo, menos de una convicción que sobrevive aún en el seno de mi conciencia, y es que todavía puedo parecerme a un hombre libre. A pesar del número conque aquí me han marcado, me queda todavía una tabla de salvación, puesto que me queda el refugio íntimo de mi nombre, para conservar la certidumbre de que sigo perteneciendo al género humano.

JUEVES. OCTUBRE 15

¿Adónde iríamos a parar, si en seguida empezáramos a hablar de nuestra inocencia?

FRANZ KAFKA

No sé por qué me he decidido a empezar este libro. Con toda sencillez, sin un propósito literario concreto, como quien abre la llave del agua corriente, ayer resulté escribiéndolo.

Ayer cumplí tres años en la cárcel. Quizás el hito sombrío del aniversario explique el impulso inconsciente que me llevó a emprender esta tarea.

Ahora, ya no puedo abandonarla. El río de mi voz ya no puede dejar de correr.

Dispongo de un lápiz y de algunas hojas de papel que me regaló David. El mayor problema lo ofrece la dificultad de sacarle punta al lápiz. Para ello he de valerme de un guardián que no muestra muy buena disposición de colaborar. Tendré que circunscribir mi inspiración al ámbito de la bondad o del capricho del guardián. En la cárcel, el genio depende un poco de la punta de un lápiz.

La inquietud de escribir algo me acosaba desde hacía varias semanas, aunque no lograba decidirme sobre el medio que debía adoptar para consignar mis pensamientos y ordenar mis experiencias y recuerdos. El verso exige un don de profecía cósmica del que yo carezco. La novela es un espejo en un camino, como dijo Stendhal, y en la cárcel no hay espejo ni camino. El teatro sería más adecuado, pero el teatro imita tan mal la realidad, que el teatro me da siempre más miedo que la vida. Las memorias son una venganza de los estadistas en decadencia o una coquetería de relaciones públicas de las damas galantes. El ensayo es filosofía periodística, algo así como decir religión irreligiosa.

No me quedaba más recurso que el diario. Y no me arrepiento. A pesar de estar desacreditado también, el diario es el instrumento de expresión más honesto, porque es el único que desde el principio se sabe que no es sincero. No pretende adivinar, como el verso, ni colabora en la locura, como la novela, ni aspira a suplantar la verdad, como el teatro, ni se maquilla el rostro, como las memorias, ni posa de pedante, como el ensayo. Participa, sin embargo, de los ingredientes de todos esos estilos, los buenos y los malos, aunque bien dosificados. Entre todos ellos, el diario es la manera más inofensiva de mentir.

Además, siendo la cárcel tan verdadera y tan falsa como la misma literatura, el diario es por excelencia un género literario para presos. No es muy exigente que digamos. No impone pensar, sino llenar con palabras la soledad y el silencio. No

obliga a correr, como el periodismo: pensar en correr, en la cárcel, no deja de ser una ironía. El diario es también un instrumento cómodo para los ignorantes. El diario puede ser la cámara de una cinematografía popular, el apunte cotidiano de un tendero, el cuadro instantáneo de un fotógrafo ambulante, la pubertad lírica de una muchacha, la contabilidad incisiva de un muerto de hambre. Será tan fácil que hasta hombres que no han estado presos han escrito diarios.

Se me ha agotado la punta del lápiz. El guardián está lejos y, como es tarde, no puedo gritar para llamarlo.

Míster Alba se ha quitado la camisa. Se prepara para dormir. Sin camisa, no sé por qué, se hace más notoria en su rostro la falta de un ojo. Su barriga muestra un brillante tatuaje que imita a la perfección la cuchilla de una navaja barbera. Dos o tres olas de gordura ondulante esconden o muestran el tatuaje según la voluntad respiratoria de Míster Alba.

Es un tatuaje bien expresivo en un preso que no es un asesino. Siempre me ha llamado la atención este tatuaje estomacal, cuando, por lo común, el pecho y los brazos son el campo preferido para esta suerte de paleografía epidérmica. Al verme titubeando con el lápiz sobre el papel, Míster Alba se lleva la mano al tatuaje. Ante mis ojos ocurre entonces algo que no puedo creer.

Como quien se quita las gafas, Míster Alba se despoja del tatuaje, y pone en mis manos la cuchilla de una navaja barbera, sin cierre y sin cabo, pero con un ribete de plástico en el filo. Es una cuchilla real. Tan real que antes parecía un tatuaje.

Miro sucesivamente la navaja y los ojos de Míster Alba. Me doy cuenta de que, efectivamente, lo que Míster Alba me acaba de revelar no es un dibujo chino en la piel, sino una incisión en forma de cuchilla, una repisa en la carne, en la cual se coloca el arma, que adquiere entonces todo el aspecto de un tatuaje. Es una obra perfecta de incrustación del metal en el cuerpo humano. Con una muela, un dentista no haría una obra de arte semejante.

—Me lo hicieron en Panamá —explica Míster Alba—. Después le diré cuál es el procedimiento.

Y sonrío orgulloso cuando yo empiezo a sacarle punta al lápiz. Le hablo en voz baja.

—Es raro que no lo hayan descubierto.

—Ni lo descubrirán mientras no me toquen —contesta Míster Alba—. Un policía le toca todo a un preso. Todo menos el vientre. La ley sólo le toca el vientre a las mujeres.

VIERNES. OCTUBRE 16

Ser libre, no es querer hacer lo que se quiere, sino querer hacer lo que se puede.

JEAN PAUL SARTRE

Acostado en el camastro, cuando apenas acabo de abrir los ojos, percibo el trajín asiduo y conocido.

Miro hacia el suelo, hacia los ladrillos que a fuerza de no ser fregados han acabado por perder su brillo rojizo original. Ahí está el zapato.

Observando el zapato día a día, antes que descubriera cuál era el resorte secreto o la energía desconocida que lo impulsaba a moverse, pasó una época que puede considerarse la más feliz, si aquí cabe la palabra, de mis tres años de confinamiento. El estúpido letargo del encierro se rompió por un tiempo con la perspectiva luminosa del milagro. El zapato que caminaba por sí solo representaba para mí la puerta de la poesía, la promesa de la libertad, el halago del ensueño; el escape, en fin, hacia todo lo que la cárcel me había robado. Puesto que existía un Misterio yo volvía a ser un hombre, y no cualquier hombre, sino un ser atraído a lo inexplicable por el hilo maravilloso de la fantasía.

Aquello se repite todas las mañanas. Me despierto, y como si el acto de abandonar el sueño estuviese comunicado con el zapato por medio de alguna antena invisible, automáticamente el zapato empieza a moverse. Poco después la rata asoma la trompa húmeda poblada de unos dientes infantiles y chistosos. Me mira con cierta burla irracionalmente humana, y de un salto se hunde en el túnel que la conduce al festín de la basura. De algún modo la rata ha descubierto que esto es una cárcel, una zona prohibida, y que ella tiene el honor de ser compañera de Mister Alba. Por eso se porta como una rata excepcional, durmiendo de noche en la cárcel y merodeando de día entre los desperdicios de la libertad.

De los cuatro hombres que compartimos la celda, Braulio Coral le tiene franca antipatía a la rata. Braulio tiene celos de la rata. David Fresno, en cambio, la quiere como yo. En cuanto a Mister Alba, eso es otra historia. Mister Alba ha tratado de domesticarla.

Una tarde, después de una salida, al regresar a la cárcel, Mister Alba sacó del bolsillo una cadena de metal, semejante a las que se usan para atar a los perros, pero mucho más fina y liviana.

—¿Qué es eso? —le preguntó David.

—En lenguaje proletario, es un símbolo del capitalismo opresor; tejido de plata, o

sea plusvalía en cadena.

—¿Qué?

—En lenguaje marxista, una cadena de plata.

—¿Cómo pudo pasarla, sin que lo descubrieran?

—Aproveché la hora del dólar.

—¿Cuál es la hora del dólar?

—La hora en que los carceleros no ven.

—No veo para qué quiere la cadena.

—¿Para qué ha de ser? Para atar a la rata.

—¿Va a amaestrarla?

—En los Estados Unidos, un preso, un tal Stroud, se hizo famoso criando canarios, que son un símbolo de la libertad. Por cierto, el tal Stroud soñaba con recobrar la libertad para establecer una granja y seguir haciendo de carcelero de los canarios. Yo no vuelo tan alto como Stroud. Conozco el suelo que piso. Voy a amaestrar ratas, que son un símbolo de la cárcel. Se las venderé a los presos. Será bonito verlos paseando las ratas, tirando de las cadenas de las ratas.

Para mí, el descubrimiento de la rata destruyó el milagro. Por un tiempo no pude dejar de pensar que detrás de todo el Misterio del hombre hay siempre una rata que se oculta y que salta. Desapareció el Misterio, y al aparecer la rata, descubrí sin dificultad por qué desde el primer momento me sentí compenetrado con ella, la rata es un animal acorralado. La rata es como yo. En la zoología social mi solidaridad con ella proviene de que la rata es también un ser perseguido. Tenemos un vínculo recóndito. Somos de la raza de los que huyen, del grupo de los que caen en trampas, de la especie de los que son cazados, de la familia de los que no deben vivir.

Me levanto tan pronto como desaparece la rata. Debe de ser muy temprano, pues no hay luz ni se percibe el movimiento habitual de la cárcel en las primeras horas del día. Meto el pie en el zapato y puedo comprobar que aún está caliente en una pequeña zona interior. No tengo escrúpulos, a pesar de que Braulio dice que la rata es infecciosa, como el perro del leproso. Eso me lleva a pensar que para mí hay un hecho que destaca la existencia de la rata con caracteres peculiares.

De día, yo tengo mis zapatos puestos. Los zapatos son para llevarlos en los pies. No me ocupo de ellos. De día, mis zapatos no existen para mí, puesto que son una parte de mí mismo.

Pero existen también los zapatos de Braulio Coral, quien pasa la primera parte de la mañana y la última hora de la tarde dedicado a limpiarlos. Los lustra incansablemente, hasta que brillan entre sus manos, deslumbrantes de oscuridad. Lo que sorprende es que los limpie para no ponérselos. De ordinario calza alpargatas y así pasa el día hasta que, de noche, rendido de lustrar zapatos, se libra también de 1; s alpargatas.

A la rata no se le ha ocurrido nunca preferir los zapatos higiénicos de Braulio Coral a mis zapatos sucios. Quizás el descuido proletario que les da aspecto de basura es precisamente lo que más le gusta de los míos. De todos modos, nunca se aloja en los zapatos de Braulio Coral, quien los coloca de cierto modo, cerca de los míos, acaso con la esperanza no confesada de que la rata pueda llenarlos alguna vez con el calor de su cuerpo y de su noche.

Me atrevo a decir que el desprecio de la rata humilla mucho a Braulio Coral. Para él, los zapatos son el mecanismo físico de la libertad. Son la carrillera de cuero que un día ha de sacarlo, como un tren, de la estación de la cárcel. Los brilla con frenesí, como si con ellos quisiera darle lustre a la libertad. Braulio no le perdona a la rata el desprecio que muestra por sus zapatos rutilantes.

SÁBADO. OCTUBRE 17

Once horas más, hasta el relevo de la guardia. Iba a vivir su noche más larga, la noche interminable.

EMMANUEL ROBLES

El lápiz se ha gastado tanto que ya casi empiezo a escribir con la uña. Por fortuna, ayer tarde David me prestó una estilográfica con la condición de que no escriba mucho. Mientras consigo otro lápiz tendré que ser breve.

Me encuentro de nuevo, al amanecer, en el rincón donde un ensayo frustrado de pared ha dado lugar a que se coloquen allí un aguamanil de metal y los cubos higiénicos. En la celda, los otros tres hombres duermen aún. Aunque una ventana enrejada que da al patio grande impide la acumulación excesiva de la fetidez de nuestro sueño, en la celda se respiran las cien mil atmósferas de las profundidades terrestres de que habla la geofísica. Sin embargo, en cierto modo, esta celda no constituye una desgracia aplastante, como esos calabozos que yo mismo he visto en otra cárcel, a la cual fui muchas veces, no como prisionero, sino como hijo del alcaide que la tiranizaba.

Después de lavarme la cara, lo primero que hago es regar el rosal.

Lo llamamos así, pero el rosal consiste en una rosa que siempre está viva, porque, siendo una rosa artificial, está destinada a demorarse en morir. Nunca supe cómo llegó la rosa a la prisión. Lo cierto fue que llegó y que, como un tributo a la belleza del mundo, resolvimos conservarla en la celda. De todos modos, por ser espuria, era una flor apropiada para el ambiente de invernadero de la cárcel.

Más tarde, a Braulio Coral se le ocurrió que la plantáramos. En una taza de barro pusimos un poco de tierra y allí clavamos el alambre que imita el tallo de la rosa.

Se levanta gallarda sobre el puñado de tierra, pero por desgracia, cuando sopla algún viento furtivo, como cuando una persona pasa cerca de ella, la flor cruje como si quisiera recordarnos que en lugar de ser una rosa, no es más que una miserable banderita de papel. Plantarla tenía que llevar necesariamente al paso técnico inmediato, es decir, a cultivarla. Siguiendo con la broma botánica, he acabado por regarla todos los días. Es un trabajo que exige habilidades hidráulicas de jardinería. Una gota torpe puede desleírla.

David Fresno no puede aceptar esta locura, pero lo cierto es que, en la celda, esta locura ha logrado imponerse. La única vez que el tema salió a flote fue el día en que David me dijo:

—No espere que la rosa le perfume la celda. Sería como esperar que una vaca de porcelana le dé leche.

—Las flores no sólo sirven para dar perfume —observó Braulio, con la calmada certidumbre de una ama de casa.

—Antón podría cultivar marihuana en vez de cultivar rosas —dijo Míster Alba.

Braulio sonrió. Braulio sonríe con frecuencia, porque casi siempre está de acuerdo con los demás.

—Es verdad. La marihuana encontraría aquí un clima familiar para crecer.

David intervino de nuevo:

—Para cada cual, la flor es algo distinto. Para Antón Castán es poesía. Para la abeja, un néctar.

Míster Alba ayudó:

—Para un asmático, la flor es un tóxico.

—Para una mujer es un adorno —prosiguió David—. Para un muerto, es la última voluntad. Un naturalista italiano dijo que la flor es la menstruación de la planta. Supongo que para un industrial francés dedicado al negocio de perfumería la flor es un aroma subdesarrollado.

Yo decidí participar también en el juego.

—Entre todos ellos —afirmé—, sólo el jardinero acierta. Para un jardinero, una flor no es más que una flor.

David volvió a la carga:

—Me gustaría saber para qué cultiva esa rosa incultivable.

—Seguramente quiere ponérsela en el ojal el día que salga libre —dijo Míster Alba.

—O quizá la esté guardando para lucirla el día de la madre. Una flor muerta para una madre muerta —añadió David.

Como no me gusta que mancillen la rosa, pero tampoco que me humillen a mí, me sentí maltratado por las palabras de David. Hay algo que me irrita más que una ofensa y es que no quede constancia del dolor que me causa. Repliqué:

—Se equivoca, David. No la cultivo para mí. La riego para ponerla sobre su ataúd el día en que saquen su cadáver de la celda.

David no ha vuelto a hablar de la rosa. Creo que la mira como un epitafio, como si la sintiera ya flotando sobre su tumba.

Riego la rosa, que empieza a envejecer, pero que aún se mantiene altiva, con sus postizas venas de savia fallecida, con sus pétalos disecados, de color de sangre falsificada. Varias gotas quedan temblando por un momento en la raíz del alambre. En aquel sitio la tierra parece rebelarse contra el fraude de nuestro ilusorio cultivo.

Trepado en el montón de libros y revistas que se acumulan desordenadamente al pie de la ventana, echó una ojeada a través de las rejas. Al frente, en la garita

principal, un guardián escribe a la luz de un candil. Ni siquiera para escribir suelta el fusil ametrallador. Esa escritura artillada le da un aspecto cómico. Tiene el aire antiguo de un notario militarizado o de un general retirado, entregado a escribir sus memorias.

A mi espalda, una cama chirría. Alguien se despereza. Por hallarse su cama cerca de la mía puedo darme cuenta de que el que se agita en la suya es Braulio Coral.

Todos los días las cosas ocurren del mismo modo. Primero me levanto yo. Cuando realizo mi obligada inspección a través de la ventana, que es algo así como el modo de cerciorarme de que el mundo exterior existe aún, se despierta también Braulio Coral. Entonces, los dos empezamos a conversar.

Eso da lugar a que Míster Alba, medio dormido, se dedique a maldecir en inglés. También da lugar a que David se asocie a los gruñidos de Míster Alba, pero en concreto y punzante castellano robustecido con pintorescas expresiones. El que siempre lleva la peor parte es Braulio Coral. Sus comentarios impertinentes sirven para que todas las mañanas David le recuerde de modo poco benévolo que la costumbre de madrugar proviene de la época en que Braulio desempeñaba en las calles de la ciudad, desde el amanecer, con una escalera al hombro, el oficio ambulante de pintor de brocha gorda.

—¿Qué hora es? —preguntaba Braulio.

—Apenas comienza a clarear —contesto.

—¡Silencio, pintor! —chilla David.

Contra su costumbre, Braulio da media vuelta en la cama y sigue durmiendo. No tengo más recurso que volverme a acostar. En el monótono horario de la prisión, en el que la presencia de una rata llega a convertirse en tema esencial de meditación y en sensible inquietud del espíritu, no hay nada tan pesado como esto. Levantarse y tener que volver a acostarse en el acto implica la más cruel de las torturas.

No habiendo hacia dónde moverse, no pudiendo leer aún dentro de la penumbra interior, temiendo molestar a mis compañeros si insisto en conversar con el pintor Braulio Coral, no me queda más recurso que tratar de dormir de nuevo. Acumular sueño sobre sueño, hasta que el reposo me hinche los ojos, hasta que con el letargo me duela la cabeza, hasta que el hartazgo de sueño se me empiece a convertir en desvelo insano. Embodegar sueño en la cabeza, para poder vivir en la oscura patria del sueño. Acostarme a estas horas, después de haber presentido el mundo a través de la ventana, es como sepultarme vivo en una tumba más pesada que la muerte y casi tan agobiadora como el infierno.

En la cárcel, el insomnio es el sueño, y el sueño es la agonía. No está uno dormido, pero tampoco despierto. Está uno en esa región impenetrable donde los crímenes descansan en la carne del hombre que es su prisionero. Lo grave de la cárcel no es que esclavice nuestro cuerpo, sino que nos aplaste con la mole momificadora

del sueño forzado, que es el que más se parece al sueño eterno.

En la Biblia se habla de un patriarca que «vivía lleno de días». Yo vivo lleno de noches, con mi sueño despierto acostado en la noche larga de la cárcel.

Cuando estaba libre, yo podía recordar mi vida con claridad. Desde que estoy en la cárcel sólo puedo escarbar en el confuso estercolero de mis sueños.

En la cárcel no sólo duermen los hombres. En este charco de agua sucia el tiempo duerme también, como un pez clavado en el anzuelo del cansancio y del olvido.

DOMINGO. OCTUBRE 18

Ningún ser humano es lo suficientemente bueno para ser carcelero.

SINCLAIR LEWIS

No sé por qué, Míster Alba me hace pensar en mi padre.

Mi abuelo, que había sido coronel de la guerra de los mil días, quiso que mi padre siguiera la carrera militar. Pero éste desistió al darse cuenta de que el militar sólo sirve para la guerra. Pacifista por falta de guerra, en la paz civil y provinciana, mi padre tuvo que conformarse con ser un modesto funcionario administrativo, de rango municipal. Dentro de este servicio fue alcaide de una cárcel, en un pueblo perdido en las sierras de los Andes colombianos. Desde las montañas circunvecinas, las casas del pueblo, de un amarillo sucio y vegetal, daban la impresión de ser granos de maíz tirados al azar sobre el valle de las sierras.

Yo tendría entonces ocho años. Por diversos motivos iba con frecuencia a la cárcel, a buscar a mi padre. Al salir de la escuela prefería la visita a la cárcel, que no acercarme indefenso a la casona solitaria donde mi madre, que yo no había conocido, sobrevivía inútilmente en la efigie de un retrato.

Sin quererlo me puse de este modo, desde niño, en contacto con el ambiente penal. Recuerdo que la que dirigía mi padre era una cárcel tétrica, poblada de monstruosos asesinos que poblaban mis sueños de niño. Por lo menos eso era lo que yo pensaba de ellos cuando en la oficina de mi padre me cruzaba con esos rostros que parecían barnizados con sangre para pregonar el horror del crimen.

En esa época la cárcel había sido en cierto modo mi verdadero y único hogar. En la oficina podía vagar provisionalmente, acechando los pequeños descubrimientos de la vida, mientras mi padre interrogaba a los presos o daba órdenes a los guardianes. Por la tarde, los dos íbamos a casa, donde él leía el Diario Oficial mientras yo preparaba las tareas escolares. Pocos eran los amigos del colegio que en excepcionales ocasiones se atrevían a llegar a jugar conmigo hasta esa casa donde vivía el alcaide, que para ellos era, por alguna causa, una prolongación más o menos benigna del verdugo.

Aquella casa, con un padre que no se ocupaba de mí; aquella casa, donde los criados me apocaban con su indiferencia servil; aquella casa sin madre y sin hermanos, me oprimía, me agobiaba. Hoy la cárcel es apenas una prolongación de ella. Como preso continuó una tradición familiar, aunque en lugar de preso debiera ser alcaide, lo que era mi padre.

Lo que hacía más intolerable la casa era el retrato, donde una mujer joven, que no parecía una madre, sino una virgen frustrada, me perseguía siempre, por dondequiera que me moviera, con ojos yertos de óleo retocado. El pintor había logrado dar a aquellos ojos un fulgor que tenía el oficio de interrogarme y vigilarme.

La figura del retrato resultaba aún menos atractiva si se pensaba que ella estaba ligada a ciertas palabras imprudentes de mi padre, que implicaban para mí una confusión espiritual en la que nunca pude profundizar debidamente. Un día, mirando el retrato, mi padre me dijo en tono grotescamente solemne que mi madre había sido una santa. Aquella calificación me impresionó desfavorablemente. Pecador infantil, no me sentía muy cómodo siendo el hijo indigno de una, santa. La vergüenza de serlo se agravó más tarde, cuando hablando de su propia madre, un compañero de escuela me dijo que su madre era una santa. Después oí el mismo concepto muchas veces. Por lo visto, me dije resignado, todos los hombres somos hijos de santas.

La cárcel que dirigía mi padre, lo recuerdo muy bien, se regía por reglamentos de una severidad medieval aterradora. Los presos cuya conducta dejaba algo que desear eran metidos en el cepo, residuo de castigo español, de la época colonial. Existían también los grillos, los grilletes, las cadenas y los calabozos; los presos permanecían semanas enteras empotrados entre cuatro paredes asfixiantes que casi se tocaban por dentro. La pena de pan y agua una sola vez al día, también por semanas enteras, era corriente. Para perfeccionar el cuadro, mi padre ejercía la autoridad en el penal con denodada energía. No pocos consideraban que la ejercía con crueldad.

Yo no dispongo, sin embargo, de elementos completos para juzgar la conducta de mi padre, como alcaide. Al fin y al cabo, mi padre era mi padre, y su justicia era la justicia de su época. En el orden emocional me movían hacia mi padre sentimientos de afecto y gratitud y respeto que nunca se desvanecieron del todo. Por el contrario, se afirmaron y purificaron cuando abandonó este mundo, no sin dejar su casa adornada con innumerables espadas del abuelo y cargada con hipotecas acumuladas que vinieron a ser mucho más punzantes que las espadas. Cuando se iniciaron las ejecuciones judiciales, la herencia familiar saltó hecha pedazos. Los acreedores se repartieron la casa, cuarto por cuarto. A mí sólo me quedaron las espadas de una guerra que no me pertenecía.

En la cárcel que dirigía mi padre encontré un pequeño libro cuyo autor era el magistrado Francisco Bruno. Se llamaba La comedia de la Justicia. En relación con ese libro sólo he leído después algo parecido sobre la acción retardada de la justicia en los laberintos de El Proceso, de Kafka, y en los archivos apolillados de Corrupción en el Palacio de Justicia, de Ugo Betti.

Me complace recordar el libro del magistrado Bruno, quien por cierto no era magistrado cuando lo escribió, en los términos arbitrarios de una fábula que él me inspiró. Pero esta fábula es más o menos fiel a La comedia de la Justicia.

En una cárcel, un hombre espera la decisión de un juez.

Durante el primer mes, el juez, inexperto, no se atreve a tomar una decisión porque no sabe cómo hacerlo. Durante el segundo mes, el juez está muy ocupado examinando los sumarios contra otros prisioneros cuyas causas son más urgentes o más importantes. Durante el tercer mes el juez se ausenta del lugar por motivos de familia estrictamente privados. Durante el cuarto mes una hermana del juez pierde el honor, lo cual lleva al ecuánime juez a abstenerse de juzgar por haber perdido él mismo la ecuanimidad. Durante el quinto mes el juez se dedica a reclamarle al Gobierno por no pagarle los sueldos, y por pagarle mal. En el sexto mes el juez implorante y rebelde es destituido por incompetente. En el séptimo mes, cuando ya el prisionero ha perdido toda esperanza, viene a consolarlo la noticia de que el juez está preso con él, en la misma cárcel.

Ésta era más o menos la lección de La comedia de la Justicia.

Desde luego, a esta cárcel real donde me encuentro ahora han llegado ya ciertos procedimientos de la justicia humanitaria que empieza a imponerse en el sistema carcelario del país. Aquí no hay grillos, ni cadenas, ni calabozos, ni cepo. No hay muerte a plazos, es decir, hambre dosificada en raciones evangélicas de pan y agua. Se disfruta aquí, en cierto modo, de alguna comodidad. Si se tiene la suerte de no ser encerrado en los dormitorios comunes, inmensos salones hacinados de estiércol humano, morcillas inhumanas rellenas con carne de cárcel, puede hacerse menos cruel el recluimiento. Si además se dispone de algún dinero, pueden comprarse, al amparo del reglamento, o por medios irregulares, otras ventajas favorables adicionales.

Míster Alba no se queja. Hablando de estas cosas me dice:

—Aquí, por lo menos, no se pierde la cabeza.

—Sin embargo, son muchos los presos que se vuelven locos —digo yo.

—No me refería a eso —explica Míster Alba—. Lo que quise decir fue que aquí por lo menos se sobrevive. A san Juan Bautista lo encerraron en una cisterna. Fuera de eso, le cortaron la cabeza.

LUNES. OCTUBRE 19

Braulio Corral ha empezado a estornudar. Estornuda una, diez, cincuenta veces. Lo hace con espasmos cómicos, limpiándose las narices cuando cada uno termina y templando la cara en espera del acceso que ha de venir. Mirándolo, David se echa a reír.

—Se ve que se ha resfriado —dice.

—Yo no lo creo —afirma Míster Alba.

—¿Por qué?

—Es demasiado. Debe de tratarse de una alergia.

—Pero ¿por qué no puede ser un resfrío?

—El resfrío supone golpe de viento, corriente de aire puro. No me dirá que Braulio está expuesto aquí a eso.

—Según Míster Alba, los presos no tenemos derecho a resfriarnos —dice David.

—No lo tenemos —asegura Míster Alba—. El resfrío es una enfermedad de hombres libres. En esta cueva húmeda y maloliente apenas podemos aspirar al reumatismo. El reumatismo es la enfermedad típica de los presos. Si no fuera por las cárceles, la medicina no se habría dado cuenta de que el reumatismo existe.

—¿Padece usted de reumatismo, Míster Alba? —pregunto yo.

—No. Soy uno de los pocos presos viejos que aquí no han conocido el reumatismo. Frente al reumatismo soy un preso excepcional. La vida vive empeñada en darme la oportunidad de ser de algún modo un ser extraordinario.

Míster Alba cree que es un ser extraordinario porque en la cárcel no le ha dado reumatismo. Con el mismo criterio Sócrates llamaba alegría al acto de que le quitaran los grillos.

Míster Alba divide el mundo en dos partes: lo que pertenece a la cárcel y lo que está fuera de ella. La misma conclusión que acaba de sacar de los estornudos de Braulio se la aplica a todos los conceptos de la vida, que para él son o no son parte de la cárcel.

Míster Alba continúa:

—Yo sólo he visto estornudar así, sin parar, como cien veces, a un muerto. Estaba en la misma celda conmigo. Murió de repente, y después de muerto, empezó a estornudar incansablemente. En su organismo debió de quedar vivo algún mecanismo de acción separada que, equivocado de muerte, siguió funcionando después, como la cuerda que continúa trabajando en el reloj que se hace añicos, o como la rueda loca que sigue girando en el automóvil que cae al abismo. Es curioso que al hombre no lo sorprenda lo terrible cotidiano, como la muerte, y en cambio lo trastorne una simpleza inesperada, como el estornudo de un muerto. A mí no me dio miedo el

hombre que había muerto. Me dio miedo el hombre que después de muerto empezó a estornudar.

A propósito del muerto que después de muerto estornudaba, en la cárcel que dirigía mi padre yo vi una vez algo que no puedo olvidar. Era un preso que, después de muerto, y cuando ya estaba sepultado, siguió preso.

En la cárcel que dirigía mi padre, un recluso había muerto con los grillos puestos. Cuando la condena a llevar los grillos era muy larga, para comodidad oficial se prescindía de la cerradura, y un herrero soldaba los grillos, como para que sicológicamente el suplicio pesara aún más en el alma del cautivo. En el caso de aquel hombre había que hacer algo, porque el cadáver empezaba a descomponerse.

Los presos no duran mucho muertos. Los mismos grillos empezaron a oler a metal podrido, a hierro difunto. Una mosca morada, que es el color de que se visten las moscas para oler a los muertos, brincaba golosa entre los grillos y los pies.

Como el herrero, que era un borracho, había desaparecido, mi padre decidió enterrar al hombre con los grillos puestos. No había nada que hacer. Yo vi cuando lo sacaron. Iba en unas parihuelas, amarrado a los palos, como si aún temieran que pudiera fugarse, cubierto con una sábana que no le alcanzaba a cubrir los pies. Jamás vi un preso tan atrozmente preso como aquel muerto. Era como si estuviera dos veces condenado: preso entre los garfios de los grillos, prisionero entre las garras de la muerte.

Cuando se llevaron el cadáver me ocurrió algo horrible. No sé por qué, estaba seguro de que con aquellos grillos el muerto no podría entrar en el cielo. En el cielo, pensaba yo, no puede haber hombres con grillos. El recluso estaba señalado, pues, para el infierno, y lo que más me atormentaba era el fuego del infierno poniendo los grillos al rojo vivo en los pies del condenado.

La fría escrupulosidad burocrática de mi padre lo llevó a decir:

—Tengo que justificar la desaparición de los grillos, que deben figurar en el inventario de los bienes de la cárcel.

—No se preocupe —contestó el secretario de mi padre—. Es muy fácil justificar la desaparición de los grillos.

—¿Cómo?

—Diremos que el muerto se los ha robado. Al fin y al cabo, se los ha llevado él.

Mi padre lo autorizó para hacerlo. Y así, en el inventario de los bienes de la cárcel, en el que puede faltar un hombre pero no unos grillos, se registró la constancia acusadora póstuma de que el muerto era un ladrón, porque se había llevado los grillos a la tumba.

No podría decir cómo se llamaba el obsequioso secretario, de quien, sin embargo, puedo evocar claramente, casi podría decir audiblemente, el modo de hablar. Su lenguaje no era algo sólido como es el lenguaje de los hombres. Su voz era una voz

mojada, y las palabras se le desleían en burbujas entre los labios. Su voz era algo líquido, como es el llanto de las mujeres.

No puedo recordar su nombre. Era un subalterno completo y un carcelero ejemplar. No era su lengua de verdad, sino su saliva de adulación lo que hablaba en él.

MARTES. OCTUBRE 20

Odio a las víctimas, sobre todo porque me obligan a matarlas.

GIOVANNI PAPINI

Es muy temprano aún cuando Braulio comienza a asediar a Míster Alba. Sin decir nada, lo persigue con los ojos y lo escruta incansablemente.

—Cuando usted me empieza a mirar así —dice Míster Alba—, es que quiere algo de mí. ¿Cuánto?

—Exactamente. Necesito su ayuda —contesta Braulio.

—¿Cuánto?

—Cien pesos.

—Es mucho. Puedo prestarle setenta.

—Necesito los ciento.

—Búsquelos en otra parte. Yo sólo puedo prestarle setenta. Y para eso necesito una garantía.

—Ya lo sabía.

—No faltaba más sino que no lo supiera. En la cárcel, el dinero no se cotiza a la par. Tiene un precio para el que arriesga y otro para el que se beneficia.

Míster Alba retira del bolsillo su archivo personal, que es un paquete de papeles viejos, y del archivo saca siete billetes de diez pesos.

—Es todo lo que tengo —explica—. ¿Cuál es su garantía?

—No sé. Quizás un anillo —responde Braulio—. Quizás un anillo de matrimonio.

—¿De cuál de sus matrimonios, podría explicarme?

Braulio sonríe. Sin duda está pensando en sus dos mujeres. Míster Alba continúa:

—En todo caso, ya lo sabe. Yo no recibo como prenda objetos de oro. El oro tiene la virtud de que me desmoraliza. Me inspira la idea de la fuga. Hace mucho que abandoné en mi vida el patrón oro.

—Podría darle mis zapatos —implora Braulio.

—Ni con el anillo dentro valen sus zapatos setenta pesos.

—El Cristo entonces.

Braulio saca del bolsillo el Cristo de plata. Evidentemente, tiene que hacer un esfuerzo muy grande para desprenderse de él.

Míster Alba lo rechaza. Siempre ocurre lo mismo. Cuando se dispone a hacer un favor discute, regatea, impone toda clase de condiciones. Pero en el último momento acaba prescindiendo de ellas y haciendo los favores con una generosidad que, por lo

menos para sus compañeros en la celda, nunca tiene límites. A Míster Alba le gusta la literatura que precede al préstamo, no el provecho posterior.

—Está bien —concluye—. Si no tiene sino el Cristo, consérvelo. Ya me encargaré yo de obligarlo a que me pague.

Tampoco eso es cierto. Míster Alba nunca cobra lo que presta. Braulio guarda el Cristo y los setenta pesos. La cara ansiosa que antes perseguía a Míster Alba está llena ahora de una serena felicidad.

—¿Para qué es el dinero? —pregunto yo.

—Para repartirlo entre sus dos esposas —dice David riendo estrepitosamente.

También esta escena de la frustrada compraventa del Cristo trae a mi memoria otro Cristo, en otra cárcel. Junto al escritorio donde mi padre trabajaba, estaba colgado un Cristo de marfil. Era una hermosa pieza, sin mucho valor artístico, pero nutrida de una conmovedora alegoría espiritual.

Me resulta muy difícil desalojar de mi mente el recuerdo del Cristo en aquella oficina. Hay un detalle en mi memoria que me impide olvidarlo. Debajo del Cristo había un arcón de roble, un mueble antiguo, al que nunca presté mucha atención. Un día en que mi padre no estaba presente, me picó de repente la curiosidad de abrir el arcón. Lo abrí, y estaba lleno de grillos, unos fierros oxidados, manchados aún con la sangre de los pies que los habían padecido. Ante mis ojos, la sangre de los grillos se elevó de pronto hasta la sangre de las sienes de Cristo, y aquellas dos sangres, la sangre impura de los hombres, la sangre apasionada de Cristo, se fundieron para mí en un solo chorro sangriento de dolor. Aquel fenómeno, a la vez que purificó mi admiración por Cristo, me dejó transido de espanto por los grillos.

Debido a las obsesiones que siguieron a aquella alucinación, y no por el temor de padecer los grillos, sino por la infamia de tener que imponerlos, en mis juegos de niño yo nunca pude hacer el papel de policía. Más tarde me he negado a usar anillos en los dedos. Mis manos de hombre me gustan desnudas de esas argollas de sumisión que son la edad de oro de los grillos. Aun las alegorías religiosas de las medallas me dan miedo, un miedo sagrado, porque su ruido y su brillo me recuerdan las cadenas.

Sobre la figura de Jesucristo en relación con la cárcel he meditado mucho aquí.

Resulta curioso y aleccionador que el símbolo del cristianismo sea un símbolo de suplicio, es decir, un instrumento de prisión. Hasta el Monte de los Olivos, Jesús aparece como el apóstol egregio de la caridad universal. Se necesita que lo pongan preso, que le apliquen el injusto castigo, que lo sacrifiquen en la cruz, que lo conviertan en víctima, para que se consolide definitivamente su condición de redentor del género humano. Creo que es esta consustanciación de hombre y de cruz la que convierte a los presos en criaturas amadas del Señor. Creo que es éste el vínculo que aproxima la cruz a la cárcel.

La idea de la cárcel no era de ningún modo ajena a las enseñanzas de Jesucristo.

Él definió muy bien la cárcel cuando dijo que el día en que los hombres callen, gritarán las piedras. Los presos son hombres que callan. La cárcel son piedras que gritan.

En la oficina de mi padre, Cristo se retorció de dolor, en la encarnación de marfil, y no podía pensarse, bajo la presión del estremecimiento que su martirio suscitaba, que aquella ficción pudiera confundirse con la manifestación visible de la misericordia divina. Tardé mucho tiempo en descubrir por qué.

La razón consistía en que Cristo no tenía escape, incrustado en el marfil, uncido a la cruz. La razón era que la cara atormentada de Cristo se convertía en mí en el rostro de la tortura humana. Un día acabé por ver todo claro. En Cristo, Dios estaba preso. El descubrimiento me aterró, pero a la vez me llenó de serena confianza en la verdad. Desde entonces Cristo representa para mí la figura de todos los hombres que están presos. Durante mucho tiempo me ha conmovido esta relación irreverente, pero purificadora.

Todas estas asociaciones son las que me han llevado a pensar después en lo que Jesucristo significa. Jesucristo significa que el prisionero no está solo. En el orden espiritual, para mí Jesucristo significa que soy fuerte. Con él, somos dos. En la cárcel, sin embargo, sigo viéndolo agonizando, sigo viéndolo preso. Jesucristo está preso porque está conmigo.

MIÉRCOLES. OCTUBRE 21

Es preferible que noventa y nueve culpables puedan escapar a que un inocente pueda ser castigado.

BERTRAND RUSSELL

Un guardián ha venido por Braulio. Braulio corre hacia el lavabo y empieza a peinarse.

Resulta un poco grotesco que piense en peinarse cuando lleva una barba de varios días, las inevitables alpargatas, los pantalones rotos, la camisa mugrienta. A pesar de ese marco, sobre su cuerpo robusto brilla una cara varonil, animada en este instante por la irreprimible alegría de presentir que dentro de muy poco sus narices van a dejar de respirar el aire nauseabundo de la celda.

El aspecto descuidado de Braulio hace un contraste muy especial con la apariencia decorosa y atildada de Míster Alba. Éste lleva siempre corbata y nunca se despoja del saco. Dice que puede vivir sin pantalones, pero no sin saco. Tampoco se despoja nunca del sombrero, del que sólo prescinde a la hora de dormir.

—Yo soy un gentleman —dijo un día—. Un gentleman debe estar siempre bien vestido, aun en su propia casa.

—¿Quién le ha dicho que ésta es su casa? —le preguntó David.

—¿Y quién le ha dicho que no lo es?

—Perdón. Yo creía que ésta era una cárcel.

—Es una cárcel, pero es mi casa desde el momento en que ella me cobija y desde el momento en que estoy vivo.

—Bueno. De todos modos, yo no sabía que en la casa los gentlemen llevan el sombrero puesto.

—Los gentlemen llevan el sombrero donde se les da la gana. Para eso son gentlemen.

En la solapa del saco, Míster Alba lleva siempre una medalla. Dice que se la dio el gobierno de Colombia, por servicios distinguidos, en la guerra con el Perú. Asegura también que en esa guerra, en el Amazonas, perdió el ojo que le falta. Cuando habla del ojo perdido lo hace con un acento en el que se mezclan el resentimiento del mutilado y el orgullo del condecorado.

He de decir otras cosas acerca de Braulio. De todos nosotros, él es el único que reza por la mañana, al levantarse. Lo hace de rodillas, con el Cristo de plata en la mano, mirando al techo, donde él mismo ha pintado unas estrellas plateadas. Cada

vez que puede, Braulio pinta allí estrellas plateadas, para forjarse la ilusión, por la noche, de que es libre de mirar al cielo. Frente a Míster Alba, que duerme con pijama de seda, y frente a David y yo, que dormimos con pijamas de algodón, Braulio duerme en calzoncillos, lo cual no deja de chocarle a Míster Alba.

Cuando todavía está peinándose, Míster Alba le dice:

—No se arregle tanto el pelo. Las cabezas de los hombres que van a ahorcar se ven mejor despeinadas.

Ese tipo de broma tétrica es muy común entre nosotros.

Para borrar la mala impresión que esta broma le produce a Braulio, yo le ruego al guardián:

—Necesito con urgencia lápices y papel.

—¿Cuánto papel? —pregunta el guardián.

—Todo el que pueda conseguirme.

—Deme el dinero.

—No tengo ahora. Pero si me trae lápices y papel lo pagaré todo al precio que me pida.

—¿Va a pedirle clemencia al Presidente de la República? —pregunta el guardián.

—¿Tiene clemencia disponible el Presidente de la República? —pregunta Míster Alba a su vez.

—No hable mal del Presidente —pide David—. Si quiere desahogarse, hágalo con los Ministros. Para eso son los Ministros.

—En serio. ¿Le está escribiendo al Presidente? —indaga de nuevo el guardián.

Míster Alba interviene otra vez:

—No, guardián. Está escribiendo la historia de la cárcel.

—Si es así, le traeré lápices y papel —dice el guardián, complaciente.

Esto basta para que yo olvide la mala voluntad que mostraba anteriormente el guardián cuando le pedía que le sacara punta al lápiz.

—Tráigale lo que pide, por Dios —clama David desde un rincón—. Quiero salvar mi estilográfica.

Cuando el guardián se lleva a Braulio todos permanecemos en silencio. En la penumbra, seis ojos se acechan con impaciencia. Cada vez que cualquiera de los cuatro sale, se abre para los tres que quedan una perspectiva de evasión excepcional. Si uno sale, es la oportunidad para que los otros tres puedan conversar libremente sobre él.

Juntos los cuatro, formamos el insondable bloque del enigma. Ausente uno, se descorre el telón para conocerlo. Estos cuatro hombres pegados pero ausentes son cuatro desconocidos entre sí, a pesar de que siempre están juntos, de que comen en común, de que duermen unidos. Los cuatro cada día somos más extraños los unos para los otros. Somos cuatro secretos enjaulados.

—¿Qué irá a decirle el juez?

—Le pronunciará un discurso sobre el Código Penal y le ordenará que regrese aquí.

La voz de David es dura al hablar así.

—¿Quién inventaría el Código Penal? —dice Míster Alba.

—Por algunos que conozco, supongo que son de inspiración romana —dice David—. Los romanos eran especialistas en códigos, y el mundo se ha especializado después en aplicar los códigos romanos. En esto de los códigos, el imperialismo romano no ha terminado. Lea nuestro Código Penal, Míster Alba. De traducción en traducción, de asimilación en asimilación, de copia en copia, nuestro Código Penal es un código para castigar romanos. Nuestro Código Penal parece fabricado para asustar a Nerón.

—Yo no desperdicio mi tiempo —anuncia Míster Alba—. Tengo bastante vergüenza para dedicarme a leer el Código Penal.

—Yo sí lo he leído —afirma David—. De cabo a rabo. Es un documento curioso. Se ocupa de todo menos de la justicia. Buscar justicia en el Código Penal es como buscar humanidad en una lista telefónica.

En una conversación de este tipo, Míster Alba no puede dejar de participar con flamante autoridad didáctica. Dice:

—La falla de la justicia consiste en que el Código Penal es una estadística de crímenes adulterada por la honradez de los hombres que no los han cometido. Es como si las vírgenes escribieran tratados de dignidad para aleccionar a las que no lo son. Los Códigos Penales debieran escribirlos los presos.

Yo pienso en lo que David acababa de decir cuando Míster Alba me pregunta:

—Antón, ¿ha leído usted el Código Penal?

Medito un poco antes de contestar. Por fin hablo:

—Sí. Leer códigos es un buen ejercicio para la inteligencia. Un escritor leía el Código Civil para perfeccionar el estilo. Yo leo el Código Penal para dañarlo.

David se muestra entusiasmado con mi respuesta.

—Eso me hace pensar que lo que ha estado escribiendo es muy malo —dice Míster Alba.

—¿Podría decirnos al fin qué es lo que se dedica a escribir?

Yo miro a David antes de replicar.

—Escribo un diario.

—¿Íntimo? —pregunta él.

—Es un diario de los acontecimientos.

—Para eso están los periódicos.

—Los periódicos tienen la desventaja de que están escritos para la libertad. Los periódicos no se escriben en la cárcel.

—¿Aparezco yo en el diario?

Al hacer esta pregunta, hay algo de ansiedad en la voz de Míster Alba.

—Sí, Míster Alba. Usted también es un acontecimiento —contesto.

—Antón ¿cree usted que soltarán a Braulio? —me pregunta David.

—Eso depende del juez —digo yo.

—Del juez no —observa David—. Del Código.

—Del Código no —corrige Míster Alba—. De la bigamia.

David se relame los labios.

—La bigamia. Ese delito es lo único que le envidio a Braulio. La bigamia.

Delicioso delito la bigamia.

David no ha dicho la última palabra cuando sentimos los pasos de Braulio y el guardián. Un momento después, aquél está con nosotros.

—¿Qué le dijo el juez?

—No pude verlo. Tuvo que salir a levantar un cadáver. Me dejó dicho que me llamará la semana entrante.

JUEVES. OCTUBRE 22

La libertad es la prisión del hombre libre.

LAWRENCE DURRELL

El guardián me ha traído los lápices y el papel. Podré escribir desde ahora no sólo sin limitaciones, sino también con comodidad. Al pedido, el guardián ha añadido de su iniciativa un sacapuntas de bolsillo. Al agradecerle este servicio, le pregunto cuánto le debo. Él me dice:

—Cuando supieron que era para un preso no quisieron cobrarme.

—¿A quién debo agradecersele?

—Es un regalo para la cárcel. Es un regalo de la libertad.

El guardián llama cárcel a la cárcel. Al resto del mundo lo llama libertad.

Cuando el guardián se marcha, nos quedamos discutiendo sobre la libertad.

Cada uno de nosotros se ha formado un concepto caprichoso de la libertad, hecha a la medida de las propias inclinaciones o conveniencias personales. En la cárcel, cada uno de nosotros se bebe con distintos labios la tisana mágica de la libertad.

Para Braulio Coral, el vagabundo que pinta paredes, la libertad consiste en una brocha gorda.

Para Míster Alba, el aventurero que colecciona tarjetas postales, la libertad se reduce a un pasaporte internacional.

Para David Fresno, el estudiante bohemio que paró en la cárcel por suplantar a un pariente en una operación bancaria fraudulenta, la libertad es una chequera falsa.

Para mí, que soy escritor, pero que, sobre todo, soy inocente, la libertad es otra cosa.

Para cada hombre, la libertad significa algo distinto. Huyendo de la humillación de la servidumbre, el hombre busca la libertad, la persigue, la alcanza, la disfruta, la comprende. El drama empieza cuando hay dos hombres, porque dos hombres ya no pueden ponerse de acuerdo para hablar de ella. La libertad es un enigma al alcance de la mano.

Sobre este asunto, Míster Alba nos hace una exhibición pirotécnica de conocimientos humanísticos.

—A fuerza de oír hablar de ella, a veces pienso que la libertad no existe. Cervantes indicaba que la libertad es el camino. Hegel pensaba que la libertad es la elección. Nietzsche proclamaba que la libertad es la jerarquía. Clemenceau arengaba que la libertad es el deber. Unamuno conjeturaba que la libertad es el azar. Yo creo

que, teniendo razón, ninguno de ellos tenía toda la razón. En esta celda yo he hecho el gran descubrimiento: la libertad es la cárcel.

Míster Alba calla y por un momento la celda se llena con la cálida presencia de la libertad. Al principio, la libertad de la celda es como un ruido delirante: un ruido olvidado por nuestro corazón, que parece venir de muy lejos. Luego toma la forma de un viento inesperado cuya caricia nos arrebatada y purifica. Por fin la libertad estalla y nos deslumbra, como si entre nuestras manos acabara de caer una bola de sol. Nuestros ojos, agobiados de temor y bajeza y oscuridad, quedan por un momento ciegos de libertad. Entonces la libertad, ruido, aire y luz de prisioneros, empieza a palpar en nuestra sangre. Míster Alba tiene razón. La libertad está con nosotros.

A fin de rebajar un poco el derroche de erudición de Míster Alba yo me permito observar:

—Para Epicteto, que era un filósofo, la libertad era la sabiduría. Para Freud, que era un soñador, la libertad era el sueño. Para D'Annunzio, que era un poeta, la libertad era la victoria. Así podrían citarse interminablemente, pensamiento sobre pensamiento, hasta el pensamiento infinito, las contradictorias reacciones de todos los hombres enfrente de la libertad. De este modo, la libertad es como la escalera eléctrica que, paso a paso, nunca pasa, porque nunca deja de pasar.

Callo, pero no dejo de pensar en la libertad.

La suma total de todas estas preferencias aisladas, la exactitud acumulada de todas estas definiciones divergentes que, sin embargo, de algún modo se iluminan y complementan entre sí, me llevan a una conclusión estremecedora: la libertad no es nada, porque la libertad lo es todo.

En otras palabras, la libertad es la vida.

Pero también puede ser la muerte. Diógenes el cínico predicaba que la libertad es la muerte.

VIERNES. OCTUBRE 23

¡Que todo se venga abajo, si Dreyfus no es inocente!

EMILIO ZOLA

Al acercarse a la puerta de la celda, nos damos cuenta de que el guardián está armado de un fusil ametrallador.

—¿Para qué es ese juguete? —le pregunta David—. Para los presos que se las dan de valientes —replica el guardián.

—En serio. ¿Por qué lleva fusil en lugar de revólver?

—No se preocupe. Llevo revólver también.

—¿Y puñal?

—Puñal no. Bayoneta. Está nueva, sin estrenar.

—No se puede decir que está usted desarmado.

—Se hace lo que se puede.

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué lleva fusil? Algo debe de pasar cuando lo han armado de fusil.

—Los bandoleros. Están en las sierras, no muy lejos de aquí. Asaltaron un cuartel en las sierras. Mataron once policías.

—¿Once nada más? —pregunta Mister Alba.

—Once. No había más en el cuartel —explica el guardián.

David observa:

—Los policías van a tener que buscar asilo en la cárcel. La cárcel es el único sitio seguro que hay ahora en el país.

El guardián se queda callado. Repara en mí y me mira fijamente. Me mira con ojos de hostilidad armada.

—Si no me equivoco, usted es Antonio Castán.

—Yo soy.

—Vine por usted. Ya se me olvidaba.

—¿De qué se trata?

—Su abogado quiere verlo.

—¿Mi abogado? —pregunto yo.

—¿Su abogado? —pregunta David.

En la celda, los tres hombres están pendientes de mí. Yo no sé qué hacer ni qué decir. El guardián explica:

—En todo caso lo busca un hombre. Dice que es su abogado.

—Antón no tiene abogado —dice Míster Alba.

—Si no tiene juez, mucho menos va a tener abogado —dice David.

El guardián abre la puerta y yo salgo. Camino por el pasillo, húmedo y oscuro, hacia el patio grande. Como llevo varios días sin salir de la celda, el caminar ahora me da vértigo. No me siento muy seguro sobre mis pies. Estoy como si acabara de levantarme de una larga enfermedad.

Encuentro vacía la pequeña sala de visitas. Pero un momento después un hombre que parece un fragmento de hombre hace su entrada en la sala. El guardián se queda dentro de la sala, cerca de la puerta. Nos mira como si fuéramos a conspirar, y prepara el fusil, listo, al parecer, para disparar sobre nosotros.

—¿Antonio Castán? —dice el hombrecillo.

—Ése es mi hombre.

—He venido a ofrecerle mis servicios como abogado.

Todo aquello me parece tan extraño que no me atrevo a hablar.

—Soy penalista —insiste él.

Yo digo tímidamente:

—¿Quién lo envía?

—Visité ayer al juez que estudia su caso.

—¿El juez?

—Sí. El juez. ¿Por qué le parece raro?

—No sabía que la justicia había encontrado un juez para mí.

—El mismo juez, que está recién nombrado, me llamó la atención sobre su caso. Dice que se está hablando mucho de usted y que es preciso resolver algo sobre su crimen. Según entiendo, usted sostiene que es inocente.

—No sostengo eso. Es más importante. Soy inocente.

—¿Conocía usted a la muchacha?

—¿Qué muchacha?

—La que encontraron estrangulada.

Dios mío, no puedo reprimirme. Empiezo a reír hasta que se me saltan las lágrimas. Ríe convulsivamente, hasta el punto que el abogado empieza a mostrarse asustado.

—No me diga que no lo sabía —tartamudea.

—No. Hasta hoy no me entero de por qué me tienen preso. Y llevo tres años en la cárcel.

—¿Tres años?

—Sí. Me duele tanto cuando me lo digo a mí mismo, que ya casi no lo creo cuando se lo digo a los demás.

—Es increíble que esto pueda ocurrir.

—A mí me ha ocurrido. Al principio luché, reclamé, amenacé. Nadie quiso oírme.

Tuve que resignarme, a pesar de que algunos periódicos pidieron justicia para mí.

¿Jura usted que es inocente? Necesito saberlo. No podría salvarlo de otro modo. ¿Jura usted?

No juro. También es más importante. Soy inocente.

Es curioso. Por primera vez me asalta en este momento un sentimiento inesperado. Por primera vez siento vergüenza de decir que soy inocente. Pero ya no puedo retirar mis palabras.

Un día, hablando de mujeres, tuve el valor de decir en la celda que yo no conocía mujer. Todos me miraron espantados. Los hombres saben que las mujeres hacen a los hombres. A mi edad, en mis tiempos, en mi país, aquello constituía algo así como una traición al varonil género humano. Sin embargo, me sentí orgulloso después de haberlo pregonado. Aquélla fue la última vez que me sentí inocente ante los hombres.

Hoy no me siento orgulloso al decir que soy inocente. Al decirlo, la boca se le llena con una sensación desconocida, como si mis dientes hubiesen mordido mi lengua, y la sangre inundara mi saliva de fuego.

A la vez, me duele el crimen que no cometí. Empiezo a sentir algo así como una especie de remordimiento criminal por no haberla matado, y desde luego, también una especie de nostalgia inocente por no haberla conocido.

El abogado me mira intensamente. Está desconcertado. Ha empezado a sudar, y para limpiarse saca el pañuelo. Se muestra tan confundido que en lugar de secarse la frente que chorrea, limpia las gafas, que aún permanecen limpias.

Pero me doy cuenta de que me ha creído. Me doy cuenta de que ese hombre desconocido ha sentido mi honradez, y de que sus narices, limpias del olor del mal, han percibido el olor de mi inocencia. Ni él ni yo podemos engañarnos. El abogado esboza la última vacilación:

—Usted reconoció su crimen. Firmó el acta que lo atestigua, en el cuartel de policía. Está escrito: usted confesó.

—No supe lo que firmaba en el cuartel de policía. Me maltrataron mucho. No me dejaron leer lo que firmaba. Sin embargo, no pude dejar de hacerlo lealmente. No hay lugar a ninguna equivocación. Nunca firmamos tan claro como cuando tenemos que escribir nuestro nombre con el cañón de un revólver incrustado en la oreja.

Era todo lo que necesitaba. Declara con toda claridad:

—Yo lo defenderé. Yo lo sacaré de la cárcel.

Por un momento, no puedo decir nada. Es la primera vez en tres años que encuentro un asomo de solidaridad humana.

Yo le digo:

—Quiero que usted entienda que no me rebelo contra el juez. Reclamo apenas el derecho a ser oído por un juez.

—Lo comprendo —responde—. Aquí no se trata de un error de la justicia. La

cuestión es más simple. Se trata de que no hubo justicia.

—¿Cómo se llama, señor? —pregunto.

—Señor no. Doctor. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas y Sociales. No estudié cinco años en la Universidad Nacional para que cualquiera me diga señor, como si fuera un ladrón o un diputado. Me llamo Antonio Ramírez. Doctor, fíjese bien, doctor Antonio Ramírez...

Sale sin despedirse, sin mirarme. Pienso por un momento que quizá se molestó seriamente porque lo llamé señor. Pero la cara del guardián, cerca de la puerta, me da a entender la verdad. Leo en esa cara que Ramírez, doctor en Derecho y Ciencias Políticas y Sociales, ha salido conmovido por el hombre de tres años de prisión que ha dejado atrás.

SÁBADO. OCTUBRE 24

En el mercado, Leonardo compraba pájaros enjaulados para devolverles la libertad.

EMIL LUDWIG

En la cárcel el tiempo no se mide. En la cárcel el tiempo se siente, como se siente un dolor. Por eso necesito quedar libre del tiempo.

Hoy mi reloj ha muerto. Lo rompí yo mismo. ¿Para qué quiero yo las horas aquí? Con el reloj, el tiempo ha muerto también para mí. Maté el reloj porque mi cautiverio estaba cansándose de esa pequeña máquina de fabricar minutos inútiles. Desintegrado el átomo, hacía falta que yo desintegrara el instante. Creo que lo he logrado rompiendo el reloj.

Estoy escribiendo lo anterior cuando los pasos soberbios del guardián se acercan a la puerta.

—Míster Alba —llama el guardián.

—¿Qué quiere? —pregunta él.

—El director desea verlo.

Yo dejo de escribir, David deja de leer, todos miramos a Míster Alba. Hay un momento de ansiedad. Míster Alba contesta:

—Hoy no tengo tiempo para vivir.

—¿Qué quiere decir? —pregunta el guardián.

—Quiero decir que hoy sólo tengo tiempo para leer.

—¿Qué quiere decir? —repite el guardián.

—Dígale al director que hoy no lo puedo recibir.

—Si es así, me voy. Pero le va a costar caro eso de que no puede recibir al director de la cárcel.

—Si lo prefiere, para que no me cueste caro, dígame entonces que salí, o que no me encontró —dice Míster Alba.

Al quedarnos solos, yo le digo a Míster Alba:

—¿Por qué dijo eso?

—¿Qué?

—Eso de que no puede recibir al director.

—Es cierto. ¿Por qué lo dije? Tal vez lo dije porque hoy ya he vivido bastante. Esta mañana me corté las uñas de los pies.

Creo que en cierto sentido, Míster Alba tiene razón. Hoy es uno de esos días en que nos sumergimos en la lectura como en un pozo ciego.

Hay escritores que no hablan por sí mismos. En sus libros se expresa la voz de un país, se advierte la presencia de un pueblo.

En los Estados Unidos los escritores representativos no son Hemingway ni Faulkner. El primero es demasiado universal. El meridiano de su genio se sale del marco norteamericano, participa en la guerra civil de España, llega hasta Cuba, vagabundea por París. «París es una fiesta que nos sigue». Por su parte, Faulkner es demasiado provinciano. Vive encerrado en un condado del Sur, donde hay plantadores o esclavos, coroneles o negros, nunca norteamericanos corrientes, es decir, nunca norteamericanos absolutos.

El escritor de los norteamericanos completos es Sinclair Lewis. Babbitt es el resultado del examen de sangre más completo que se le haya hecho a los norteamericanos. Y Calle Mayor, siendo una calle de pueblo, es la urbanización literaria mejor acabada del colosalismo norteamericano. El mundo de Lewis es el mundo de los hombres ahítos, aspirantes a millonarios. Los cazadores de dólares de Lewis no saben qué comprar con la libertad.

Lewis escribió también páginas terribles y hermosas sobre la justicia y la injusticia, tal como estos conceptos se aplican a la medida norteamericana. Sobre la densidad de la justicia Lewis sostiene que la ley penal de los Estados Unidos consiste en cerrar con llave la puerta del establo después que han robado el caballo. Sobre la forma arbitraria de la injusticia Lewis dice que en Norteamérica la prueba de la mentalidad de los policías exige que demuestren que tienen 190 libras de peso.

La España de una época que va desde la decadencia que siguió a la pérdida de las colonias americanas hasta la presente resurrección nacional, no ha quedado expresada tan bien, en ninguna obra, como en los libros de Azorín.

Azorín ama los símbolos de la inutilidad, de la insuficiencia, de la insignificancia. De la agricultura prefiere la lenteja. De la humanidad, el huérfano. Del arte, la miniatura. De la zoología, la pulga. Del hombre, el sin trabajo. De la culinaria, la migaja. De la nación, la aldea. «París es el pueblecito de Jeannette», dice Azorín.

Azorín es el apóstol de la literatura de la resignación. Azorín ve la vida con criterio de mendigo. «La historia es una sucesión de monedas», dice Azorín.

Para Azorín, el hombre libre es un criado. Los hombres de Azorín no están presos pero llevan dentro de sí un capellán que los amenaza con el infierno y un carcelero que les mide los pasos. El Don Juan de Azorín no tiene pasión, sino piedad. Las vírgenes de Azorín no son mujeres; son ángeles devorados por la anemia andaluza. Los viajeros de Azorín no saben para dónde van. Los personajes de Azorín suspiran y llevan luto. «Yo no sé por qué suspiran tanto estas viejas vestidas de negro», dice Azorín.

Míster Alba me dijo un día:

—Azorín no es un escritor para lectores. Azorín es un escritor para coleccionistas.

Estoy leyendo, pues, a dos escritores absolutamente diferentes. Azorín y Lewis son algo más que dos pueblos. Son dos polos opuestos. Sin embargo, ambos están muy cerca de nosotros. Los dos representan las dos grandes influencias culturales que han conformado la personalidad de nuestra cárcel.

El español de Azorín, que aguanta el hambre, y que hace de eso un mérito, y el norteamericano de Lewis que toma bicarbonato después de atracarse de perros calientes, y que hace de eso una hazaña, son personajes que yo veo a diario aquí. En la cárcel me tropiezo a cada paso con los españoles de Azorín (como Braulio), que rezan contando los centavos, y con los norteamericanos de Lewis (como Míster Alba), que no se lavan las manos para no espantar de los dedos el olor a tinta podrida de los dólares. Ambos escritores participan un poco, con aportes más o menos iguales, de la personalidad de nuestra adorada cárcel.

España y los Estados Unidos son las dos puntas de la tenaza histórica que nos tiene presos, remachados. Las dos puntas anulan el esfuerzo conjunto, pues, entre ellas, la una inutiliza a la otra. Donde la influencia norteamericana nos sacude, la tradición española nos cohibe. Donde el idealismo español nos impulsa, el utilitarismo norteamericano nos aplasta. Donde la rebeldía española nos empuja a rebelarnos contra la ley colonial de la cárcel, las autoridades de estilo norteamericano nos inmovilizan con el cerco feroz de los perros policías. La tragedia de nuestra adorada cárcel consiste en no haber tenido la personalidad suficiente para sacudirse las inhibiciones de estos dos yugos paralelos. Entre esas dos fuerzas que nos oprimen abrazándonos, no hemos llegado a ser nosotros mismos.

Después de tanto leer, esta noche no podré dormir. Para dormir, esta noche tendré que silbar a los muertos.

DOMINGO. OCTUBRE 25

Ni un minuto de libertad: en la cárcel hay que comer defendiendo el bocado.

FEDOR DOSTOIEVSKI

Nuestro almuerzo ha consistido en una taza de agua tibia mezclada con harina de maíz. Para despistar, en cada taza flotan tres habas y dos pedazos de hueso, en los que a duras penas subsiste el olor rancio del cordero. A este potaje, Míster Alba, que es un hombre fino, lo llama sopa. Braulio, que es un patriota, partidario del folklore, lo llama mazamorra.

En uno de sus libros, el doctor Gregorio Marañón da a entender que la mazamorra vino a América en esas cárceles flotantes que se llamaban galeras. Vino en galeras, como casi todos nuestros antepasados, y vino de Europa, como casi todos nuestros platos auténticamente nacionales. «Con los restos del bizcocho —dice el doctor Marañón— se hacía una sopa tristísima, llamada mazamorra». Aquí lo único que hicimos fue entristecerla aún más, cambiando el bizcocho por el maíz. En otras palabras, mazamorra viene de mazmorra, que quiere decir cárcel. De donde se deduce que la mazamorra es sopa para presos.

De postre hemos tenido una taza de aguamiel caliente, adornada también, pero no con huesos de cordero, sino con cáscaras de limón. David dice que le ponen limón a la aguamiel para que la digestión sea más lenta, para que la comida se retenga en el vientre, para que el hambre tarde más en regresar.

Después del almuerzo, David, Braulio y yo ocupamos nuestras respectivas camas. Vamos a descansar el descanso de haber estado descansando toda la mañana. Yo le digo a Míster Alba:

—¿No va a dormir la siesta?

—Nunca duermo la siesta cuando no tengo con quién dormir la siesta.

Por lo visto, para Míster Alba la siesta es un acto sexual.

Apenas nos acostamos, Míster Alba empieza a hablarnos de su vida en el Amazonas. Es un placer oír su voz cuajada de mentiras. Es un alivio poder huir de la celda a través de esta voz. David escucha con los ojos cerrados. Braulio, en el cielo raso, contempla sus estrellas. Yo miro a Míster Alba, cuya condecoración, en la penumbra de la celda, brilla también como otra estrella.

—Después de la guerra con el Perú me establecí en Leticia. Es una región miserable y admirable. Trabajaba en compañía de un peruano, un tal Aguirre, hombre muy cruel, que había sido cauchero. En las historias del Amazonas siempre debe

haber un hombre muy cruel que haya sido cauchero. Aguirre y yo trabajábamos para Míster Johnson, un gringo culto, un poco chiflado, empeñado en convivir con las poblaciones indígenas para demostrar su teoría de que los americanos primitivos eran japoneses. Por cierto, en una de esas revistas que le llevan a Antón leí hace tres días que la doctora Tulia de Dross estudia actualmente el impresionante parecido de la alfarería entre las figuras haniwas del Japón y las figuras quimbayas de Colombia. Como iba diciendo, operábamos principalmente entre Leticia y Tabatinga, es decir, en esa región formada por el trapecio amazónico colombiano y la punta más avanzada, por ese lado, del continente brasilero.

Míster Alba calla un momento y luego prosigue con más bríos:

—Allí conocimos y tratamos a los indios tolabos. Quítense ustedes el sombrero, señores, porque estamos llegando a la patria de los indios tolabos.

Ceremonioso, como si fuera un actor, Míster Alba se quita el sombrero, con el ademán de quien saluda de lejos a los indios.

—Forman ellos un pueblo peculiar. Al nacer les cortan las orejas a las criaturas, de modo que aquélla es una sociedad de hombres desorejados. Dicen que les cortan las orejas a los niños para que puedan ver. En idioma tolabo, «oreja» quiere decir «ojo», y viceversa. Estos indios saben dónde tienen los sentidos. Pero ésta no es la única alteración de conceptos de la cultura tolaba. Para ellos, la paz es la guerra, de modo que allí no existe el concepto pernicioso de heroísmo. Para ellos, la vida es la muerte, de modo que no conocen el sufrimiento. Para ellos no existe la idea de la libertad, tal como la entendemos entre nosotros. Entre los tolabos sólo los hombres buenos son condenados, y como todos son buenos, todos viven presos.

Se pone el sombrero, tose ruidosamente y sigue hablando.

—Según pude ver y oír, los tolabos oyen por los ojos y ven por las orejas mutiladas. Los tolabos parecen un pueblo loco, pintado por Dalí. Según Aguirre, el cauchero cruel, es una trasmutación verbal y psicológica, para designar las orejas y los ojos, lo que ha extendido la leyenda sudamericana del país de los ciegos, inmortalizada por Wells en uno de sus cuentos. En realidad, lo que ha dado origen a esta leyenda son los tolabos, y hay razón para ello, porque un hombre que ve por los oídos es un ciego. De todos modos, los tolabos forman un pueblo maravilloso, increíble, casi tan fantástico como un cuento de Wells.

David se ha quedado dormido. Braulio ha dejado de mirar sus estrellas. Yo sigo sin cansarme las alocadas fantasías de Míster Alba.

—Ahí donde usted los ve, si es que los ve, o si es que no quiere imitarlos, y mirarlos con las orejas, los tolabos son hombres muy avanzados. Míster Johnson, que era de Alabama, y que obraba como si estuviera todavía en la guerra de Secesión, decía que los tolabos parecían educados por los yanquis. En efecto, los tolabos le rinden culto al intestino. Nada de adorar al sol, nada de arrodillarse ante la luna. El

intestino es para ellos la encarnación de la divinidad. Cuando un tolabo muere, los sumos sacerdotes, que son brujos y cirujanos, le hacen al difunto una especie de autopsia sacramental. Después de la autopsia, entierran el cuerpo. El intestino lo conservan, lo disecan, lo embalsaman y lo ponen en el altar. Sus templos son montes de tripas calcificadas, pirámides de momias intestinales. Esas podredumbres arquitectónicas y monumentales serían horribles cementerios de residuos innobles, si no fuera porque los tolabos, que miran el arte tradicional con las orejas, oyen los oficios religiosos con los ojos, de modo que nunca ven el uno ni escuchan los otros.

Después de este galimatías amazónico y sociopaleontológico empiezo a quedarme dormido. Pero me doy cuenta de que no porque no haya quien lo escuche, Míster Alba deja de hablar sobre los indios tolabos.

LUNES. OCTUBRE 26

En una sociedad esclavizada, el más grande esclavo es el tirano.

JULIÁN MARÍAS

En nuestra segunda entrevista, el abogado Ramírez me acaba de asegurar que en un par de semanas recobraré la libertad. Dios lo oiga. A instancias del abogado he firmado un memorial dirigido al juez, dándole poder amplio y suficiente a mi doctor Ramírez para defenderme y representarme. Aunque reglamentariamente el término de las visitas no debe pasar de veinte minutos, el abogado se las ha arreglado para permanecer conmigo más de una hora. Durante una hora no se ha fatigado un momento de oírme hablar de mi vida pasada, que es la suma de veintidós años de juventud y tres años de cárcel.

Al regresar a la celda, los tres presos me interrogan ansiosos.

—¿Es cierto?

—Cierto. El abogado me lo ha confirmado.

—¿Ya está nombrado?

—Ya se posesionó. No tardará en visitarnos.

—¿Qué más dijo el abogado? —pregunta Braulio.

—Me contó sobre Leloya muchas cosas, que se relacionan conmigo.

—¿Qué más?

—Me confirmó lo que ya sabemos. Bajo Leloya, la cárcel padecerá una tiranía como no la ha conocido jamás —informo yo.

—¿Por qué lo escogieron a él? —pregunta Braulio.

—Dicen que es para reorganizar la cárcel con métodos modernos.

—Conozco ese tipo de reorganizaciones —murmura Míster Alba—. Y conozco a Leloya. Es uno de esos hombres que parecen predestinados para ser carceleros. Dicho con toda claridad, tiene vocación de verdugo. —Se quita ceremoniosamente el sombrero, en un ademán cortesano habitual en él, y sigue hablando—: Muchachos, digámosle adiós a nuestra adorada cárcel. Desde hoy, esta prisión se convierte en una tumba.

Todos reímos, pero todos sabemos que Míster Alba está diciendo la verdad. Todos sabemos lo que el nuevo alcaide, Tomás Leloya, significa en la dirección de la cárcel. Hasta hoy, la prisión ha disfrutado de un régimen benigno que únicamente se ha alterado en las últimas semanas, desde que por razones disciplinarias, y hasta nueva orden, suspendieron nuestras salidas diarias al patio principal.

Leloya es un militar retirado. Se le conoce con el nombre de Mayor Leloya. Estando en el Ejército se hizo famoso, hace muchos años, en acciones de persecución y represalia contra los guerrilleros. Frío, despiadado, en la guerrilla no se portaba como un pacificador oficial, sino como un bandolero más. En aquella época, una hazaña increíble lo hizo famoso en el país.

En un pueblo de la sierra, una partida de revoltosos se había apoderado del gobierno municipal. Pasaron por las armas al alcalde, a todos los policías, a todos los empleados oficiales. Saquearon los almacenes, quemaron la iglesia, el edificio consistorial y las casas de varios terratenientes. Proclamaron en el pueblo una república independiente, una miniatura de Estado muy parecida a un criminal sitiado. Todo fue una orgía de locura y pillaje.

Más tarde, cuando llegaron los policías y los soldados puestos a órdenes del Mayor Leloya, los cuerpos armados enviados a guardar el orden, después de obligar a los guerrilleros a abandonar el pueblo, acusaron a las víctimas de haber sido cómplices del golpe. Les aplicaron entonces a los vecinos del pueblo, sin discriminaciones, ancianos, mujeres y niños, un tratamiento depurador de sangre y fuego. Los que la primera noche no murieron de un tiro en la oreja, amanecieron colgados en los árboles de la plaza. Durante cinco días, no habiendo ya seres vivos contra quienes disparar, cada vez que pasaba frente a los colgados, Leloya vaciaba su pistola, para reiterar su deseo de que los muertos odiados estuvieran bien muertos.

Ése era el hombre que llegaba a dirigir nuestra cárcel.

—Si por lo menos nos dejaran salir de nuevo al patio... —suspira Braulio.

—Yo de usted me olvidaría del patio —dice David.

—Si no veo pronto el sol, voy a volverme loco.

—Con su pistola, Leloya tatará el sol. Con Leloya se acabó el sol —dice Míster Alba.

Poco después, Braulio empieza a temblar. Míster Alba le toca la frente.

—Este muchacho está ardiendo —indica Míster Alba.

—Llamemos al guardián —dice David golpeando la puerta de la celda.

La fiebre de Braulio sube por momentos; es una fiebre que palpita y huele, como si sobre el hombre de carne empezara a germinar un hombre de fiebre. Cerca de él, los tres participamos un poco del hálito caliente de su piel, que empieza a poner en la celda un ligero toque de calefacción animal. La temperatura de la celda se ha puesto repentinamente templada, malsana, un poco viscosa, como cuando la adivinadora, en un cuarto sin ventilación, quema pelos en un brasero.

Son detalles como éstos los que no permiten en la cárcel el menor asomo de intimidad. Aunque cada cual se guarde sus secretos, los secretos nos brotan por los poros, como nos brota el sudor. En la celda, los cuatro hombres nos embadurnamos el alma con la misma masa de promiscuidad repugnante. Nuestra mente vive sucia con

los pensamientos de los demás. Nuestra boca tiene siempre el sabor de lo que los otros se comen. Somos cuatro gusanos condenados a roer una llaga que no sólo es común, sino que también es inagotable.

El guardián tarda en venir, pero viene al fin y corre la mirilla metálica exterior de la puerta.

—¿Qué pasa aquí?

—Braulio Coral tiene una fiebre muy alta. Es necesario que lo lleven a la enfermería.

—La enfermería no está en servicio.

—Pero hay que sacarlo de aquí —insinúa yo—. Necesita un médico.

—La enfermería, la capilla, la sala de visitas, las oficinas, hasta los pasillos, todo está ocupado.

—¿Por qué? —brama Míster Alba—. ¿Qué ocurre? ¿Hay guerra civil?

—Presos. Más presos. Robos. Asesinatos. Secuestros. Llegan presos a montones. Ya no saben dónde meterlos.

—Eso no impide que llame un médico —alega David.

—Procuraré hacerlo. No prometo nada. Aquí no hay nada que hacer, desde que empezó esta confusión. Han llegado tantos presos, que la cárcel está que revienta.

—¿Es cierto que hay un nuevo director? —pregunta David.

—Sí. Mi coronel Leloya.

—¿Es coronel?

—Coronel. Y de los buenos.

—Yo no sabía que en el retiro, los militares seguían ascendiendo —dice Míster Alba.

El guardián replica:

—Lo único que le puedo decir es que desde hoy vamos a tener aquí un jefe. Bueno. Ahora me voy por el médico.

Se va por el médico, pero para regresar media hora después y decirnos que no hay médico. Por fortuna, mientras tanto, Míster Alba se había ingeniado para sacar dos pastillas del sombrero. Comer si fuera un prestidigitador se quitó el sombrero, se levantó el tafilete, sacó las dos pastillas y se las dio a Braulio.

—Tráguelas —ordenó Míster Alba.

Un momento después, con la misma rapidez con que había subido, la fiebre empezó a bajar. Un destello de victoria se reflejaba en la pupila solitaria del ojo de cíclope de Míster Alba.

Al irse el guardián, Braulio dice:

—Me siento mejor.

—¿Creyó que se iba a morir? —le pregunta Míster Alba.

—Yo lo hubiera sentido mucho —dice David—. Cuando un preso como Braulio

se decide a morir, es como si alguien se muriera de muerte doble. No es cualquier cosa dejar dos viudas en el mundo.

MARTES. OCTUBRE 27

Yo no soy libre sino cuando me siento libre.

PAUL VALÉRY

Ha pasado la mañana sin que la fiebre de Braulio se repita.

—Todo se debe a sus aspirinas —le digo a Míster Alba.

—No eran aspirinas —responde él.

—¿Qué era entonces?

—Cocaína en pastillas. Es lo mejor para el paludismo.

—¿Quién diablos le ha dicho que Braulio tiene paludismo?

—Da lo mismo. De todos modos, se curó con las pastillas, que tampoco eran de cocaína.

El guardián le anuncia a Braulio que el juez lo espera inmediatamente.

Al salir, el guardián lo detiene y le esposa las manos.

—¿Por qué le pone esposas? —chilla Míster Alba.

—Son las órdenes que tengo.

—Eso es una provocación —dice Míster Alba, por decir algo.

—Supongo que es apenas una medida de precaución —dice el guardián—. La cárcel está llena. Presos. Más presos. Hay mil presos en una cárcel construida para cuatrocientos. Se habla ya de protestas y motines.

Cuando se marcha, con las manos maniatadas, Míster Alba y David empiezan a discutir.

—Yo no había visto estos atropellos en ninguna parte —opina Míster Alba.

—Yo sí —alega David—. Para eso es la cárcel. A propósito, Míster Alba: ¿cómo son las cárceles en Panamá?

—De Panamá sólo conozco el canal, donde trabajé tres años. Allá dejé de ser el señor Alba, y me convertí en Míster Alba. Fue allá donde aprendí el inglés.

—Debiera reconocer que fue allá donde olvidó el español.

Para cambiar de tema, Míster Alba vuelve a referirse a Braulio.

—Yo no creo que ese pobre diablo sea bígamo —afirma.

—No hable mal de Braulio, tuerto. Al fin y al cabo es su amigo.

Míster Alba se enfurece cuando David lo llama tuerto. Sin embargo, hoy no da muestras de querer protestar.

—Es mi amigo, es cierto. Pero ha de saber usted que yo sólo hablo mal de los amigos. De los enemigos prefiero no hablar.

—¿Por prudencia?

—No. Por miedo.

—¿Es usted cobarde, Míster Alba?

—Padezco la «fiebre de gamo», que era como llamaba Teodoro Roosevelt al afán de correr. Me hice un tratamiento para la cobardía, pero no me curé. Fue en el Amazonas. Para afianzar el valor, y marchar a la paz, que es como ellos llaman la guerra, los indios tolabos comen queso de leche de perra. Yo comí ésa porquería, pero francamente, después de probarla, quedé peor que antes. Creo que me engañaron. Creo que lo que me dieron fue clara de huevo de paloma.

—¿Por qué dice usted que Braulio no es bígamo? —pregunté yo.

—Por la edad —contesta Míster Alba.

—¿Por la edad?

—Sí. Braulio tiene la edad de los hombres que sólo pueden permitirse el lujo de ser fieles.

—Explíquese —reclama David.

—Quiero decir que la bigamia no es un deporte para viejos. Y Braulio ya está viejo. Mis contemporáneos empiezan a envejecer.

Antes que le hagamos notar que Braulio es mucho más joven que él, y como para corroborar la idea de que a pesar de sus contemporáneos él permanece joven, Míster Alba empieza a desmontar, pieza por pieza, el complicado mecanismo externo de su individualidad. Se quita el saco, se quita la camisa, se quita la camiseta. Luego abre la funda de pellejo donde tiene el tatuaje y se lo quita también. Pone todo sobre la cama, menos el tatuaje. En efecto, deposita la cuchilla barbera en mis manos.

Al quedar desnudo de la cintura para arriba, Míster Alba se dedica a hacer gimnasia. Yo lo miro y me siento conmovido al pensar en todo lo que este hombre ingenioso y mentiroso significa para los habitantes de la celda. Miro también a David, quien debe de estar pensando algo parecido. Muchas veces, él y yo sorprendemos en nuestros ojos esa lumbre furtiva que, sin palabras, compromete a dos hombres en un mismo secreto.

—¿Qué sería de la libertad sin la cárcel? —dice David.

—¿Qué sería de la cárcel sin la libertad? —apunto yo.

Míster Alba interrumpe sus ejercicios calisténicos. Respira, listo para intervenir, e interviene.

—Lo malo es que la cárcel está aquí y la libertad está afuera.

—No, Míster Alba —dice David—. Yo no puedo aceptar que yo esté preso y que mi libertad ande suelta.

Míster Alba no se da por vencido.

—El maestro Vargas Vila decía que se encadena el lebrél, pero no el aullido. Y yo digo que al tigre, cuando lo encierran, no lo encierran en la jaula con el paisaje que le

sirve para matar.

—Eso quiere decir que para usted la libertad es un accidente del terreno —dice David.

Yo acudo en su auxilio:

—Lo que dice David es verdad. ¿Cómo se puede separar la libertad de mí? Yo estoy en la cárcel, pero mi libertad no me abandona. Mi cuerpo y mi alma constituyen mi libertad y el conjunto de los dos está conmigo.

Después de siete extenuantes minutos de gimnasia, de los cuales pasó cuatro conversando, Míster Alba descansa. Con mucha calma empieza a armar de nuevo el rompecabezas artificioso de su figura exterior. Lo primero que hace es enchufar el tatuaje en el estuche de su panza.

MIÉRCOLES. OCTUBRE 28

Debe de ser muy difícil fusilar a un hombre que ríe. Para matar hay que sentirse importante.

GRAHAM GREENE

Al ir a escribir, mi mano copia este pensamiento que acabo de recordar. La transcripción automática me da una idea. De ahora en adelante, iniciaré mi relato de cada día con una frase alusiva a mis preocupaciones cotidianas, siempre que ella se relacione con la justicia o con la cárcel. Tengo una buena provisión de ellas, coleccionadas en los libros que he leído en tres años. Esta compañía de los hombres que de alguna manera han participado en mi angustia por la libertad, me dará alicientes para seguir adelante.

Como es natural, dentro del orden que me he impuesto, ello me lleva también a volver atrás. Entresacaré algunas ideas ajenas para encabezar los capítulos diarios que ya han quedado escritos.

He recordado la frase de Graham Greene porque Antonio Ramírez, doctor en Derecho y Ciencias Políticas y Sociales, a quien veo casi todos los días, y que es ya mi confidente legal, me contó hace dos días que se habla ahora de establecer en el país la pena de muerte. Algunas instituciones y no pocos sociólogos y abogados son partidarios de que se aplique la pena capital a los guerrilleros, a los pistoleros y a los secuestradores.

Cada vez que se produce un crimen horrible, los hombres se acuerdan de la pena capital. Cada vez que falla el acueducto del orden público, al atascarse el tubo que suministra el agua de la tranquilidad social, los hombres empiezan a sentir sed de sangre. La sangre criminal produce sed de sangre oficial. El asesino le abre paso al asesino. No podemos con la cultura de la cárcel, y ya ambicionamos la civilización del patíbulo.

Mientras los presos de afuera discuten sobre la manera de montar el aparato de la muerte, aquí, los presos de adentro, padecemos algo peor, porque estamos condenados a la pena esterilizadora de vivir sin vivir. No me explico por qué el hombre libre se escandaliza tanto con la pena de muerte, que para el presidiario es un alivio instantáneo, y permanece indiferente ante la cárcel, que es un suplicio corruptor, inyectado poro por poro, minuto a minuto, en cámara lenta, con el cuentagotas más miserable de la degradación humana.

Sobre la pena de muerte, Míster Alba me dice:

—En la historia reciente del mundo hay dos ejemplos escarnecedores de pena de muerte. El uno es Núremberg. Los colgados de Núremberg son el cáncer póstumo de los muertos de la segunda guerra mundial. El otro es Israel. En el caso Eichmann, Israel explotó una mina de venganza, con refinamientos incomprensibles. El caso Eichmann enseña que por primera vez en la historia los judíos no cobraron intereses altos, puesto que se conformaron con la transacción de seis millones de muertos por la vida de un hombre. Seis millones de muertos no valen el asesinato de un asesino.

Diga lo que diga Míster Alba, los hombres le conceden demasiada importancia a la pena de muerte. Llevan siglos enteros divinizándola o escarneciéndola. No se han dado cuenta de que con ella o sin ella el hombre permanecerá siempre igual, mientras subsista esa antesala de la muerte que es la cárcel. Los hombres han hecho de la pena de muerte un mito inmoral. Esta deformación proviene de una monstruosidad consuetudinaria, que consiste en aplicar al fenómeno de la organización punitiva el criterio impune que emana del ejercicio de la libertad.

El hombre libre mira con horror la pena de muerte, aunque es el padre de ella. Por la misma razón, el preso mira con horror la justicia, porque es el hijo de ella. Con un vínculo idéntico, pero desde una postura diferente, el preso y el hombre libre son cómplices en el miedo a la libertad. El círculo vicioso que hace de la cárcel una pena de muerte viene a convertir la pena de muerte en libertad.

Si el hombre libre supiera que la pena de muerte no es lo peor, puesto que es apenas un castigo más, que avanza por un pasillo de humillación más, y que conduce a un calabozo más, dejaría de hablar de ella con el tono solemne con que suele hacerlo.

Personalmente, a mí la pena de muerte ya no me importa. Después de lo que me ha pasado, no me sorprendería merecerla o padecerla. Soy socio del soldado, condenado a la pena de muerte. Soy hermano del hombre, el primer condenado a la pena de muerte. Lo que me importa es que los hombres eviten el crimen de ganar la muerte que merecen.

Míster Alba me dice:

—Es un anacronismo grotesco pensar en estos tiempos en establecer la pena de muerte. En el mundo, la pena de muerte ha muerto. Entre el hombre que ríe y el hombre que está en la cárcel acabaron con ella. Resucitarla es revitalizar un fantasma. La pena capital corrió la suerte del duelo en el campo de honor. En el campo histórico del ridículo universal, ambos perecieron sin honor.

JUEVES. OCTUBRE 29

La escuela libre me agrada por el solo hecho de que se llama libre.

ROGER PEYREFITTE

Hemos adquirido el hábito de que, todos los jueves, Míster Alba pronuncie en la celda una conferencia. Estos días en que Míster Alba habla en público, como si dijéramos, son llamados por David jueves culturales.

Como de costumbre, Míster Alba desempeña hoy su papel con toda solemnidad. De pie, se coloca un monóculo ahumado, no en el ojo sano, sino en el ojo perdido. Luego, quitándose y poniéndose sin cesar el sombrero, empieza a hablar. Taquigráficamente tomo nota de todo lo que dice.

—Señoras y señores; mi tema de hoy es un genio menospreciado de la literatura nacional. Casi sobra decir que me refiero al maestro Vargas Vila, el único genio y el único menospreciado de la literatura colombiana. Yo creo que como novelista Vargas Vila era una verdadera porquería. Lo mismo puede decirse de sus interpretaciones de carácter religioso. Pero su crítica literaria, sus estudios históricos, algunas de sus ideas políticas merecen consideración. Hoy no se lee mucho a Vargas Vila. Pero siempre se le lee. En otros tiempos lo leían todos: sus enemigos, para aprender a difamar con arte; sus amigos, para aprender a escribir mal. Pero lo cierto es que él escribía muy bien y lo evidente es que, después de muerto, sus libros siguen hablando por él. Vargas Vila fue en Latinoamérica el niño terrible, es decir, el viejo terrible, de principios del siglo. Hoy su anarquismo filosófico ya no asusta a nadie. Quizá no estemos lejos de una rehabilitación parcial de su obra. Su vida sí, ya no puede rehabilitarse. Vargas Vila está muerto.

Míster Alba saca del bolsillo del abrigo un paquete de papeles, y extrae de él algunas notas manuscritas, lo que él llama su archivo confidencial. Con ellas en la mano sigue hablando.

—Un conferenciante tiene que hablar con las pruebas en la mano. Aquí está la prueba de lo que vale Vargas Vila. Jorge Luis Borges, el escritor hispanoamericano más importante de nuestro tiempo (si es que puede ser hispanoamericano un escritor europeo, de cultura alemana y sensibilidad inglesa, nacido en la Argentina). Borges, repito, ha dicho que podría prescindirse de toda la obra de Vargas Vila y que una sola frase suya sobre el patíbulo pertenece a la inmortalidad. Aunque Borges parece tener razón, las páginas de Vargas Vila que pertenecen a la inmortalidad son muchas. Pocas veces un escritor ha sido tan conciso al definir un hombre o al señalar una situación.

Permítaseme probarlo.

Míster Alba se quita el monóculo, como si quisiera ver mejor con el ojo averiado, y consultando las notas sigue hablando.

—Señoras y señores, descúbranse ante la cumbre del dicterio. Sobre la lírica latina. Vargas Vila dice que Ovidio era un canario de lenocinio. Sobre Panamá, el apóstol afirma que Colombia no fue mutilada por el hierro, sino por el oro. A los yanquis, el maestro los llama agentes viajeros de la venalidad. A un político que ha muerto, el vengador lo despide así: paz a su vientre. Sobre el amor, Vargas Vila dice que las mujeres sólo tienen de bueno lo que ocultan, y que cuando ya no lo ocultan, deja de ser bueno. Sobre las acciones humanas el gigante dice que desde lo más alto de la horca, sus enemigos estarán siempre por debajo de él. Y añade: tengo un pedestal de enemigos. De la monarquía mexicana el republicano dice que Iturbide, no teniendo nada en la cabeza, resolvió ponerse en ella una corona. Sobre sí mismo, el solitario reconoce que su obra es un camino sembrado de ruinas. Sobre la libertad, el rebelde sostiene que sufrir la tiranía es la forma más vil de merecerla. Espero que estas citas sean suficientes para enseñar a ustedes que el corrosivo libelista colombiano no fue el hombre de la frase única de que habla Borges.

Míster Alba toma aliento y continúa.

—Señoras y señores, he mencionado la libertad. La libertad fue la gran pasión de Vargas Vila. La amaba tanto que la mantenía encadenada a sus pies, como si fuera un animal doméstico de su exclusiva propiedad. En conclusión, Vargas Vila es un escritor ideal para los presos. No sé por qué Antón Castán no cultiva su lectura. Cada uno de los libros del maestro es una pala con la que este enterrador de mitos abona día a día al árbol chamuscado de la libertad. La libertad lo excitaba, lo desvelaba, lo enardecía. Vargas Vila era un ninfomaniaco de la libertad.

Míster Alba no espera aplausos.

Braulio, dedicado, como siempre, a darle brillo a los zapatos con que ha de salir de la cárcel, se atreve a preguntar:

—¿Podría explicarme, Míster Alba, por qué se dirige a nosotros diciendo señoras y señores?

—Sólo a un pintor de brocha gorda se le puede ocurrir preguntarlo. Señoras y señores: así empiezan siempre los oradores que respetan a las señoras.

VIERNES. OCTUBRE 30

La institución del verdugo es de origen divino.

JOSEPH DEMAISTRE

La idea de la pena de muerte no nos ha dejado en paz en los últimos días. Es como una mosca que zumba incansablemente sobre nuestras cabezas. Se detiene, aquí y allá, suelta sobre la mente sus larvas de angustia, y brinca a otro lugar, fecundando sin cansarse su propia gestación.

Apenas acabamos de cenar, David se echa en la cama y empieza a hablar.

—He leído que en la China hay una cárcel donde los hombres libres se disputan por turno el honor de hacer el trabajo de verdugo. Asesinando legalmente, los hombres se despojan de esa implacable tendencia al asesinato que parece ser una de las necesidades fundamentales del ser humano. Gracias a esos verdugos interinos, en la China se logró que bajara notablemente el índice de criminalidad.

Míster Alba anota:

—Henry Alien, el verdugo de Londres, decía que la reclusión es peor que el patíbulo. Sin embargo, a veces pienso que es lamentable que en nuestro país no exista la pena capital. Hay muchos que la merecen.

—Si en nuestro país existiera la pena capital —sigue diciendo David— me gustaría ensayar algo más novedoso que la práctica de aquella cárcel de China. Me gustaría disfrutar del sistema democrático de que cada condenado escogiera su propia muerte. Es decir, que cada uno eligiera de acuerdo con su gusto la forma del suplicio particular.

—Usted, David, ¿qué suplicio escogería? —pregunta Braulio.

—No había pensado en eso.

—Pues piénselo. ¿Qué suplicio escogería?

—Si estuviese condenado, y pudiera escoger la forma de mi muerte, escogería la pena máxima de la cultura inglesa, es decir, la horca. Es una muerte bronca, pero tiene sus compensaciones. Antes que los ingleses la adoptaran, siguiendo su costumbre de apoderarse de todo lo que pertenece a los demás, la horca deshonoraba. Los ingleses nacionalizaron la horca, pero le dieron distinción. Como cada día se ejecuta menos los hombres modernos empiezan a mirarla como una práctica civilizada. Al fin y al cabo, la horca no es menos ignominiosa que otras formas de asesinato legal. Además, la horca es como la mujer. Anula, pero da placer.

David va a decir algo más cuando se escucha de nuevo la voz de Braulio.

—Usted, Míster Alba, ¿qué clase de muerte preferiría?

Míster Alba no tiene más remedio que pensar en qué clase de muerte escogería. Comprende que no se trata de la muerte, en realidad, sino de hablar. De hablar y de llenar con palabras el hondo hueco penúltimo del día.

—Yo preferiría la silla eléctrica —dice Míster Alba—. Vivo bajo la influencia de la civilización norteamericana. Me gustaría que me sentaran en la silla eléctrica, siempre que antes que se hiciera el contacto, se me permitiera calmar la sed con coca cola helada. La silla eléctrica es por lo menos un modo técnico de matar. Con ella desaparece la barbarie de las torturas clásicas. No tritura los huesos, como el edificante garrote vil de los españoles, ni es inflamable, como los procedimientos culturales alemanes que inyectaban gasolina en las venas de los niños judíos. La hoguera es una tortura salvaje, propia para purificar la sangre podrida de las brujas suizas. El azote es un suplicio sádico, bueno para provocar sangrías en la carne endemoniada de los poseídos rusos. La ciencia conjunta de vivir y de morir le debe a los Estados Unidos dos grandes descubrimientos: la ducha y la silla eléctrica. La ducha es a la higiene lo que la silla eléctrica a la ciencia penal. Es decir, el modo más grato de lavarse, como la otra es el modo más simple de matar. Voto por la silla eléctrica, o en otras palabras, voto por los Estados Unidos.

David lo interrumpe:

—Usted, Braulio, ¿qué muerte escogería?

Se le obliga ahora a participar en el juego macabro que él mismo ha inventado. No vacila en contestar:

—Me gustaría el fusilamiento, porque es muerte para hombres. No es muerte para lascivos, como la horca, ni muerte para mecánicos, como la silla eléctrica. Pero prefiero la guillotina. Un solo golpe seco, y todo terminaría. Un golpe que divide la vida en dos muertes: la muerte de la cabeza separada y la muerte del tronco independiente. No hay duda de que la guillotina es una invención ejemplar de la cultura francesa.

—¿Ha leído libros sobre la guillotina? —me pregunta David—. Sólo leo libros de presos —respondo—. No soy especialista en suplicios.

Suena la campana de repente, y todos sentimos un estremecimiento. Esta noche, llamando al silencio, la campana parece que estuviera tocando a muerte Míster Alba me habla con ansiedad, como si le urgiera que yo conteste pronto:

—Usted, Antón, ¿qué clase de muerte preferiría?

No contesto inmediatamente. Todos esperan mis palabras, porque en el ámbito naciente de la noche, bajo la rígida premura del reglamento, queda aún espacio para unas cuantas palabras.

—¿Qué clase de muerte preferiría, Antón?

Todavía no contesto. Pero todos saben que contestaré. Por segunda y última vez la

campana vibra, para pregonar el silencio que se empieza a escuchar. Tengo tiempo de decir cuatro palabras:

—Yo prefiero ser inocente.

SÁBADO. OCTUBRE 31

Muchos infortunados han sido condenados por herejía, simplemente por ser débiles en gramática.

MORRIS WEST

David, Míster Alba y Braulio se empeñan en que yo lea el diario. Yo me resisto, les digo que es indigno de un escritor leerle a sus prójimos lo que escribe, tanto más si lo que se escribe está todavía inconcluso, sin revisar y sin corregir.

—No importa —insiste David—. Queremos saber qué es lo que escribe.

—Léalo, por favor, Antón —ruega Braulio.

—Si somos protagonistas de la novela, tenemos derecho a saber cómo nos ha retratado usted —dice Míster Alba.

—En primer lugar —alego yo—, no es una novela. Es un diario. Lo he dicho muy claro. En segundo lugar, si alguien tiene derechos sobre esa obra, ése soy yo.

—De todos modos, léanos lo que sea. Quiero verme vivir en su libro.

La voz de Míster Alba al decir estas palabras es tan insinuante que no me queda más remedio que darles gusto. Lo de ver vivir a Míster Alba resulta para mí muy excitante. Las cuartillas forman ya un legajo respetable. Empiezo a leer. La lectura se realiza sin interrupciones.

Los tres están pendientes de mis palabras. Ni una sola vez me interrumpen. El rostro de Braulio no expresa nada, pero David asiente a cada párrafo. Hay veces en que no puede dejar de sonreír. Otras veces su cara muestra cierta amargura soterrada. Míster Alba se quita y se pone el sombrero sin parar, lo cual indica en cada movimiento que se descubre en homenaje al autor.

No sé cuánto tiempo dura la lectura. Estoy cansado. Los ojos me arden. Pero no paró hasta leer la última palabra, en el capítulo anterior.

—Está muy bien —dice David.

—¡Espléndido! —grita Braulio.

Yo sé que Braulio constituye aquí el estímulo público, que su voz es la voz del pueblo. Eso me produce cierto orgullo.

—¿Le gusta? —le pregunto.

—Mucho —dice él—. Lo de la rata me ha conmovido. Pero no es cierto que yo le tenga envidia por lo que ella duerme en sus zapatos.

—A propósito de rata —digo yo—, por primera vez en mucho tiempo anoche no durmió aquí. Me gustaría saber qué le ha pasado.

Sería una pena que no volviera.

Braulio se muestra turbado.

Míster Alba, que ha tardado un poco en preparar su opinión, habla por fin.

—Es una novela. Nada más que una novela.

—Es un diario —confirmo yo.

—El diario es la forma, pero la novela es el fondo —sentencia Míster Alba.

—A mí me parece más bien un drama —observa David—. La celda, la quietud, la conversación, el decorado psicológico: todo es de drama. Apuntes sobre un drama, relatos sobre un drama.

—Eso que usted describe es lo que se llama novela —dice Míster Alba.

—Lo que Antón acaba de leer es el primer acto de un drama —reafirma David.

Braulio no tiene opiniones literarias, pero se interesa mucho por las opiniones de los demás.

—A mí la novela no me favorece mucho —dice Míster Alba.

—Me he limitado a copiar todo lo que usted ha dicho. Su discurso sobre Vargas Vila está tomado en taquigrafía.

—No me refiero a mis palabras, que, como de costumbre, son inobjectables —dice Míster Alba—. Me refiero a mis actos, es decir, al trabajo que usted se ha tomado describiéndolos. Me pinta usted como un viejo ridículo que hace chistes.

—No tengo la culpa si no actúa usted de otro modo.

—Tendré que medir de hoy en adelante toda-5 mis palabras.

—Haga lo que le parezca. Yo seguiré escribiendo el diario.

—Puede seguir escribiendo su novela —repite Míster Alba, empeñado en poner en claro su opinión crítica.

—Yo insisto en que es un drama —remacha David—. El primer acto está a punto de terminar. Si ocasionalmente el elemento coreográfico se extravía, unas veces hacia la novela, otras hacia el ensayo, otras hacia el poema, siempre sobre el esquema de un diario, eso no le quita a la obra su carácter teatral. Le aconsejo que cuando termine no ponga «fin», sino «cae el telón».

Animado con estos conceptos, yo saco mis conclusiones.

—Todo lo que ustedes están diciendo, y lo que yo pienso después de leer lo escrito hasta ahora, me lleva a recordar que siempre he considerado que estamos en el umbral de la literatura de la síntesis. Los géneros literarios clásicos, como tales, tienden a desaparecer, porque se están fusionando. No sé si eso es una demostración de fuerza o una manifestación de debilidad. De todos modos, hoy en día no se escribe sólo para los iniciados o los analfabetos. La literatura canaliza actualmente sus vertientes hacia un solo caudal de cultura general que tiene de todo. Me siento muy satisfecho al oír decir que mi libro reúne la novela, y el diario, y el drama, y el poema, sin ser nada de eso, pero siendo todas esas cosas a la vez.

—En cuanto a poema, yo no veo en esta fila de presos del libro ningún poema — dice David.

—El poema soy yo —dice Míster Alba.

Míster Alba se quita el sombrero, se cala el monóculo en el ojo inservible y hace frente a mí una reverencia.

—¿Qué es eso, Míster Alba? —pregunta Braulio.

—Ensayo mi papel. David tiene razón. Empecemos a actuar. Por lo que a mí me toca, de ahora en adelante tendré que ensayar todos mis pasos. La gloria no me encontrará desprevenido.

DOMINGO. NOVIEMBRE 1

Había que estar allí, con los que luchaban por la justicia, no con los que negaban la justicia.

ARTURO USLAR PIETRI

Míster Alba limpia la máquina eléctrica de afeitarse y dice:

—Bien. Estoy listo. Podemos empezar.

—¿Empezar qué? —pregunta Braulio Coral.

—Empezar el ensayo de hoy para la comedia de Antón.

—No es una comedia —rectifico—. Yo sólo registro los acontecimientos.

—Antón es el cronista de la cárcel —explica David.

—Es nuestro corresponsal de guerra. El corresponsal de nuestra guerra con la libertad —termina Braulio Coral.

Según puede verse por lo que ha dicho en los últimos días, a fuerza de oírnos, Braulio está mejorando notablemente en el modo de hablar. Cuando llegue a usar los brillantes zapatos que prepara día a día para la libertad, podrá decirse que la cárcel lo ha educado y que su encierro no ha sido inútil.

—A propósito de corresponsal —anoto yo— quisiera algunas declaraciones tuyas para consignar en mi diario, Míster Alba.

David me mira ofendido.

—Literariamente —dice— no podemos descender más. Estamos tocando el fondo. Hemos llegado al periodismo.

Míster Alba no le presta atención y se prepara para contestar. Parece un estadista rodeado por la cuadrilla de salteadores de una conferencia de prensa. Al observar los preparativos acomodaticios de Míster Alba, David comenta:

—Para la degradación absoluta sólo faltan los fotógrafos.

—De fotografía hablaremos después —digo yo.

Míster Alba se pone plácidamente a mi disposición, diciendo:

—Estoy listo.

—Bien, Míster Alba —empiezo yo—. ¿Cuántos países ha visitado usted?

—Debiera decir que son los países los que han viajado dentro de mí. Pero hablando en los términos geográficos y políticos de hoy, conozco treinta y ocho países. En realidad, los países que he recorrido en otra época son sólo once. Los otros veintisiete pertenecían entonces al Imperio Británico. Al desmembrarse, el Imperio Británico ha aumentado notablemente mi colección de naciones independientes.

—¿Qué opina usted del colonialismo?

—La única ventaja del colonialismo es que el colonialismo ha servido para preparar el descolonialismo.

—¿Podría hablarnos de su pasado?

—Yo no tengo pasado. Sólo tengo presente. Es decir, sólo tengo futuro. El maestro Vargas Vila decía que el presente es el porvenir que pasa.

—¿Por qué cita tanto al maestro Vargas Vila?

—Si yo no lo citara, ¿quién lo citaría?

—¿En su juventud conoció usted personalmente al maestro Vargas Vila?

—No. Por fortuna, no corrí ese peligro.

—¿Es Vargas Vila su escritor preferido?

—Yo no me enamoro de los escritores. Sólo tengo libros preferidos.

—¿Puede hablarnos algo de su familia si no es molestia?

—No es molestia porque, por fortuna, yo sí tengo familia. Mi padre se llamaba Sebastián Torra y Alba, que es como me llamo yo también. Mi padre...

—Un momento. ¿Por qué le dicen Míster Alba?

—Míster Alba es un apodo que es casi un nombre. Por lo Alba vengo de los grandes de España. Por lo Míster, de los pequeños de Panamá. Fue en Panamá donde me bautizaron Míster Alba.

—¿Qué opina usted del feminismo?

—¿Qué diablos tiene que ver el feminismo con la cárcel? —pregunta David, indignado.

—Periodísticamente hablando, la pregunta es pertinente —dice Míster Alba—. El deber de un buen cronista es formular toda clase de preguntas estúpidas. Bien. En mis tiempos, allá en 1930, el feminismo todavía no se había masculinizado. Hoy no se puede hablar de feminismo. A las feministas de 1930 les ha salido bigote. En esa época yo conocí una feminista rabiosa, tan feminista que, citando a Homero, no decía caballo de Troya, sino yegua de Troya.

—¿Tiene usted una palabra para sus admiradores?

—A mí sólo me admiran mis jueces.

—¿Qué me puede decir de sus creencias religiosas?

—En materia de religión, yo soy fiel a la fe de mis mayores. Cuando estoy preso, soy creyente de tiempo completo. Cuando estoy libre, soy católico sólo los domingos.

—Hablando con tanta elocuencia, me hace usted recordar al Senado. Hace cuatro años, yo estaba en el Senado —le digo a Míster Alba.

—¿Era senador?

—No. Era taquígrafo.

Corroborando esta experiencia taquigráfica tomo nota cuidadosa de todo lo que Míster Alba dice. Observándome, él me pregunta:

—¿Puedo estar seguro de que no deformaré mi pensamiento?

—Seguro. Estoy tomando las notas taquigráficamente.

—¿La taquigrafía no se equivoca?

—Se equivoca. Pero es menos infiel que la memoria. Y a propósito de pruebas de fidelidad, ¿tiene usted una fotografía para ilustrar la entrevista, Míster Alba?

Míster Alba saca del bolsillo su archivo confidencial, suelta la cuerda que ata el paquete, remueve los papeles y pone en mis manos una fotografía. Me la entrega, y Braulio y David se lanzan sobre la foto, en la que un hombre muy bien parecido, vestido con la ropa de una moda extinguida, trata de parecerse desesperadamente a Míster Alba.

—En esta foto está usted muy joven —dice David.

—No estoy joven —dice Míster Alba—. Estoy bien, que es distinto. La razón es muy sencilla. Cuando yo me hago retratar, pago cinco pesos por la foto y quince pesos por el retoque.

—A propósito de todo esto, Míster Alba, ¿podría decirme algo sobre su edad?

—Sobre mi edad lo único que puedo decirle es que no he perdido ni un solo minuto de este siglo. El siglo XX nació conmigo. Por eso nos entendemos.

—¿Cómo se definiría usted ante la posteridad? —pregunto para concluir.

Míster Alba responde sin vacilar:

—Soy un preso. Nada más, nada menos que un preso. Conozco mi destino. En otras palabras, soy un hombre. Un hombre, es decir, un humorista trágico.

La entrevista ha terminado. Varios guardianes avanzan por el pasillo. Llegan hasta la puerta y la abren. Uno de ellos empuja un carro lleno de ropa.

—¿Cuántos son aquí?

—Cuatro —responde Braulio Coral.

—Cuatro —repite, como una orden, el jefe del grupo.

El hombre del carro saca ocho vestidos de presidiario, compuestos de pantalones y blusa. Nos da cuatro piezas a cada uno de nosotros. La ropa está hecha de una tela gruesa, azul, más propia para picapedreros que para presos.

—¿Qué es esto? —pregunta David.

—El uniforme —contesta el jefe—. Desde hoy, todos tendrán que llevarlo en la cárcel.

Míster Alba examina las blusas. En el pecho, las blusas llevan un número. A mí me tocan las del 223. Todo esto indigna a Míster Alba.

—Leloya trabaja rápido —dice—. ¿Cuánto se ha ganado el coronel Leloya en el contrato de estos uniformes?

Nadie contesta. Pero después de una pausa el guardián pregunta a Míster Alba:

—¿Qué es lo que no le gusta de los uniformes?

—No me gusta que la cárcel se mecanice. Yo soy preso viejo, que es como decir

cristiano viejo, o sea pecador antiguo. Quiero que la cárcel no pierda la libertad.

Míster Alba toma de nuevo la palabra. Míster Alba no quiere que haya paz.

—Yo no me pongo ésta porquería —afirma.

—Eso lo veremos —dice el jefe de los guardias—. En todo caso, informaré a mi coronel Leloya.

—A su coronel Leloya puede decirle que se vaya a la mierda —dice Míster Alba.

—No insulte a mi coronel, porque lo paso al cepo.

—Veo que la reorganización de su coronel Leloya va a ser completa. No sólo nos impone este sucio uniforme, que ni siquiera tiene la gracia profesional de las rayas, sino que está aceitando ya los cepos, que no funcionaban desde los tiempos de la Santa Inquisición. ¡Viva la reforma carcelaria! —grita Míster Alba, quitándose el sombrero.

El jefe del grupo aprovecha la ocasión para descargarle en la cabeza la culata del fusil. Míster Alba cae al suelo. Los guardias se retiran. Uno de ellos sigue empujando por el pasillo el carro, repleto de reforma carcelaria.

—¿Cómo se siente, Míster Alba? —pregunta Braulio, limpiándole con papel higiénico la sangre de la frente.

—Estoy bien —responde Míster Alba—. Al fin y al cabo, he recibido una lección. No volveré a hablar de la reforma carcelaria. De ahora en adelante sólo me ocuparé de la reforma de la libertad.

David dice:

—Todas las reformas carcelarias son así. En Francia, la guillotina fue el resultado de una reforma carcelaria. Gracias a una reforma carcelaria, en Utah uno puede escoger entre la horca y el fusilamiento.

Para disipar un poco las tristes consecuencias del incidente, yo digo:

—Mientras la puerta estuvo abierta, pude observar bien el pasillo. Está lleno de presos. Parecen campesinos.

—Son campesinos —explica Braulio—. Mi abogado me lo dijo ayer. Ocuparon la hacienda donde trabajaban y se repartieron las tierras. Todos vinieron a parar a la cárcel.

Míster Alba tiene la virtud de reponerse pronto. Dice:

—La reforma agraria de los ricos de las haciendas consiste en meter en la cárcel a los campesinos que se anticipan a realizar por su cuenta la reforma agraria de las haciendas de los pobres.

Poco después, Míster Alba añade en tono confidencial, dirigiéndose a mí:

—En su crónica del día, no se le ocurra repetir eso de que el coronel Leloya debe irse a la mierda. En la cárcel y en Leloya, eso está bien. Pero dentro del protocolo desinfectado de la libertad, no. Ante todo hay que respetar al lector.

—No se preocupe, Míster Alba —respondo yo—. Eliminaré ese pasaje. Desde

que estamos encerrados, vaciando los cubos, yo he aprendido a mantener limpia la celda.

LUNES. NOVIEMBRE 2

Todas las maldades nacen en estado de inocencia.

ERNEST HEMINGWAY

Por la noche, antes de dormirnos, quién sabe por qué, una gota de luz se cuelga por la ventana y se desliza en la negrura de la celda.

Nadie duerme. Pero ya no podemos hablar. Otras briznas de luz llegan y se van. Pasan tan rápido los fulgores momentáneos, que esta noche David no puede castigar la luz, como la noche en que escupió a la luna.

Yo pienso en la luna y sé que David piensa también en ella. La luna lo desmoraliza y lo irrita. La luna, además, ahuyenta a Nancy.

Nancy viene a visitar a David todas las noches. Nancy es el quinto habitante de la celda. Desde temprano él la espera, sobrecogido de miedo y de encanto. A veces llega en las alas de una pobre mariposa nocturna que cae por error en el molino sin calma de sus brazos. En las noches claras, la rabia de David proviene de que la luna espanta las visitas de Nancy.

Nancy me hace pensar en una mujer que yo quiero y a la que jamás he conocido. Yo sé que esta mujer existe y que nació para mí. A veces la cárcel me hace pensar que ya no la conoceré jamás, y que antes de que pueda encontrarla moriremos los dos, en estado de pureza inútil, aunque muy bien correspondida. Pero no dejo de pensar que algún día la encontraré. En la celda no puedo salir a buscarla, pero de noche, en el ancho mundo, todas las estrellas la buscan por mí.

La luna ocupó un lugar muy peculiar en mis sueños de niño. En la celda, la presencia de la luna o la evocación de la luna me permiten vivir en una noche dos noches distintas, lejanas en el espacio y en el tiempo. Las vivo a la vez con una vida doble, con criterio inocente de niño y con juicio maduro de presidiario.

Una vez, cuando yo tenía once años, mi padre me llevó a conocer el mar. Con las gotitas que llegan y se van, esta noche casi vivo otra vez una noche junto al mar. La luna cae sobre el mar. No se trata de que la luna haya venido a bañarse en el mar. Se trata de que la luna ha venido a vivir con el mar. Tímidos aún, antes de fundirse, se admiran, se aproximan, se besan. Se funden por fin, como dos amantes enloquecidos. Ahora el mar se ha convertido en un cuajo de luna.

—Estoy bien —respondí el mar. Con las gotitas de luz que llegan y se van, esta noche casi vivo otra vez una noche junto al mar. La luna cae sobre el mar. No se trata de que la luna haya venido a bañarse en el mar. Se trata de que la luna ha venido a

vivir con el mar. Tímidos aún, antes de fundirse, se admiran, se aproximan, se besan. Se funden por fin, como dos amantes enloquecidos. Ahora el mar se ha convertido en un cuajo de luna.

Mi padre y yo decidimos bañarnos en la luna. Sumergidos no nos sentimos en el agua, sino en un lago de luna. Durante largo rato nos empapamos en el lago de luz. Al salir, todavía chorreamos lumbre. Somos por partes iguales hombres, mar y luna. Dejamos sobre la arena las huellas saladas de los pies de la luna.

Otra sensación inmemorial que se relaciona con la luna es más reciente. Yo estoy en una casa de campo, en las sierras altas de los Andes, pocos días antes que me pongan preso. En la noche clara de los Andes, veo pasar por el cielo un satélite artificial.

Sé que es satélite porque se mueve como una estrella. Sé que es artificial porque tiene la regularidad humillada de lo que está regido por la mano del hombre. También porque en el ancho firmamento la bola de luz no corre como corren las estrellas que se vuelven locas.

Esa noche me hace pensar esta noche que me gusta el oficio de astronauta.

Diógenes buscaba un hombre. Colón buscaba un continente. El astronauta busca un mundo. El universo se ha ensanchado un poco desde los matemáticos que hace veinticinco siglos se atrevieron a suponer que el sol era más grande que Grecia.

Junto al mar, vivimos en una cabaña propiedad de un amigo de mi padre, en la bahía de Santa Marta. Del largo viaje por el río, desde el interior del país hasta la costa Caribe, no puedo evocar nada, Pero no puedo olvidar la luna y la bahía. Recuerdo también que la cabaña está cuidada por un negro procedente de Jamaica. Es un hombre místico, afiliado a la secta de los Adventistas del Séptimo Día.

El negro posee un gato sarnoso y escuálido que juega conmigo. Según el jamaicano, el gato también es adventista. Afirma que el sábado el gato no prueba la carne. Lo que ocurre en realidad es que los sábados el jamaicano condena al gato al hambre total, después de haberlo entrenado en el hambre parcial durante toda la semana. Aquel gato consagrado a la abstinencia religiosa me conmueve. Por varios días me dedico a tratar de cazar un ratón vivo, con el fin de poner a prueba, un sábado, la auténtica fortaleza moral del ayuno del gato. Pero nunca puedo tentarlo, por falta de ratón.

En la cama, junto a mí, David se agita, a la vez gozoso y doliente.

Raymond Cartier ha dicho que en el drama del universo no hay nada tan patético como el suicidio de las ballenas, cuando, en enormes bandadas, las ballenas van a morir a la tierra que les perteneció hace millones de años.

Esto de Cartier, que leí hace poco, me lleva a pensar esta noche en el hombre de Jamaica. Recuerdo al negro sentado frente al mar. Permanece tres horas ensimismado, contemplando, triste, el lomo del mar. En el mar, sin embargo, no hay

nada que ver. Ni peces voladores, ni troncos flotadores, ni barcos cargados de banano. Apenas esta noche, sintiendo a David cerca de mí, he venido a descubrir por qué el jamaicano escruta el mar con esa persistencia enfermiza y estremecedora.

No se trata de una contemplación, sino de una llamada ancestral. El hombre de Jamaica está unido al mar por el cordón umbilical de la nostalgia.

Por el camino privado de la sangre, a través de milenios de recuerdo, de peregrinaje, de dolor, el hombre de Jamaica otea en el mar la patria antigua, huele en el mar el útero materno, persigue en el mar el milagro remoto de Dios. Busca en el mar la cueva primitiva de la especie, como las ballenas pródigas, como el hombre que en la primera noche de libertad vuelve a dormir a la cárcel de donde salió.

Puedo precisar también otro episodio ligado a nuestra vida en la cabaña. En la bahía, como en casi todas las costas del Caribe, los niños, hasta los diez o doce años, van siempre desnudos. Pero precisemos: sólo los niños, no las niñas. Las niñas se ven sometidas desde temprano al impudor de enfrentarse a una competencia desleal.

Mi padre me explica que el calor es la causa de la desnudez masculina. Hoy esta idea no me parece aceptable. Por lo visto, y lo visto ya es bastante, con frecuencia el calor es un eufemismo para describir la miseria. En todo caso, en esta desnudez de los niños no hay ninguna elaboración deshonesto o profesional. Aquí se trata de un caso de nudismo automático.

Balzac cuenta la historia conmovedora de dos niños que contemplan un cuadro del paraíso terrenal. Uno de ellos pregunta cuál es Adán. El otro dice que no puede decirlo, debido a que las dos figuras del cuadro están desnudas.

En el paraíso de Santa Marta sí se puede decir sin rubor cuál es el hombre. El hombre es el que está desnudo.

Cerca de la cabaña, la resaca tira sobre la playa enormes cantidades de trozos de madera, relamidos con saña centenaria por la lengua del mar. Entre los restos del naufragio vegetal mi curiosidad infantil encuentra toda clase de figuras. Hay manos con cinco dedos y cuatro uñas, como para que se piense en la acción de un cuchillo cortante; hay gatos con bigote y patas, pero sin rabo, como para que el palo zoológico y mutilado nos inspire la lástima que no le tenemos al gato del jamaicano; hay lindos rostros de muchachas, con una oreja colocada en las primeras estribaciones de la montaña del pelo, como para indicar que los monstruos femeninos, como los indios tolabos de Míster Alba, hablan también por los oídos de la frente.

Apenas esta noche descubro la verdad. En la pila de palos roídos por el mar, la naturaleza no imita al arte. Lo que de aquí surge es un fenómeno del culto a la personalidad, típicamente cubista. El mar imita a Picasso.

Siempre me he preguntado qué fue lo que pudo llevar a Endimión y a Calígula a enamorarse de la luna. En esa pasión hay algo que no puedo entender. Enamorarse de la luna es una locura. Tampoco puedo entender por qué en las noches de luna Míster

Alba se esconde de ella. Se lo pregunté una vez, y Míster Alba me dijo:

—Según la interpretación del artículo que la define en muchas lenguas antiguas y modernas, la luna pertenece al sexo masculino. Es mejor estar seguro. En dos palabras, me da miedo de que «el luna» pueda enamorarse de mí.

En la mitología de la cárcel, por lo menos para David, no hay espacio para amar la luna. En cambio, David está enamorado de la oscuridad. Todas las noches, la oscuridad sin compañía le trae el olor del cuerpo de Nancy. Frente a él, la oscuridad pierde todo su pudor.

Lo acosa la pasión sin eco de sí mismo. La oscuridad es el camino que le abre a David la puerta de los paraísos presentidos u olvidados. Yo siento al desgraciado en la oscuridad. No lo compadezco porque sé que en esos momentos, por lo menos, no está solo.

A veces, David cubre la ventana de rejas que da al patio, clavando por dentro una hoja de cartón. Con eso no pretende cerrarle el paso a la luna. Con eso, David quiere evitar que la oscuridad se le escape de las manos, que la oscuridad se le escurra por la ventana del patio.

En los umbrales del sueño, recuerdo la noche en que David escupió a la luna. La luna había salido temprano. La campana no había sonado aún. Como de costumbre, David hablaba de Nancy, con la voz del hombre que espera una mujer.

—Íbamos a caballo, entre los árboles, cerca del río. Mientras yo preparaba la caña de pescar, Nancy le quitó la silla al caballo y se desnudó. Se sentó a esperarme encima del caballo. ¿Nunca ha estado sobre un caballo, con una muchacha, Míster Alba?

—No soy vaquero ni equilibrista —contestó Míster Alba—. Con las mujeres, soy un animal de tierra firme.

Esta alusión a la realidad irritó a David. Las sombras se acercaban ya, depositándole en la sangre solitaria el estremecimiento de la juventud de Nancy. David escupió con furia sobre el rayo de la luna.

El rayo de luna huía por la ventana, espantado por la locura de aquel hombre que en la celda buscaba a Nancy, buscando solamente los labios estériles de la oscuridad.

De todos modos, cuando David la besa, la oscuridad empieza a temblar.

MARTES. NOVIEMBRE 3

¿Cómo puede uno salvar a quien no quiere salvarse?

PAR LAGERKVIST

Pasada la media tarde, varios guardias se acercan a la celda. Abren la puerta y empujan a un hombre, que casi viene a caer entre nosotros.

—Desde hoy éste será su nido, Gordo —dice un guardián.

—¿Qué es eso de que éste será su nido? —pregunta Míster Alba.

—Son las órdenes que tengo —afirma el guardián.

—Aquí somos cuatro, y cuatro ya es mucho para esta celda —exclama Braulio Coral—. Con uno más nos asfixiaremos.

—Si traen uno más, será porque alguno de ustedes va a salir. En todo caso, no puedo hacer nada. El Gordo se quedará aquí.

Los guardias cierran la puerta y se van, y el desconocido se queda con nosotros.

—Permítanme que me presente —dice—. Me llamo Antonio Tíldela. En el cuerpo me llamaban el Honorable Gordo Tudela.

—¿Qué cuerpo? —pregunto yo.

—El cuerpo de detectives. La policía secreta. Yo trabajaba en la sección de extranjería.

—¿Entonces es usted espía? —pregunta Míster Alba.

—Espía no. Detective. Eso es todo. Triunfé persiguiendo hombres cuando fracasé persiguiendo noticias. Antes de ser detective trabajé en un diario como cronista de policía.

Míster Alba comenta:

—De cronista de policía a detective y de detective a criminal. No es un mal antecedente para triunfar en la cárcel.

—¿De dónde es usted? —indaga David.

—De Sonsón. Soy de los Tudela de Sonsón.

Dice «de los Tudela de Sonsón» como si con eso quisiera decirlo todo. Pero dice «de los Tudela de Sonson» con acentuada humildad familiar y geográfica, con una sencillez anterior a toda complicación histórica, como si dijera que era de los Bonaparte de Córcega.

—¿Qué pasó para que lo trajeran aquí?

—Un extranjero. Un buhonero turco. Al ponerlo preso se me salió un tiro y lo maté. Mi encarcelamiento es una ignominia.

Cuenta esto con tal naturalidad que convence en efecto de que su delito ha sido un accidente.

Braulio toma la palabra:

—Para corresponder a su amable atención, permítame que le presente a los compañeros de la celda. Ha tenido usted suerte. Le ha tocado venir a compartir esta caverna con hombres que viven sólo para los negocios del espíritu. Como dice Míster Alba, la cárcel es el único refugio que le queda a la filosofía, porque es la única torre de marfil que le queda al mundo. En la cárcel también hay clases sociales, como afuera. Aquí cerca hay un preso, un tal Toscano, acaparador de artículos de primera necesidad, que tiene un apartamento de lujo, con cama doble, televisión, refrigerador y secretaria particular. En bienes materiales, en esta celda no somos tan opulentos. Ésta es la celda de los intelectuales. Aquí los tiene usted.

Calla, mira a David, lo señala con la mano y sigue diciendo:

—Éste es David Fresno, escritor. Escribía en cheques falsos el nombre de su tío.

El Honorable Gordo Tudela no sabe si Braulio bromea o está diciendo la verdad. Es una presentación bien extraña. Vacila entre permanecer quieto o tenderle la mano a David. Braulio sigue hablando.

—Éste es Antonio Castán. Mucho ojo con él, porque es el cronista de la cárcel. Antón es inocente de profesión.

Al mirarme, el Honorable Gordo Tudela sigue vacilando. Braulio señala a Míster Alba.

—Aquí tiene usted al gran Míster Alba. Para un hombre como usted, dedicado a la extranjería, creo que su nombre se lo dice todo.

—No me dice nada.

—Si la cárcel no existiera, la policía hubiera tenido que inventarla para colocar la efigie de Míster Alba en el marco adecuado.

—¿Por qué se encuentra preso? —pregunta el Honorable Gordo Tudela.

—Por internacionalista. Míster Alba es especialista en Derecho Internacional Privado.

—No veo la razón para que lo tengan preso por eso.

—Es largo de explicar. Estableció por su cuenta un consulado de naciones unidas, en Quito, y se dedicó a vender pasaportes falsos de todas las nacionalidades. Varias cárceles se disputan el honor de guardar entre rejas a Míster Alba. Obtuvo la extradición por otras debilidades anteriores, y las autoridades ecuatorianas lo enviaron aquí. Míster Alba es un patriota. Sólo le gustan las cárceles de Colombia.

David lo interrumpe:

—Permítame que lo releve, Braulio. Señor Tudela, éste es Braulio Coral. Está en la cárcel por un error. Su único delito es haber sido un sentimental.

—¿Un sentimental? —pregunta el Honorable Gordo Tudela.

—Se enamoró de dos mujeres a la vez.

—Enamorarse no es un delito, me parece.

—Pero casarse sí —dice Míster Alba, sin dar más explicaciones.

Tengo la impresión de que el Honorable Gordo Tudela se queda perplejo. Se ve que entiende de extranjería, pero no de bigamia.

Míster Alba se quita la condecoración de la solapa y empieza a abrillantarla.

—¿Por qué limpia la condecoración? —pregunta Braulio.

Míster Alba contesta:

—Hoy es la fiesta nacional de Panamá. A ustedes eso no les dice nada. Pero yo, que pronto seré viejo, y que he vivido allí, quiero celebrarlo.

—¿Celebra usted la independencia de Panamá limpiando la condecoración de Colombia?

Míster Alba no se ocupa de la pregunta impertinente de David. Se limita a reflexionar patrióticamente:

—La integridad nacional es muy importante, pero a veces las mutilaciones son salvadoras. Hoy, Colombia y Panamá son lo que deben ser. El maestro Vargas Vila reducía lo de Panamá a una faena taurina. Decía que al desmembrar a Panamá, a Colombia sólo le cortaron el rabo.

Hace rato, una preocupación agita mi mente. Al fin no puedo contenerme:

—El guardián dijo que si traen uno nuevo es porque otro va a salir. ¿Quién será?

—Yo sé quién es.

Y como para que no quede duda de quién es, Braulio Coral toma sus zapatos, los zapatos que han de conducirlo a la libertad, y empieza a darles brillo sobre el brillo.

El Honorable Gordo Tudela es uno de esos hombres que caen bien desde el primer momento en la cárcel donde son encerrados. El Honorable Gordo Tudela se acurruca en un rincón y yo le digo:

—Si está cansado, ocupe mi cama.

Pero él no contesta. Permanece en cuclillas, agazapado en el rincón más oscuro del cuarto.

—Padece nostalgia de detective —dice Míster Alba—. Está acordándose de cuando se acurrucaba en la sombra, listo para disparar sobre los inocentes.

Un poco después aparece la rata. Todos contemplamos el espectáculo en silencio. Del rincón de la celda lleno de libros y periódicos donde está agazapado el Gordo Tudela, sale una legión de hormigas. Las de delante avanzan, retroceden y avanzan de nuevo, como si quisieran descubrirle nuevas dimensiones al camino que las de atrás siguen seguras, y que, sin embargo, continúan buscando indecisas. Las de en medio llevan a cuestas un cadáver. Es una procesión fúnebre. Los lomos de las hormigas parecen hombros humanos cargados con el peso de la muerte.

Lo que llevan las hormigas es un zurrón, que es todo lo que queda de la rata.

Todavía se ven gusanos en el vientre exhausto. No sé por qué, pienso que hay gusanos que me miran como si en la celda yo sólo fuese ya un puñado de polvo de hombre, mezclado a un puñado de polvo de ataúd.

Debió de morir desde el día en que desapareció de nuestra presencia. Si murió envenenada, el veneno debe de saber muy bien a los gusanos y a las hormigas. Desde entonces, los gusanos brotaron del seno de la muerte y no se cansaron hasta devorar lo que quedaba de aquella vida. Ahora, las hormigas llevan el último despojo, la piel carcomida, medio seca, a un refugio seguro. En aquel residuo de vida animal las hormigas encuentran una reserva de provisiones para los días de escasez.

Rabioso, Míster Alba tira sobre las hormigas la cadena que había comprado para domesticar a la rata. La caravana funeraria se dispersa. Las hormigas corren enloquecidas. La cadena aplasta la piel cuyos restos empiezan a volar por la celda en ligeras escamas.

Yo recuerdo algo que Míster Alba me dijo un día:

—Si la muerte de un pájaro es un crimen contra la vida, la vida de una rata es un crimen contra la muerte.

Con este espectáculo que acabo de presenciar, por primera vez me veo asfixiado por el hálito de la cárcel. Hasta hoy la actividad intelectual de la celda no me había permitido advertir que los ácidos de la prisión me penetran y me corroen todos los huesos. Encerrado en este recinto lleno de ideas, he descuidado hasta hoy a los demás reclusos, que son una prolongación de mí mismo. Dicho de otro modo, me estoy traicionando en mis semejantes. Esta torre de marfil de la celda me exhibe desnudo ante todos, pero no me permite ver a los que me rodean. Le debo estos descubrimientos a la rata. La rata ha tenido la virtud de despertar y empujar hacia mí la resaca del infortunio del antro penal.

Siento rondar en torno de mi celda la realidad de las grandes podredumbres humanas. Alrededor de mí merodea un batuque de bestias que da pánico. Huelo y escucho el hambre, la desnutrición, la sífilis, la tuberculosis, el homosexualismo, el ocio, la desesperación, la ignorancia, el crimen, la superstición, la villanía. Todas las descomposiciones del cuerpo y del alma que se agolpan a la puerta de mi celda me agobian y me humillan.

Para olvidar este mal olor de los vivos esta noche tendré que silbar a los muertos.

SEGUNDA PARTE

El garrote

VIERNES. NOVIEMBRE 6

Sólo obedezco a la violencia.

ARTHUR KOESTLER

8 a. m. La cámara lenta de la celda se ha convertido desde hace tres días en el vértigo del patio. Los acontecimientos están adquiriendo un ritmo que casi no me permite escribir. El diario se me está convirtiendo en horario. A este paso, voy a tener que registrar todos los segundos de nuestra vida. Estoy tomando por ahora apuntes apresurados, en taquigrafía. Los desarrollaré más tarde, cuando la cárcel haya recobrado la calma.

11 a. m. Hace tres días, Braulio recobró la libertad. Fue un día triste para todos nosotros.

En la cárcel, lo cómico vive pisándole los talones a lo trágico. Braulio se emocionó tanto en el momento de partir, que a última hora se olvidó de los zapatos. Estuvo un año preparándolos para que lo condujeran a la libertad. El día en que la obtuvo perdió el sentido, y en lugar de los zapatos rutilantes, salió con las alpargatas mugrientas. Cuando notamos el olvido de Braulio, el Honorable Gordo Tudela miró los zapatos y dijo:

—Lindos zapatos. Pero sin Braulio aquí parecen huérfanos de pies.

Y empezó a medirse los zapatos de la libertad.

En el curso de veinticuatro horas, el Honorable Gordo Tudela se movía ya en la celda con ejemplar naturalidad. Daba la sensación de haber pasado toda la vida con nosotros.

Hoy el Gordo forma parte de nuestra vida secreta. Míster Alba me dice:

—Para que lo sepa, fue Braulio quien mató a la rata. La mató con los zapatos, la última vez que usted estuvo con su abogado.

2 p. m. La situación en que nos encontramos empezó la noche del día en que Braulio salió de la cárcel.

No ignorábamos que en la cárcel los ánimos estaban exaltados, y como si presintiéramos algo, ninguno de nosotros podía dormir. Yo pensaba que lo que nos impedía conciliar el sueño era el vacío que en nosotros había dejado la ausencia de

Braulio.

Pero había otras cosas que permitían suponer la proximidad de la crisis. El nombramiento del coronel Leloya para director de la cárcel no era poca cosa para los que alimentaban el temor de acciones oficiales represivas. La injusta detención de centenares de campesinos que, cansados de la demagogia de la promesa de la tierra, decidieron ocuparla y repartirla por su cuenta, era un combustible peligroso dentro de la situación de la cárcel.

Existía, por fin, otro ingrediente no menos explosivo. Era la decisión de Leloya de imponer en la prisión el uniforme penal, aparte de otras medidas que restringían nuestra ya muy restringida libertad. Hasta pocos días antes, nuestra adorada cárcel había sido una prisión civilista, donde los hombres se vestían como querían, y en cierto modo, al menos en su presentación personal, hacían lo que les daba la gana. Con ello conservaban la última ilusión de los hombres libres.

Al imponerles Leloya el uniforme, inspirado en el concepto carcelario universal de que los presos no sólo deben estar presos sino que deben lucir sobre sus cuerpos el estigma de la infamia, los reclusos no sólo sintieron que se les estaba desposeyendo del último vestigio de libertad que les quedaba. Llegaron a la conclusión de que empezaba para ellos el sometimiento a un régimen de fuerza, cuyo rigor, en manos de Leloya, muchos habían conocido anteriormente.

Hacia la medianoche, nos dimos cuenta de que algo estaba pasando. Grupos de hombres descalzos corrían sigilosamente por los pasillos. Poco después se oyeron gritos y disparos. Luego, hombres que ya no estaban descalzos volvieron a correr por el pasillo. Alguien empezó a abrir la puerta de nuestra celda. La abría con una llave, pero la tarea de abrirla no terminaba, lo que indicaba que quien pretendía abrirla no estaba habituado a esta tarea.

En el momento en que la puerta de nuestra celda se abrió, la campana de la cárcel dio la señal de alarma. Un hombre apareció en la puerta de la celda. Era un penado de una celda vecina, a quien bien conocíamos. Se llamaba Antonio Toscano.

—Los campesinos se han sublevado —anunció Toscano—. Hay motín general en la cárcel. Los invitamos a salir y a luchar.

En un momento, todos estuvimos fuera. Nos movíamos con dificultad, tras la inmovilidad forzada y deprimente de varias semanas. En un extremo del pasillo, tres guardianes habían sido despojados de sus armas y de sus uniformes. Estaban presos, y eran unos presos ridículos, sin armas y en calzoncillos.

En el patio principal los prisioneros habían hecho una hoguera y quemaban en ella los archivos de la prisión y los uniformes de los presidiarios. Algunos parecían locos y bailaban alrededor de la hoguera, como en los ritos indígenas. La hoguera donde ardía la técnica de la reforma carcelaria simbolizaba para ellos la libertad.

Míster Alba regresó a la celda, se vistió como un gentleman, con su sombrero de

fietro y su monóculo, y un momento después lo tuvimos junto a la hoguera. Tiró el uniforme a las llamas. Luego se sacudió las manos sobre la hoguera, como queriendo purificar por medio del fuego aquellas manos que se habían manchado llevando en ellas la horma de la humillación de los reclusos.

Nadie pensó por un momento en aprovechar la confusión para fugarse. Aquél no era un motín criminal, sino un motín por la justicia. Además, nadie hubiera podido hacerlo. Solamente los cuatro guardias del pasillo habían caído en manos de los campesinos sublevados. Los demás lograron escapar con sus armas a sitio seguro. Después del primer momento de desconcierto rehacían todos sus efectivos de reacción. Además, un momento después sentimos en la calle, alrededor de la cárcel, los ruidos familiares de la libertad. Empezaban a aullar las sirenas de los carros de patrulla de la policía. Sobre el piso de cemento se desgranaba metálicamente el rumor de cadenas en marcha de los tanques blindados del Ejército.

5 p. m. Haciendo un ruido especial con su pierna de palo, Óscar llega acompañado de Toscano. Óscar es amigo de Míster Alba.

—Los presos quieren que organicemos un comité directivo y que usted lo presida —dice Óscar dirigiéndose a Míster Alba.

—¿Comité directivo para qué? —pregunta David.

—Para dirigir el motín —explica Óscar.

—¿Qué hay que hacer? —pregunta Míster Alba.

—Ya lo he dicho. Dirigir el motín. Organizar a los amotinados. Racionar el abastecimiento ahora y racionar el hambre después, cuando se agote el abastecimiento. Negociar con Leloya, si es que hay que negociar con él. Dirigir la guerra como un general. Eso es lo que hay que hacer.

Desde donde me encuentro veo a Óscar apoyado en su pierna de palo. Óscar parece una ave de mal agüero. Parece un ave de rapiña, parada sobre una sola pata, en una roca solitaria.

Al mismo tiempo, la falta de una pierna le da cierta distinción a su personalidad. De niño, siendo muy tímido, yo sentía una envidia secreta por los hombres sin una pierna, pues la ausencia de ella atraía la atención. Con mis creencias infantiles y mis experiencias de ahora sé que los hombres de una sola pierna únicamente se dan entre los héroes y los presos.

Míster Alba habla en seguida:

—Diga que acepto, siempre que yo mismo pueda organizar el comité directivo.

Óscar duda un momento.

—¿Quiénes deberían formar, en su concepto, el comité directivo?

—Los que estamos aquí —contesta Míster Alba—. Antón, David, el Gordo Tudela, Toscano, usted y yo.

Óscar se muestra entusiasmado. Por lo visto, no esperaba otra cosa. Sin embargo, objeta:

—¿No le daremos representación a los campesinos en el comité directivo? Al fin y al cabo, fueron ellos los que iniciaron la sublevación.

—Fueron ellos los que la iniciaron, pero fuimos nosotros los que la ganamos —dice David—. Las revoluciones no son para los revolucionarios. Los campesinos están acostumbrados a votar sin tener representación.

Míster Alba sentencia:

—Es verdad. Además, los campesinos sobran ahora. No se trata de una reforma agraria, sino de una guerra, como usted ha dicho.

—Bien —acepta Óscar—. Estoy seguro de que de esa forma todos quedarán conformes con sus condiciones.

Se marcha, sintiéndose ya miembro del comité directivo, arrastrando sobre las losas del patio su pata de palo. De espaldas parece un mendigo. Su larga barba es tan abundante que se le ve desde atrás, desbordándosele caudalosa sobre los hombros y el pecho.

—¿Quién es Óscar? —pregunto.

—Un cura renegado —informa David.

—No me gustan los curas renegados —dice Míster Alba—. Esconden el puñal con la misma mano con que exhiben el Cristo.

—Si no tiene confianza, ¿por qué se deja comprometer por él en eso del comité directivo? —pregunto yo—. ¿Por qué lo nombra a él en el comité directivo?

—La guerra y la política nos obligan a muchas bajezas —dice filosóficamente Míster Alba.

9 p. m. Ya me estoy cansando de tomar apuntes. Los acontecimientos marchan más rápidos que mi taquigrafía.

El comité directivo acaba de instalarse. Míster Alba ha sido elegido Presidente y Óscar Vicepresidente. David dice que un directorio constituido por un tuerto y un cojo significa buena suerte para nuestras actividades.

Toscano propone que les tomemos juramento.

—No es necesario —dice el Honorable Gordo Tudela—. Y además, sería inútil. Ambos son expertos en jurar falso.

Esto nos hace reír a todos. El que se ríe más es Óscar. Como entre la cascada del pelo de la barba la boca no se le ve, Óscar da la sensación de que se ríe con las barbas. Cada pelo de la barba es un alambre telegráfico encargado de lanzar al aire el mensaje múltiple de su risa procaz.

Toscano, que por lo visto es un preso legalista, propone entonces que nombremos un secretario de actas.

—No estamos organizando un sindicato —dice David.

—Si constituimos un comité tenemos que organizado de acuerdo con la ley. La ley. Ante todo la ley —alega Toscano.

—La ley es para los hombres libres —digo yo.

Nos enfrascamos en una larga discusión sobre si la ley rige también en la cárcel. Míster Alba y yo sostenemos que no. Pero a Toscano nadie le mete en la cabeza que la jurisdicción de la ley civil no traspasa la puerta de la cárcel. Cree que más tarde tendremos que rendir cuenta de nuestras acciones, como si el comité fuera una sociedad de beneficencia, y opina que nuestro deber es curarnos en salud.

—Esto es un motín, no un contrato —digo yo.

Pero Toscano insiste en cumplir la ley. Nadie sabe cuál ley. Toscano habla de ella con el énfasis de quien cita la ley para violarla.

Míster Alba encuentra al fin la solución adecuada. Con pocas palabras define la situación.

—Está bien. Antón Castán seguirá siendo nuestro secretario de actas.

Todos quedan contentos, pero Toscano propone entonces que en lugar de llamar comité al comité, le demos el nombre de junta a la organización. Míster Alba ya no puede contenerse.

—Mire, Toscano —dice—. Si lo que quiere es sabotear el motín, dígalo de una vez. Yo soy el Presidente, y yo dirijo el comité. Si no le gusta pertenecer a él, puedo destituirlo en dos segundos.

Toscano no dice una palabra. Pero es evidente que entre los dos hombres se ha entablado una rivalidad.

12 p, m. Poco antes de la medianoche, terminamos la primera sesión del comité directivo. Míster Alba se ha revelado como un organizador formidable.

Ha creado un grupo de higiene encargado de vigilar los lavabos y de recoger el agua. Para él no cabe duda de que Leloya no tardará en cortar el agua. Ha establecido otro grupo de racionamiento, que es el que tiene a su cargo la labor principal. La cocina y la despensa quedaron desde el primer momento en poder de los amotinados, de modo que por un tiempo tendremos provisiones más o menos regulares.

Pero la obra principal de Míster Alba es la que se relaciona con lo que él mismo llama nuestro sistema de defensa. Hombres seleccionados entre todos los delincuentes se encargarán por turno de preparar armas con que pelear, acumulando las piedras que se encuentren y afilando puyas con la madera de los muebles rotos. Se encargarán igualmente de vigilar los movimientos de las fuerzas públicas que nos rodean. Se constituye también un batallón encargado de ponerle el pecho a las balas caso que los guardianes pretendan avanzar contra nosotros.

Todos se inscriben en el batallón suicida. La temeridad es lo único que no falta entre estos hombres que no tienen nada.

SÁBADO. NOVIEMBRE 7

Hora tras hora, Stroud iba viendo cómo se construía lentamente la máquina destinada a quitarle la vida.

THOMAS E. GADDIS

9 a. m. Sobre las oficinas de la cárcel hay una terraza desde donde se puede observar la prisión con todos sus alrededores.

En tiempos normales siempre hay en la terraza un pelotón de guardias armados de fusiles ametralladores y dotados de anteojos de larga vista. Esta zona de la cárcel ha sido ocupada y dominada desde ayer por los presos. Los guardias armados desaparecieron en el curso de la noche anterior, pero al huir dejaron abandonados los binóculos.

Yo uso un binóculo para observar lo que pasa en la prisión.

La cárcel es un edificio de la época colonial. Los españoles no dejaron en Colombia testimonios arquitectónicos religiosos o imperiales memorables, pero sí dejaron cárceles destinadas a la inmortalidad. En esta cárcel, el bloque del edificio es pesado. Tiene la solidez opresora que debe tener una cárcel.

Me han dicho que este edificio fue originalmente un convento. Las celdas de los delincuentes de hoy habrían sido las celdas de los penitentes de ayer. Yo no lo creo. Este edificio nació cárcel. La piedra no se equivoca. Si originalmente fue convento debió de ser por una adaptación provisional o por una concesión ocasional que históricamente hoy no podría explicarse.

La ciudad rodea la cárcel, como si se nutriera de ella, y a la vez como si tuviera miedo de ella. Con sus garras de cemento, la ciudad tiene aprisionada a la cárcel. Las casas que la rodean parecen una prolongación indeseable de la prisión. Vista desde aquí, la prisión aparece como el ombligo de la pequeña ciudad. Sin duda, la cárcel representa y define la pequeña ciudad con más precisión que el local de la escuela pública, con más exactitud que la fachada de la iglesia, con más elocuencia que el edificio de la diputación regional.

En otros tiempos, nuestra cárcel era llamada panóptico. Otros la llamaban penitenciaría. También se atrevían a referirse a ella llamándola reformatorio o correccional. Los historiadores y los poetas la llamaron ergástula, y chirona los cronistas de policía. Por lo menos, hoy no subsisten rezagos de esas palabras pestilentes. La única reforma carcelaria que a través de los tiempos ha hecho evolucionar la cárcel ha sido, pues, de carácter literario, y es una cuestión de nombre.

Cárcel expresa hoy completamente lo que hay que expresar sobre este lugar.

Sobre las torres altas que se levantan en los dos extremos de la cárcel, grupos de guardianes armados nos observan detenidamente, así como nosotros vigilamos todos sus movimientos. En esta permuta de espionaje binocular hay un intercambio de coquetería funeraria. Las torres no son ampliaciones modernas del edificio. Nacieron con él, y forman parte original de su frío cuerpo de piedra. Sobre cada una de ellas se levantan, un poco irónicamente, dos cruces de hierro: son estas cruces las que han dado lugar a la leyenda de que la cárcel fue convento.

Tomo el binóculo y observo las torres. Con la bruma de la mañana, las cruces no se ven. Pero se ve muy bien el acero nuevo de los fusiles telescópicos de los guardias, que apuntan hacia la terraza con la precisión milimétrica de la muerte.

3 p. m. A esta hora parece, por un momento, que vamos a morir.

Los fusiles telescópicos barren la terraza con su escoba de plomo. Por lo visto, la presa apetecida es el comité directivo que opera en la terraza.

Míster Alba dice:

—Tengamos cuidado. Puesto que vamos a morir, seamos miedosos.

Pero no pasa nada. En la calle, los presidiarios no pueden luchar sobre seguro. En su propio terreno, los presidiarios son un blanco difícil. No sabemos si las ráfagas son una advertencia. Yo creo que se deben a que allá arriba, en las torres, los guardias armados participan un poco del miedo desarmado de los presos.

4 p. m. Casi olvidada ya la conmoción de una hora antes, tras el parapeto, puedo observar a mis anchas las calles aledañas a la cárcel.

En las esquinas se forman grupos de ciudadanos. Se interesan, sin duda, por nosotros. Discuten sobre nuestra suerte. Se ocupan con entusiasmo evidente del desarrollo del motín.

Afuera, otros hombres desfilan frente a los grupos sin participar en ellos. Los indiferentes caminan abrumados, un poco como aquí dentro caminan los presos. Lo que me duele de ellos es que caminen por las calles sin gozar de su libertad, casi sin darse cuenta de que son libres.

Tras el parapeto le digo todo esto a David. Éste toma los binóculos y observa los hombres automáticos que desfilan por las calles de la libertad. Sin soltar el binóculo, David dice:

—Si yo pudiera caminar por las calles como caminan ellos, me volvería loco de sentirme libre, y empezaría a gritar.

Toscano nos informa que Leloya ha ordenado ya cortar el agua. Gracias al genio táctico de Míster Alba, quien ha ordenado almacenar abundantes reservas de agua, en

varios días no correremos el peligro de morir de sed.

5 p. m. En la terraza, cobijados por el parapeto. Míster Alba me dice:

—Leloya quiere negociar.

—Me parece muy raro que Leloya busque la vía diplomática para acabar con esto —digo yo.

—A mí también se me hace sospechosa la actitud de Leloya. Se ve que desde la capital deben de estar dirigiéndolo y controlándolo. Si Leloya dispusiera de autonomía, como en otros tiempos, a estas horas nos estaría ametrallando.

Cuando está a solas conmigo. Míster Alba procede y habla con una sencillez que me confunde. Ello proviene de que desde que empecé a escribir el diario, sin que se sepa por qué, Míster Alba ha empezado a observarme como si él fuera un actor a quien le pagan por representar un personaje inolvidable. Yo sé esto muy bien. Él lo sabe también, y en público actúa exclusivamente para mí. Pero Míster Alba siempre es Míster Alba. Los hombres sólo son sinceros cuando quieren engañarse a sí mismos. A mí nunca me parece tan sincero Míster Alba como cuando empieza a representar en mi diario el papel de sí mismo en la vida.

6 p. m. Por una calle llegan nueve camiones negros que parecen vagones de tren. Están cargados hasta el tope con sacos de cebada. En la plataforma donde llevan la carga, los camiones tienen rejas de metal, que les dan a los camiones el aspecto de celdas móviles. Los hombres usan las rejas como si no pudieran vivir sin ellas.

A dos cuadras de la cárcel, hay una fábrica de cerveza, a la cual está destinada la cebada. A la puerta de la fábrica ocurre algo curioso.

Varios hombres empiezan a descargar el camión. Pero los sacos de cebada no son entregados a los hombres de la fábrica, que los están esperando. Pasan antes por las manos de una tercera agrupación de hombres que se encuentran entre los del camión y los de la fábrica. Según Toscano, estos intermediarios tienen la misión de cobrar para una cadena de acaparadores una especie de impuesto sindical que en medio minuto eleva en tres pesos el precio de cada bulto de cebada. Toscano añade que, además, siendo ya las seis de la tarde, los tres grupos de hombres pueden cobrar su trabajo al precio de horas extras.

Toscano nos explica el proceso:

—Desde los almacenes municipales de depósito, a través de los cargadores, de los camioneros, de los descargadores, de los acaparadores, la cebada aumenta el precio en un sesenta por ciento. Pagados los impuestos fiscales, la hipoteca, la prenda agraria, el cacique local, los diezmos y primicias, el usurero particular, los campesinos que la cultivan, trabajando de sol a sol, vienen a recibir apenas el

dieciséis por ciento del valor total de la cebada. Lo suficiente para morir de hambre, pero bajo el imperio de la ley y la gracia de Dios.

—¿Y la fábrica de cerveza por qué acepta eso? —pregunto yo.

—La fábrica no puede hacer nada. Donde haga algo por los campesinos, la fábrica se paraliza, mediante una huelga de obreros. Y para los campesinos es mejor de todos modos el dieciséis por ciento que el paro de la cervecería.

—No hay nada más fraternal que la rivalidad proletaria —concluye Míster Alba.

—Está usted muy bien informado del proceso nacional de la producción de cerveza —le digo yo a Toscano.

—Es natural que lo esté —explica el Honorable Gordo Tudela—. Toscano está en la cárcel por acaparador de cebada.

Toscano me hace pensar que una particularidad universal de la injusticia es que todos los hombres la reconocen, aunque todos participen en ella.

Abajo, en el patio de la cárcel, los campesinos se muestran abatidos por el lento curso del motín.

Tienen prisa por regresar al campo a cultivar la cebada que ha de engordar con el sudor de su frente los grandes tanques de la fábrica donde se madura la cerveza.

En la terraza, hasta las narices de los miembros del comité directivo llega el olor un poco agrio y un poco dulzón de la cerveza que madura. Abajo, en el patio central, los campesinos permanecen como momias, ateridos por el frío de los Andes, envueltos en mantas, agazapados bajo los paraguas negros de sus inmensos sombreros. En el patio, aislados del aire puro por las murallas seculares, las narices de los campesinos no pueden disfrutar siquiera del olor un poco espirituoso, un poco amargo, de la cerveza que madura.

DOMINGO. NOVIEMBRE 8

¿Cómo pedirle a una de estas personas que se haga cargo de las culpas de todos?

CARLOS FUENTES

10 P. M. Los presos están durmiendo ya. De todos los rincones del patio surge el rumor ronco y desvalido del sueño de los campesinos. En los sitios señalados para la vigilancia nocturna, los voluntarios permanecen en vela.

Los miembros del comité directivo nos reunimos en la terraza. Alguien ha apilado un poco de carbón. Al poco rato una pequeña hoguera nos da luz y calor.

Los miembros del comité directivo seguimos siendo seis. Los cuatro de la celda, Óscar y Toscano. Pero esta noche se encuentra con nosotros uno más, un espontáneo, cuyo nombre no he tenido el cuidado de apuntar.

Toscano es el proveedor del grupo. Tiene el encargo de asegurar, no se sabe por qué medios, las provisiones de boca para el comité directivo. El comité directivo debe comer y beber bien, porque así lo exigen los intereses de los presos. Al llegar a la terraza, Toscano deposita en el suelo un saco en el que guarda cigarrillos, queso, salchichón, huevos duros, cajas de sardinas y botellas de aguardiente.

Como no tenemos vasos, porque Míster Alba ha ordenado que todos los vasos se rompan y los vidrios se conviertan en armas punzantes, Toscano empieza a romper los huevos. Con un palillo les saca la masa, que guarda en un papel. Luego empieza a servir aguardiente en las cáscaras de huevo.

Yo recibo una cáscara de aguardiente y paladeo el licor. El aguardiente sabe muy bien, es a la vez alimento y bebida. Tomado en cáscara de huevo, el aguardiente sabe a pollo y a zumo de caña de azúcar fermentado y destilado. Toscano pregunta a Míster Alba:

—¿Usted qué toma?

—Orines on the rocks —contesta Míster Alba.

—¿Qué dice? —pregunta Toscano.

—Dice que quiere orines con hielo —traduce David.

Toscano no se inmuta.

—Puedo servirle orines —dice—, pero el hielo se me ha agotado en el refrigerador.

Al Presidente del comité directivo no le hace gracia esta respuesta. Es una de esas ofensas que Míster Alba no perdona.

—¿No le gusta el aguardiente, Míster Alba? —pregunto.

—Un gentleman sólo toma el whisky de Escocia —dice él.

Toscano continúa sirviéndole a los demás. Con excepción de Míster Alba, todos comemos queso y pan.

Al tercer aguardiente Toscano extrae del saco inagotable una guitarra pequeña, y, rasguñando la guitarra, empieza a cantar. Primero canta una canción mexicana. Es muy adecuada, porque es una especie de himno de la cárcel, ya que habla de balazos, y de policía, y de la sala del crimen, y de una cama de piedra. Después canta una canción española. La música es cálida y melancólica. Los versos insisten mucho en un camino verde que va a una ermita donde un hombre recuerda a una mujer.

Toscano toma del saco dos pedazos de madera llenos de hendiduras. Las muescas están bien ordenadas y caracterizadas y dan la impresión de que a los dos palos les están creciendo los dientes.

Esto de los dientes no es una alusión forzada. Poco después, las encías de los palos han de empezar a hablar. No hablarán entonces, propiamente, porque su voz será una mezcla de silbo y de canto.

—Es una «guacharaca» —explica Toscano—. ¿Alguien sabe tocarla?

El Honorable Gordo Tudela dice que sabe tocarla. Toma los palos y empieza a frotarlos, con el ademán del hombre de la caverna dedicado a producir fuego. Al principio, aquello tiene una voz adolorida. Al principio todo se reduce a un lamento vegetal. Pero poco a poco el roce de los palos adquiere un ritmo, una sonoridad primitiva pero acariciadora.

El cuerpo de la música se inflama y sus ecos subyugan. Ocurre entonces algo maravilloso. La luz de la hoguera se ha apagado. El Honorable Gordo Tudela ha desaparecido. En la sombra sólo se ven los dos palos que sus manos frotan con furia diabólica. Lo que sale de sus manos es una música amasada con los orígenes del fuego. Antes de ser música, debió de ser un rito sagrado, una explosión de calor elemental. De súbito, junto con la música empiezan a brotar chispas de los palos. En un momento, entre las manos invisibles, la música se convierte en fuego.

Al arder, el Honorable Gordo Tudela tira los palos y uno de ellos reanima por un momento los rescoldos de la hoguera. El éxito ha sido completo. Lo que nadie sabe es si el acto musical de la «guacharaca» termina siempre en llamas, o si el Gordo Tudela se ha entusiasmado tanto que no ha podido evitar el accidente natural.

Alguno de los presentes le pide al Presidente que cierre la velada con un discurso digno de las circunstancias. Míster Alba, que es un orador nato, no se hace repetir el ruego.

—Señoras y señores, no crean ustedes que voy a recitar versos. No soy tan bajo como para eso. Es cierto que entre el público puede haber algunos estúpidos (Míster Alba recalca estas palabras, mirando a Toscano), uno de esos estúpidos cuya mentalidad sólo está al alcance de un declamador. Pero no. Mi lema es el siguiente:

primero morir que declamar. La cárcel sería otra cosa si aquí los hombres no declamaran tanto. La poesía merece mis homenajes. Ante ella me descubro. Pero ante el recitador no me descubro, porque el recitador es un traidor de la lírica, un ventrílocuo de la poesía.

Míster Alba se quita el sombrero, se lo pone y sigue hablando.

—Señoras y señores, les hablaré esta noche de un artista que conocí en México City, D. F. Dentro de la gran nación de México, México es una ciudad amurallada, y sus murallas se llaman D. F., lo cual quiere decir Distrito Federal. Pues bien: allí conocí a Cantinflas, el Charles Chaplin del subdesarrollo humorístico. Cantinflas es uno de los grandes americanos de todos los tiempos. Ninguna fama tan merecida porque, cosa rara en América, Cantinflas no la ha ganado matando u oprimiendo, sino haciendo reír. Cantinflas es el cómico que le ha devuelto la humanidad a este pobre hombre latinoamericano enfurecido por el complejo de Sansón. En este continente lleno de villanos, de patronos, de machos, de jefes, de amos, de héroes, de carceleros, Cantinflas, desnudo ante la risa, le ha insuflado un poquito de honor a la auténtica masculinidad.

Míster Alba hace un ademán con un pie. Algo se quiebra bajo el zapato, con un ruido de arroz molido. Míster Alba ha aplastado una cucaracha. Luego continúa:

—Señoras y señores, mi grande amigo Leónidas Paeces, un poeta marxista, más marxista que poeta, escribió, no obstante, una vez, un verso inolvidable. Decía así, y no crean que les voy a recitar: «¡Chaplin, Chaplin, hermano en los zapatos!». Pues bien. Parodiando a aquél que, como Charlot, nació con los zapatos rotos, yo puedo decir con el gran Paeces que Cantinflas es mi hermano en los calzones. No es que yo no lleve los pantalones en su sitio; eso no. Pero sí he aprendido la lección de humildad que con los suyos me ha dado Cantinflas. El hombre de la cárcel será otra cosa el día en que deje de sentirse valiente, dominador y déspota y empiece a ser lo que efectivamente es: un Cantinflas triste, que ni siquiera conserva la espontaneidad de llevar los pantalones escurridos.

Un disparo resuena muy cerca. Todos nos tiramos al suelo.

—Ha sido un tiro de fusil —explica el Gordo Tudela.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta Óscar.

—Para los detectives siempre es familiar la voz de la muerte —dice David.

—Los detectives no pueden escuchar un tiro sin ponerse solemnes —remata Míster Alba.

Toscano le pregunta a Míster Alba:

—¿Por qué dice usted señoras y señores?

—En la cárcel nunca se sabe quién es quién —dice Míster Alba—. En un lugar donde hay tantos hombres que pertenecen al sexo débil es mejor no divagar. Es mejor no herir susceptibilidades.

Se levanta y da muestras de querer retirarse, pero antes de marcharse deposita una moneda en la mano de Toscano.

—Es la propina, camarero —dice Míster Alba dándole la espalda.

LUNES. NOVIEMBRE 9

Esta ciudad no se siente bien: se siente como un criminal que medita su próximo y mezquino crimen.

D. H. LAWRENCE

8 a. m. Puntualmente, los hombres empiezan a llenar los cafés. Desde la terraza puedo contar los cafés. Hasta donde llega mi vista son once, en la calle que empieza justamente frente al sitio de la cárcel donde yo me encuentro. A esta hora, como si cumplieran una cita fatal, los hombres empiezan a poblar los cafés y los cafés empiezan a llenarse con los ruidos de los hombres. Ruidos de conversaciones, de promesas, de halagos, de negocios, de intrigas, de reclamos.

Entre los cafés y la cárcel se encuentran aún los tanques del Ejército y los carros de patrulla de la policía. No los han retirado desde que empezó el motín. Camionetas de uno y otro cuerpo llegan de cuando en cuando. Descargan pelotones de hombres armados que reemplazan en los tanques y en los carros a los que en seguida, cansados, ocupan las camionetas y se van.

Desde la cárcel es curioso observar a los hombres de los cafés. A simple vista, se saca la deducción de que la libertad suele pasarse el día en los cafés. Fijándose detenidamente, los hombres parecen presos también, atados a las sillas donde se sientan y a las mesas frente a las cuales beben o comen o conversan. Aunque es muy temprano aún, es evidente que no falta quien tome aguardiente a esta hora. Los que lo hacen tan temprano beben el aguardiente en tazas de café, de modo que todo se cumple con arreglo a las más severas exigencias de la moralidad pública. Pero la mayoría de los clientes beben café, en pequeñas tazas que humean a lo lejos, en la bruma, como chimeneas de barcos de juguete.

Las horas pasan pronto en los cafés. Sin embargo, la fisonomía de los establecimientos no cambia con el paso de las horas. Tampoco se altera el ruido, que es siempre la misma sucesión de sonidos sincronizados en el volumen de la estridencia popular. Si no fuera porque indudablemente algunos hombres se levantan y se van, podría decirse que la humanidad incrustada en el café es una sola, porque siempre es la misma.

Desde los cafés, los hombres miran los tanques, miran los carros de asalto, miran la cárcel. Sin duda, aquel aparato de opresión les dice muy poco. Vuelven a mirar hacia la cárcel. Escriben algo en un papel. Se levantan, van al teléfono, regresan a su sitio. Siguen bebiendo café, en un esfuerzo por deparar a sus nervios el estimulante

que no obtienen por el simple hecho de ejercitar el oficio de ser hombres libres.

Las mujeres no son admitidas en estos antros de varones ociosos. La falta de toda manifestación de ternura femenina le da a los cafés un carácter correctamente homosexual. Este aspecto les hace parecerse aún más a la cárcel. Además, eso hace aún más lóbregos estos establecimientos cuyo vientre tiene la temperatura húmeda y vaporosa de un tonel de cerveza caliente. Las mujeres pasan por la calle sin mirar los cafés. En el acto, un horizonte de cuellos ávidos, como cuellos de muñecos de ventrílocuo, se estira hacia la calle y empieza a husmear en el aire la efímera esencia del olor que pasa. Los cuellos de los muñecos alarmados vuelven a enroscarse en la caja del tórax, en espera de otro perfume transeúnte, haciéndole campo, entre pecho y espalda, a la próxima taza de café.

Desde la cárcel, los presos del café resultan bastante tristes. Viven de pequeños hartazgos de pereza y de ilusión. Murmuran y hablan de lo que no entienden, como de la guerra y la política. Subyugan y dominan a las mujeres que no tienen. Llenan de vida miserable la muerte que se les hincha en las rodillas. Cuando no están calumniando, chillan y se quejan de los impuestos del gobierno. Se hacen limpiar los zapatos incansablemente, hasta que les arden los pies. Embalsamadas en el olor del café, estas momias de la libertad dan una idea muy pobre de la libertad.

En ciertos momentos los vendedores de lotería se acercan a los cafés. Hay una complicidad secreta y cínica entre los cafés y la lotería. Los vendedores ofrecen a los ojos empañados de los clientes la mercancía de la esperanza numerada. En un momento, colocan el billete del premio gordo. En el acto empiezan a pregonar deslealmente, a voz en cuello, la oferta reiterada del inagotable premio gordo. Los hombres del café guardan en el bolsillo la tajada de ilusión que ha de alimentarles la ilusión de una semana y que ha de eximirlos de trabajar el resto de su vida. Aunque nunca trabajan, compran la lotería como si estuvieran garantizándose a sí mismos un seguro de vida contra el trabajo.

—Me gustaría sacar la lotería para poder pagarle a mi abogado —dice Míster Alba.

Los hombres de los cafés leen los periódicos, y a esto le dan la importancia de las grandes hazañas culturales. Leyendo el periódico se sienten ciudadanos de Atenas. Esta tendencia hacia la forma más cómoda del clasicismo y del humanismo es tan marcada que, por cierto, estos hombres de los cafés llaman a su pequeña ciudad la Atenas de los Andes. Se sienten felices de sentirse atenienses leyendo periódicos en los cafés. Desde la cárcel, nosotros contemplamos a lo lejos esta curiosa caricatura del genio griego.

A propósito de Atenas y de los periódicos, el Honorable Gordo Tudela le pregunta a Míster Alba:

—¿Había periódicos en Atenas?

—Desgraciadamente no —contesta Míster Alba.

—¿Por qué no tenían periódicos los atenienses? ¿Por qué no conocían la imprenta?

—No. Los atenienses no sabían leer —dice Míster Alba.

—¿Y Sócrates?

—Sócrates no sabía escribir. Él era un filósofo de viva voz, como yo.

—¿Qué hacía Sócrates?

—Cuando no estaba preso, hablaba en la plaza todo el día. En nuestra época, Sócrates sólo hubiera podido ser locutor de radio.

No falta quienes creen que los cafés son sucursales más o menos disimuladas de la cárcel. Los que piensan así fundan su opinión en el hecho de que por las mesas de los cafés merodean como en territorio propio, de día y de noche, los corredores habituales de las drogas heroicas. Este tráfico clandestino llega hasta la cárcel, pero tiene su base en los cafés. De ese modo, los cafés se alimentan un poco de las desgracias de la cárcel. Yo no puedo mirar al café sin pensar en la cárcel, y sin pensar en el lazo inicuo y vitalicio que los une.

En otro sentido, mirando los cafés, llego poco a poco a pensar en todo lo que la cárcel significa para la pequeña ciudad. De algún modo, la cárcel es la mejor defensa de la ciudad. No es la policía, sino la cárcel, lo que depara seguridad y confianza a la vida del hombre. ¿Qué sería de esta pequeña ciudad sin nosotros? ¿Qué sería de esos cafés, y de aquella iglesia, y de aquella botica, y de aquella escuela, y de aquel cementerio sin los presos? Los hombres del café, y los que rezan, y los enfermos, y los que estudian, y los muertos, todos los hombres que de algún modo están libres de la cárcel, son tributarios forzados de ella. Trabajan para ella. Pagan por ella. Temen por ella. Por ella descansan en paz.

Donde no hay buena cárcel no hay buena libertad. La justicia y la cárcel son la suma de la libertad.

10 a. m. En el café hay un entresuelo, una especie de andamio con piso de madera y paredes de vidrio, donde el administrador del café vive y trabaja. El administrador es un hombre joven y obeso cuya palidez recuerda la figura de Nerón representada por Peter Ustinov.

Este sujeto vive en mangas de camisa, aunque siempre lleva un chaleco, un chaleco de rayas, que no puede abrocharse nunca sobre el vientre opulento.

Al revés de algunos parroquianos que en el piso de abajo beben aguardiente en tazas, arriba el administrador bebe el café en un vaso. El administrador vive entre muros de cristal y bebe en vasija de cristal, como para que no se dude de sus hábitos. El vaso hirviente quema sus dedos, pero no sus labios. Bebe el líquido con tal satisfacción, que uno tiene la impresión de que hasta la cárcel llega el chasquido de

los sorbos devoradores.

El propietario es la síntesis durmiente del café. Se sienta en una mecedora y en todo el día no para de agitar su pereza, en la coctelera de madera, amodorrado al vaivén de la curva frustrada del asiento. En ese pedestal de madera labrada pasa el tiempo tomando vasos de café y mirando crecer su barriga. Abajo vegetan otros hombres que beben café y otros hombres que sirven café, empeñados en seguir inflando sobre la mecedora aquel monumento de nalgas acolchonadas.

Hay que reconocer que abajo, en el mundo de los hombres del café, hay sus excepciones. De cuando en cuando, un hombre pasa de largo frente a la puerta del café. Sin embargo, ese hombre excepcional tiene cara de venir de otro café.

11 a. m. A las once aparecen los estudiantes. Desde la terraza los vemos llegar. Un poco antes, los gritos que daban nos habían anunciado su presencia.

—Es una manifestación de los muchachos de la Universidad —dice Toscano desde el primer momento.

Los muchachos de la Universidad, como los llama Toscano, son doscientos más o menos. Van en apretados grupos de desorden disciplinado y gritan agitando los puños en el aire. También llevan carteles que en el primer momento no podemos leer. Al llegar junto a los tanques del Ejército un oficial les ordena que paren.

Pronto nos damos cuenta de que se trata de una manifestación de simpatía con el motín de los presos. Los estudiantes piden paso hasta la cárcel. No se ve qué empeño pueden tener en acercarse a la cárcel.

Desde lejos parece que se han lanzado a un motín para que los reciban en la cárcel. Pero los soldados y los policías les cierran el paso y les impiden avanzar. Sin embargo, logran colocarse en un sitio de avanzada. Entonces podemos leer los cartelones que llevan.

Aunque hay algunos cartelones bastante precisos, ya que piden justicia para los presos y paredón para Leloya, todos los demás letreros de los innumerables cartelones nos hacen reír. Uno dice que los norteamericanos deben dejar de intervenir en la cárcel. Otro dice: «¡Viva Vietnam libre!». Otro proclama: «¡Gringos, go Selma!». Sin embargo, el más difícil de interpretar es un letrero que debajo del símbolo farmacéutico de la muerte, o sea una calavera sostenida en dos tibias, reza así: «¡Cárcel o muerte!».

Al ser interceptados, los grupos de estudiantes se debilitan notablemente. Algunos se sientan en el suelo y sacan los libros. Es el momento de estudiar. Otros se instalan en el café, porque están practicando ya el arte de vivir con el café. Sólo un pequeño grupo de extremistas permanece junto a los tanques, pidiendo paso hacia la cárcel. Mientras esperan el curso de los acontecimientos no acaban de lanzar vivas a Vietnam libre.

—Me pregunto qué ocurriría si los dejaran llegar hasta aquí —le digo a Míster Alba.

—No pasaría nada —dice él—. La juventud nunca sabe lo que quiere.

—Pero es muy conmovedor su gesto de solidaridad con los presos —dice el Honorable Gordo Tudela.

—Se solidarizan con los presos por deporte, para no estudiar, con el pretexto de que los carceleros oprimen a los presos. En ese empeño y del mismo modo serían capaces de solidarizarse también con los carceleros, diciendo que están amenazados por los presos.

—Tiene usted muy mala opinión de nuestras clases estudiantiles —se atreve a decir Toscano.

—Conozco la juventud, eso es todo —dice Míster Alba—. Aunque no lo parezca, yo también fui joven. Si yo fuera del Ejército, los dejaría llegar hasta aquí. Son capaces de hacerse matar, para llegar hasta aquí, pero una vez que se encontraran en la cárcel, no sabrían qué hacer con su victoria, del mismo modo que no saben por qué luchan. Lean los carteles que agitan en el aire. Los letreros de los cartelones son la medida intelectual de todas las revoluciones.

Hemos dejado de fijarnos en los estudiantes y escuchamos a Míster Alba con la atención que él impone a su auditorio, cuando resuenan algunos disparos. Nos lanzamos al suelo. Creemos en el primer momento que tiran contra nosotros. Los presos tenemos nuestro orgullo: vivimos esperando que tiren contra nosotros. Pero inmediatamente oímos gritos en la calle, donde los soldados y los policías disparan y los estudiantes atacan o corren, gritando siempre en favor de Vietnam. Uno de ellos, sin embargo, no puede correr ni gritar.

Sus compañeros levantan el cadáver y a cuestas con el cuerpo que chorrea sangre, inician la retirada.

En el ambiente, la sangre no logra eliminar la tensión anterior. Desde la terraza no es mucho lo que podemos ver. No sabemos lo que ha ocurrido.

David llega del patio y dice que entre los campesinos circula la versión de que han matado a seis estudiantes.

—Hoy se ha acabado la Universidad entre nosotros —comenta el Honorable Gordo Tudela.

—Si no se ha acabado la Universidad, por lo menos se va a acabar la autonomía de la Universidad —digo yo.

—¿Qué es la autonomía? —pregunta Toscano.

—Autonomía es el arte de convertir las Universidades en cárceles —explica Míster Alba.

—Proclamemos la autonomía de la cárcel, así como los estudiantes proclaman la autonomía de la Universidad —propone David.

Un momento después, David rectifica por sí mismo estas palabras un poco apresuradas.

Óscar llega del patio y dice que allí se asegura que en la refriega de la calle han muerto catorce estudiantes.

Sin que podamos impedirlo, vemos a David subir de un brinco al parapeto. Allí cierra el puño y grita:

—¡Asesinos!

Desde las torres le contestan con una ráfaga de ametralladora. Lo hubieran alcanzado si un momento antes Míster Alba no le hubiera dado un golpe violento en la rodilla. El golpe lo hace vacilar y caer, en el momento en que el fuego de la ametralladora muerde las tablas del parapeto.

—¿Qué imprudencia es ésa? —pregunta Toscano.

Otro recluso que llega del patio informa que los muertos no son catorce, sino veinticinco.

Siguiendo las órdenes que Míster Alba nos da con los ojos, todos guardamos silencio. Sobrellevamos con respeto y dignidad el peligro a que David nos acaba de exponer. Todos hemos comprendido a David.

Por un momento, en aquel hombre que está en la cárcel por falsificar los cheques de su tío ha hervido la sangre del antiguo estudiante de la Universidad. La solidaridad de los estudiantes, qué nosotros no comprendemos, les acaba de ser devuelta con creces por la cárcel. Hasta las víctimas inocentes llega el sentimiento de este preso que temerariamente acaba de agitarse con la locura y la juventud del estudiante.

4 p. m. Míster Alba me llama a un rincón de la terraza.

—Quiero contarle algo —me dice confidencialmente.

—Lo escucho —contesto yo.

—Leloya quiere negociar.

—Leloya se está mostrando muy manso.

—Ya no estamos en los tiempos en que no necesitaba consultar para apretar el gatillo. Los militares sin autonomía para disparar son los mejores diplomáticos.

—¿Qué dijo usted, Míster Alba?

—Le he hecho saber que yo estoy dispuesto a negociar también. Y con mis propias condiciones.

—Así se habla. ¿Cuáles son esas condiciones?

—En primer término, que en lugar de ir yo a buscarlo, él venga a buscarme a mí.

—No aceptará.

—Ya lo veremos. Si no lo hace, mostrará que tiene miedo. En segundo término, he exigido que cualquier arreglo tiene que ser sobre la base de que los campesinos deben recuperar la libertad tan pronto como empiece a regir el arreglo. El plazo de su

detención provisional está más que vencido. No hay nada contra ellos. Es una injusticia seguir reteniéndolos en la cárcel.

—Eso está bien. ¿Qué más?

—Será necesario que nos garanticen la salida al patio, todos los días, tres horas por lo menos. No podemos seguir sin que se nos permitan unos cuantos pasos bajo el sol, como hemos estado en las últimas semanas.

—Eso será consecuencia natural de la libertad de los campesinos. Según entiendo, por la excesiva acumulación de presos en una cárcel que no estaba preparada para recibirlos, se interrumpieron las salidas regulares al patio.

—Por último, he exigido que no se tomen represalias de ningún género contra nadie, excepción hecha de Toscano, a quien pueden castigar como quieran.

—¿Por qué Toscano?

—No habrá pruebas contra nadie. Pero habrá pruebas contra él. Yo diré que fue él quien me abrió la puerta que me permitió participar en el motín.

—Toscano nos abrió la puerta para ayudarnos —alego yo—. Es inmoral acusarlo ahora, Míster Alba.

—Eso puede ser cierto. Pero no lo acusará usted. Lo acusaré yo. Yo cargo con esa inmoralidad antes de tener que cargar con el delito de que abajo, en el patio, los campesinos mueran de sed o mueran de tífus. El agua está agotada. Mientras Toscano discutía sobre los aspectos legales de la organización del comité, en el patio se hacía todo lo contrario de lo que yo empezaba a ordenar. Más tarde, no se siguieron mis instrucciones sobre racionamiento. Esto está terminado y perdido. Necesitamos, pues, un criminal de guerra que pague el pecado de todos. La política es así. Yo he escogido ese chivo expiatorio. Es Toscano. Este ladrón legalista va a tener una nueva oportunidad de invocar la ley en su favor. No hay nada más que hacer.

—¿Qué le pasa con Toscano, Míster Alba? Es mejor tener cuidado. No olvide que los presos de hoy pueden ser los guardianes de mañana.

—No puedo negar que lo detesto, y lo detesto porque es un acaparador que cita la ley. El acaparador es la peor manifestación del ladrón. Es el tipo de ladrón que en los tiempos antiguos hubiera robado con los pies, para que no le cortaran las manos. En nuestros tiempos es capaz de robar con la boca, para no dejar huellas digitales.

No había, efectivamente, nada que hacer.

Pero aquella solución me humillaba. Y rebajaba notablemente a Míster Alba, en mi concepto vacilante sobre su magnanimidad.

5 p. m. El Gordo Tudela me invita a conocer a Leloya, a quien yo no he visto antes en mi vida. Al entregarme el binóculo, el Gordo Tudela nota que mis manos no están muy seguras.

—Está temblando —dice él.

—No es nada —contesto yo.

Tiendo el binóculo y miro hacia la torre de la izquierda. Al principio no puedo verlo. Tiene la cara cubierta con el binóculo, pues, en ese momento, también él está mirándonos a nosotros.

—Es el del bigote —dice el Honorable Gordo Tudela.

Veo muy bien el bigote, en un rostro demacrado, como de muerto. Según el Honorable Gordo Tudela, esa piel pálida y colgante se debe a los excesos alcohólicos de Leloya.

Veo sus ojos, unos ojos asustadizos, dispuestos a huir, como los ojos de la rata. Son, sin embargo, unos ojos duros, unos ojos como de hueso blando o de cartílago enfermo. Las piernas le cuelgan del tronco ajaponesado, embutidas en unas botas militares arrugadas, unas botas de rodillas inflamadas y tendones torcidos. Este hombre no se contenta con ser enano y con ser feo. También es sombrío y deforme. Parece un personaje de Goya pintado por Picasso.

Empuña la pistola. En aquel momento, yo no hubiera podido comprender a aquel hombre si no lo hubiese visto con un látigo o con una pistola en la mano. A mí este hombre con la pistola en la mano no me aterroriza. Lo que me aterroriza es que algún día pueda yo empuñar una pistola y, por lo tanto, pueda parecerme a él.

Con un pañuelo me limpio el sudor de la frente. El Gordo Tudela me mira sin comprender.

—¿Qué le pasa?

—Estoy sudando.

—Pero está usted descompuesto.

—No es nada.

—¿Quiere mirar más?

—Ya tengo bastante.

—¿Qué piensa de Leloya?

—Por hoy he tenido bastante Leloya.

—¿Odia usted a Leloya, Antón?

—Más o menos lo mismo que usted. Hasta hoy no lo conocía. Hoy lo veo por primera vez.

—Ya es bastante, entonces.

—Eso es lo que he dicho.

—¿Le gustaría matarlo?

No sé por qué me pregunta eso.

9 p. m. Los cafés, cerca de la plaza de la cárcel, continúan abiertos. En mangas de camisa, cuatro hombres que han estado jugando el día entero continúan todavía barajando y repartiendo cartas. También ellos son presos. Son los presos del juego.

Un infatigable vendedor de lotería llega hasta el grupo. Uno de los tahúres es un hombre aferrado a la idea de no perder de ningún modo. No contento con lo que juega a las cartas, juega también a la lotería. Los otros jugadores lo miran con desprecio. Lo miran como si estuviera traicionándolos.

Arriba, en su torre de cristal, el administrador se dispone a dormir. Ha dejado la mecedora para echarse en una hamaca que ha colgado de las paredes, en dos clavos de hierro. Apenas embutido en la hamaca empieza a balancearse, quizás a dormir. Al obeso que se parece a Nerón le gusta el movimiento hasta cuando duerme, siempre que pueda permanecer inmóvil.

Por la acera, frente al café, pasa una mujer. Junto a los jugadores, un hombre está al acecho. En un momento dado, la sigue, se le acerca. Arreglando el entendimiento, el delito y el pecado parecen figuras chinescas proyectadas contra la pared de la calle por las luces del café. Hay algo dulce y triste en este amor fortuito. Luego, las dos prostituciones se pierden en la oscura noche de la libertad.

Pero un momento después las dos figuras vuelven a llenar el ángulo visual que yo domino. Tengo la sospecha de conocer al hombre. Busco el binóculo para identificarlo, pero cuando enfoco la pareja ya es tarde.

A sus espaldas sólo quedan los muros leprosos de un edificio. A la puerta principal leo: «Hotel Libertad. Especialidad: camas con mosquiteros». Lo único que logro averiguar sobre él es que a aquel hombre le molestan las moscas.

En un rincón, Nancy contesta con la propia voz de David las preguntas que él mismo le hace a Nancy.

—Te quiero, Nancy —le oigo decir.

Óscar llega arrastrándose, en un sitio donde evidentemente no hay peligro, pero donde él se empeña en ocultarse de la acechanza invisible. Es evidente que le caigo muy bien al cura renegado. Cada vez que puede, me busca para conversar. Me habla siempre con un rumor de penitencia, como si estuviera confesándose conmigo.

—¿No va a dormir? —me pregunta.

—Todavía no —contesto—. Me gusta mirar la vida de la libertad desde aquí.

—A mí también. Sobre todo de noche. Mirar la libertad desde aquí es como mirar el mundo con los binóculos al revés.

—Eso pensaba hace un momento, Al mirar la calle sentía lo que podría sentir un actor de cine a quien le fuera dado el don sobrenatural de espiar desde la pantalla al público que lo va a espiar a él.

—¿Qué noticias hay? —pregunta Óscar.

—Míster Alba piensa negociar —informo yo.

—Tendrá que hacerlo. Es una pena.

—¿Por qué es una pena?

—Éste ha sido un motín sin sentido. No parece un motín, sino una huelga de

brazos caídos.

—Yo no sabía que los motines necesitaban tener sentido.

—Sentido, no —dice Óscar—. Pero sí necesitan muertos.

—¿Muertos?

—Sí.

—Si necesitan muertos, mate a alguien, Óscar.

—Yo maté ya todo lo que tenía que matar. Mi cuota de asesinatos está copada.

—¿Tiene el hombre una cuenta corriente, abierta para matar?

—Eso lo sé yo, que he matado. Usted lo ignora porque es inocente. Pero es así.

Hasta Óscar había llegado también la noticia de que yo era inocente. En aquel momento, la boca se me llena de nuevo con un sabor amargo. Empiezo a tragar el extraño sabor de la inocencia. Es como si un enjambre de avispas me picara en la garganta y me llenara los gritos con el vino caliente de sus ponzoñas.

—El libro de mis muertos seguirá en blanco —digo yo.

—Nadie sabe cuándo puede llevarnos el destino a escribir en él. Nadie lo sabe, muchacho —dice Óscar poniéndome la mano en el hombro.

Sentado en el suelo, empieza luego a destornillarse la pierna. Todas las noches se quita la pierna para dormir. Tan pronto como la separa del tronco la coloca a su lado y la cubre con la manta, como si el palo pudiera sentir frío.

Luego abraza la pierna. La aprieta como si fuera una mujer. Con la risa en los labios, abrazado a su pierna con la ternura del niño que en la oscuridad se aferra a su juguete preferido, Óscar empieza a dormir.

Poco después de que se duerme me doy cuenta de por qué abraza la pierna. Quizá tema que se la roben. En la cárcel, todo puede ocurrir. O quizá sea algo más oscuro. Pudiera ser que le da miedo de que, mientras duerme, sintiéndose en libertad, la pierna empiece a caminar sin él.

Muy tarde, de nuevo puedo contemplar a solas el perfil un poco borroso de la pequeña ciudad.

Vista desde la terraza de la prisión, de noche, la ciudad se mueve penosamente, como si estuviese coja. Se mueve como si al quitarle los presos que están dentro, afuera la libertad hubiese sido castrada.

Desde la cárcel, la ciudad me parece en este momento un espectro de la cárcel que vaga de noche alrededor de la cárcel.

MARTES. NOVIEMBRE 10

El Señor le dio a Caín la luna por cárcel.

JORGE LUIS BORGES

9 a. m. Leloya está a pocos pasos de mi. Como si en una noche hubiera rejuvenecido varios años, hoy me parece mucho menos viejo que ayer. Los binóculos iluminan, pero envejecen a los hombres.

No hay duda de que al venir aquí, Leloya está dando muestras de un valor increíble. Eso forma parte del aparato prepotente de su personalidad. De todos modos, Míster Alba acabó por imponerle la obligación de negociar en el terreno en que quería colocarlo.

Hace un momento, Leloya ha aparecido en la puerta principal de la prisión. Se presenta desarmado, vestido de paisano, como Míster Alba quería verlo. Por el patio donde lo rodean más de mil hombres que son sus enemigos potenciales o declarados, paso a paso, como guiado desde lejos, avanza hasta colocarse junto a mí.

Aunque estoy seguro de que no me conoce, me mira con desprecio. Es su modo de mirar a los demás. Entre él y yo funciona sin cesar la corriente de rencor más insensato y más funesto. Por mi parte, lo odio como si el odio se hubiera inventado para que yo pudiera odiarlo. Creo que tendré que matarlo, para no tener que seguir odiándolo de este modo.

—¿Dónde está Míster Alba? —me pregunta.

—Está esperándole. Venga conmigo.

—Un momento. ¿Dónde vamos a reunimos?

—En la oficina. Estarán a solas y podrán hablar sin interrupciones.

—No estaba previsto que hablaríamos encerrados.

—No creo que eso cambie los términos del arreglo. Será mejor para ambos.

—Está bien —dice Leloya—. Vamos.

Ya no tiene remedio. Marcho delante de él. En la escalera, en lugar de dirigirnos a la terraza, entramos en la oficina principal de la cárcel, que se encuentra, como ya se ha dicho, en la zona dominada por los presos. El piso está lleno de pedazos de papel, resto de los destrozos del primer día de rebelión, cuando los prisioneros destruyeron los archivos, quemando en la hoguera del patio todo lo que quedaba de él.

Míster Alba no saluda.

—Está bien, Leloya. Empecemos.

Míster Alba me hace una seña con la cabeza y yo salgo. Afuera, centenares, miles

de ojos me interrogan con urgencia inexplicable. Yo no tengo todavía nada que decirles sobre la suerte que nos espera a todos.

10 a. m. Acabo de descubrir por fin quién es el hombre a quien le molestan las moscas. He identificado al hombre que anoche, en el café, junto a los jugadores, aguardaba la presencia de una mujer.

Estuve pensando en ello toda la noche, sin poder dilucidar el Misterio. Llegué a obsesionarme con aquel desconocido a quien en el primer momento no pude reconocer, y quien, sin embargo, dejó en mi ánimo, después de perderse con su compañera en el Hotel Libertad, a prueba de moscas, una chispa de sospecha inconsciente. Cuando brotó del todo, la sospecha no me dejó dormir.

No sé cómo no pude advertirlo antes. Casi me siento tentado a corregir lo que dejé escrito sobre la escena callejera de la pareja mercenaria.

Hay una razón para que al principio no lo hubiera adivinado. De día, Ramírez usa gafas alemanas, sin aros. Gafas de sabio o de doctor. De noche se despoja de las gafas y del título. Convertido en hombre, se sienta a la puerta del café, al acecho del placer que pasa.

Por la noche, el hombre que me ha prometido la libertad es un buscón de busconas.

11 a. m. A esta hora he prometido interrumpir a Mister Alba. Al llegar a la puerta, Leloya y él están todavía sentados, como si fueran camaradas de toda la vida, sobre el único escritorio que medio se salvó del desastre del primer día. No me atrevo a hacerme presente. Los espero a la puerta, donde al fin y al cabo, Mister Alba me está viendo. De pronto Mister Alba me llama.

—Venga.

Todo ocurre con rapidez que yo mismo no puedo comprender.

—Acompañe al coronel hasta la puerta de la calle —dice Mister Alba.

—El coronel va a permanecer aquí —digo yo.

—¿Qué?

—Digo que el coronel no va a salir de aquí.

—¿Qué es esto?

—Un secuestro.

—¿Qué pasa?

—Sólo tengo que decir lo que he dicho. Desde este momento, el coronel Leloya está secuestrado.

—¿Va a pedir rescate para devolverlo?

—No lo había pensado. De todos modos, está secuestrado.

—¿Quién lo ha dispuesto así?

—Yo. Antón Castán.

Estas dos palabras deslumbran a Leloya. Se frota los ojos, como si no pudiera ver. La mole de soberbia que dos horas antes había llegado allí era una masa desleída, el volumen tembloroso de una gelatina en un refrigerador sin corriente eléctrica.

—¿Qué diablos está haciendo, Antón? —pregunta Míster Alba.

—Ya lo ha oído. Leloya no saldrá de aquí. Es nuestro prisionero. El prisionero de los presos.

—Yo soy el jefe. Lo he hecho venir aquí. He negociado con él la rendición. Haremos lo que yo diga.

Yo hablo en seguida. Lo hago con calma, no tanto para convencer a Míster Alba, como para acabar de desmoralizar a Leloya.

—Afuera, más de mil hombres esperan mis órdenes. Todos se han decidido por el secuestro de Leloya. Usted tendrá que escoger entre Leloya y nosotros, Míster Alba.

Aquello es suficiente. Lo que me sorprende es que sea tan fácil. Míster Alba cree sin vacilar en lo que yo digo. Para él, en este instante, no cabe duda de que afuera, todo quedó arreglado entre los presos y yo. La última duda que aún lo mantiene inseguro se disipa al decir Leloya:

—Su traición ha sido perfecta, Míster Alba. Pero si no me sueltan, les pesará. Si no regreso junto a ellos, mis hombres tienen órdenes de ametrallar a los presos.

Todavía tiene ánimos para sentirse dueño de nuestro destino. Todavía cuenta con los hombres que esperan por él. Yo le digo:

—Sus hombres dispararán contra nosotros, pero dispararán también contra usted, porque desde ahora, usted estará siempre delante de nosotros.

—¿Por qué hace esto? —dice Leloya de repente, en tono suplicante.

Yo le contesto con cinco palabras que a él se lo explican todo:

—Porque yo soy Antón Castán.

Leloya da un salto y antes de que yo pueda pensarlo me da un puñetazo en la cara. Es un buen puñetazo, debo reconocerlo. Me lanza al suelo. Antes de que me reponga y me levante, ya Míster Alba está dando muestras de estar entrando en acuerdo conmigo. Respirando hondo, descorre la cortina de manteca de su vientre. Desenvaina la navaja barbera del estuche del tatuaje abdominal y se la pone a Leloya en la garganta.

Yo me levanto y salgo. Llamo a los miembros del comité directivo del motín.

Por lo menos en un punto, las cosas vuelven inmediatamente a su nivel anterior. Míster Alba empieza de nuevo a dar órdenes.

—Hemos resuelto detener a Leloya. Antón se encargará de arreglar las condiciones del secuestro. Obedézcanle a él como si fuera yo mismo.

Yo doy orden a Toscano, al Gordo Tudela y a David, de que se encarguen de la

vigilancia inmediata de Leloya. Y salgo de la oficina acompañado de Óscar y Míster Alba.

Al mirar alrededor, comprendo en aquel momento hasta qué punto un hombre puede interpretar en ciertas ocasiones los sentimientos colectivos. Por una vez en la vida, aquellos presos querían darse el lujo de tener un preso propio, un preso para mostrarle a la justicia. Yo había adivinado sus pensamientos, poniendo preso a Leloya.

3 p. m. Afuera, los estudiantes han organizado otra manifestación. Hoy son mucho más numerosos que ayer.

A la cabeza de los grupos llevan, como un talismán, al muchacho a quien ayer dimos por muerto. Muestra la cabeza envuelta en gasas y vendas, y marcha a la cabeza de los grupos, con la prudencia automática del hombre que hubiera resucitado y temiera morir de nuevo. De los seis muertos, de los catorce muertos, de los veinticinco muertos de que se hablaba ayer, lo único que queda es este herido rehabilitado a quien sus compañeros siguen sin vacilar.

A mí ya no me importan los estudiantes. En general, empiezo a fatigarme de lo que pasa fuera de la cárcel. Empiezo a cansarme de esta libertad de gritos insensatos, de amores remunerados, de indolencias trágicas, de suficiencias grotescas. Me sorprende y me duele este mundo que me ha sido dado ver últimamente y que mis ojos, viejos de tres años de cárcel, ya casi no reconocen.

De todo lo que he tenido que hacer hoy, lo más fácil ha sido convencer a Míster Alba de las razones que justifican el secuestro de Leloya. Míster Alba las acepta sin mayores objeciones. Creo que lo hace porque, a mi entender, Míster Alba no suele sentirse muy cómodo haciendo el papel de un hombre que se ve obligado a cumplir su palabra.

5 p. m. Son más de las cinco de la tarde y no pasa nada de lo que todos temen.

No habiendo regresado Leloya cuando estaba previsto, sus hombres hicieron contactos con Míster Alba. Le notificaron que si a las cinco Leloya no regresaba, bombardearían la prisión, avanzarían contra nosotros y nos atacarían con lanzallamas. Muy decidido, Míster Alba les hizo saber que podían hacerlo, pero a costa de la muy apreciada vida del coronel.

Pasan las cinco y no ocurre nada de lo que nos han anunciado. A esta hora, todo peligro de represalia violenta se ha desvanecido. Viene la noche. De ahora en adelante, la noche trabaja para mí.

Relevado por otro preso de la vigilancia de Leloya, el Honorable Gordo Tudela se me acerca y me estrecha la mano.

—Ha sido un buen trabajo, Antón —dice—. Tiene usted madera de jefe.

—Tenía que hacerlo. ¿Cómo está el prisionero?

El emplear esta palabra me hace sentirme un poco avergonzado. No tanto por Leloya, sino porque donde hay un prisionero hay un carcelero. Y en este caso, por primera vez en la vida, yo no soy la víctima, yo no soy el perseguido, yo no soy el prisionero.

—Se ha desinflado como una vejiga pinchada por un clavo —me informa el Honorable Gordo Tudela.

—¿Qué ha hecho?

—Ha pedido un sacerdote.

—Así, pues, teme que va a morir.

—No teme. Sabe que va a morir —afirma el Honorable Gordo Tudela.

10 p. m. Óscar se prepara para dormir. Empieza por destornillar la pierna de la caja del cuerpo. La está cubriendo con la manta cuando yo le hago la extraña proposición.

Necesito que esta noche me preste su pierna.

—¿Qué? —exclama Óscar.

—Eso. Quiero llevarme su pierna de palo.

En la penumbra de la terraza, sus ojos, perdidos en la selva de la pelambre sucia de la barba, buscan mis ojos con ansiedad.

—¿Qué va a hacer, muchacho?

—No tenemos armas. El palo de su pierna es lo único de que disponemos esta noche para guardar al prisionero.

—Los presos capturaron tres fusiles el primer día del motín. También fabricaron puyas y garrotes con los muebles rotos.

—Por desgracia, mientras discutíamos con Toscano sobre los aspectos legales de la organización del comité, los campesinos estaban entregando lealmente a Leloya todas las armas e instrumentos de lucha.

—¿Por qué lo hicieron?

—Creían que así evitaban complicaciones para todos.

—Bien. Llévase mi pierna.

Al tocarla, la pierna de Óscar empieza a convertirse en mis manos en un garrote.

Es de roble, y tan fuerte y pesada que no se explica cómo Óscar puede moverse con ese apéndice ajustado al muñón de su pierna.

Según ha dicho el Honorable Gordo Tudela, la pierna de palo la fabricó el mismo Óscar, sin llegar a pulirla nunca, cuando perdió la pierna original, que estaba amenazada por la invasión de una gangrena. En el hospital de una aldea de los Andes el mismo veterinario que le cortó la pierna le ajustó más tarde el palo sucedáneo. Se lo acomodó como mejor pudo, dentro de los medios entre ortopédicos y caballares de

que podía disponer. Según el Honorable Gordo Tudela, a pesar de todo, el trabajo era una buena combinación de ebanistería y cirugía.

Tomo la pierna y me la pongo en el hombro, como si fuera un fusil. En el suelo, sin pierna, Óscar parece tan inofensivo como un animal desvalido. Yo me retiro por la terraza y empiezo a bajar las escaleras, dirigiéndome hacia la oficina con la pierna de Óscar a cuestas. Óscar no deja de seguirme, con el desamparo de sus ojos de fiera mutilada.

11 p. m. Otra vez me encuentro cerca de Leloya. Toscano y dos hombres más están con nosotros. Yo les digo:

—Bien. Pueden irse todos a dormir.

—Yo no estoy cansado —dice Toscano—. Cuidar a mi coronel Leloya no cansa. Es como cuidar una paloma.

—Pero yo quiero que se vayan.

Toscano no insiste. Seguido de los dos presos que han estado acompañándolo lo veo subir la escalera de la terraza.

Yo cuento los minutos con mi corazón. Durante media hora, Leloya y yo nos miramos, sin decir una sola palabra. Cada segundo que pasa, él se muestra menos seguro de sí mismo. De repente se arrodilla frente a mí.

—¿Qué va a hacer? —murmura dulcemente.

—Me llamo Antón Castán.

—¿Por qué no me mata de una vez?

—Me llamo Antón Castán.

Empieza a llorar. Lloro de un modo muy extraño. Las lágrimas no sólo le bajan sino que le suben en el rostro. Tiene la frente llena de lágrimas.

Sabe el papel que está haciendo y se traga las lágrimas con rabia impotente. Pero no puede evitarlas. El miedo es superior a toda la insolencia, a toda la crueldad, a toda la infamia que este hombre ha acumulado en su vida de perro rabioso.

Ahora deja de llorar y empieza a hablar. No habla como un hombre, sino como una mujer. Esto me recuerda al secretario de mi padre, en la cárcel que él dirigía, aquel hombre que no hablaba con el nervio de las palabras de los hombres, porque hablaba con el líquido de las lágrimas de las mujeres.

—Hablaré delante de todos los presos, y de todos los guardianes, y de todos los jueces. Diré la verdad. Toda la verdad. Solamente la verdad. Por fin la verdad.

—Me llamo Antón Castán —es todo lo que digo yo.

En mis manos, la pierna de Óscar es implacable. Su descarga aniquiladora se parece a la ferocidad del rayo que descuaja el roble. Golpeándolo, yo pienso que si no puedo perdonarle la vida, tampoco voy a poder perdonarle la muerte.

Al salir respiro sin calma el aire de la noche. Recuerdo entonces que, en una

situación semejante, el Señor le dio a Caín la luna por cárcel.

Me siento libre, con una libertad que me sobra en el cuerpo, con una felicidad morbosa que palpita dentro de mí de un modo extraño. Sin embargo, comprendo que en adelante, por donde quiera que me lleven mis pasos, ya no podré ser libre, con esa libertad alegre y descansada que proviene de la inocencia.

Cargando todavía el garrote homicida, comprendo que con lo que he hecho, Dios acaba de separarse de mí. Comprendo que el Señor acaba de darme la vida por cárcel.

TERCERA PARTE

El proceso

SÁBADO. NOVIEMBRE 14

Yo tengo una inmensa ventaja sobre usted, haga lo que haga: yo he matado.

GEORGES SIMENON

Desde el miércoles pasado estamos encerrados de nuevo en la celda.

Es bien curioso que no se decidieran a separarnos después de todo lo que ocurrió. Al contrario, una vez que decidimos suspender el motín, entregarnos y renunciar a todo reclamo, lo primero que hicieron fue llamar a Míster Alba, a David, al Honorable Gordo Tudela y a mí. Juntos, como si tuviésemos derechos reservados sobre la celda, nos devolvieron a ella sin preguntarnos nada. Ni siquiera nos registraron al entrar.

Eso de que no nos preguntaran nada es todavía más curioso. Hasta hoy, nadie nos ha preguntado nada sobre lo que ocurrió en la oficina. Está visto que un muerto más o menos ya no le importa a nadie en este país.

Una vez que nos encerraron en las celdas, devolvieron la libertad a los campesinos. Después recogieron el cadáver de Leloya y se lo llevaron. Todo resultaba tan natural para todos que, según Míster Alba, nada les hubiera sorprendido tanto a los guardianes como encontrar vivo a Leloya en el sitio donde encontraron su cadáver. Para sus hombres, estaba previsto que Leloya podría morir. Por qué lo dejaron ir a la muerte, sabiendo que aquello podría ocurrir, más aún, sabiendo que aquello tenía que ocurrir, es algo que todavía no logramos comprender.

En pocas horas, la cárcel volvió a la normalidad reglamentaria. En la noche del miércoles, un guardián nos contó que acababa de encargarse de la dirección de la cárcel un funcionario civil. Tan pronto como prestó juramento reunió a los guardianes y les ordenó dar a los presos un tratamiento humanitario. Nada de medidas punitivas o de excesos autoritarios. Anunció que iba a manejar la cárcel como si fuera una escuela y exigió que bajo su administración todos deberían prestar más atención al orden que al castigo.

Debe de ser cierto que nuestro futuro depende de estos planes, porque desde ayer recuperamos el derecho de salir al patio. No nos dan tres horas de patio, como ocurría anteriormente. Nos anuncian que por ahora sólo nos tocarán dos horas de sol al día. De todos modos, este escape cotidiano del rigor de la celda es casi como conquistar toda la felicidad del mundo. Dicen que cuando se restablezca por completo la normalidad volveremos a las tres horas de aire libre al día.

Ayer, en nuestra primera salida después del motín, encontré a Óscar en el patio. El

pantalón le cubría púdicamente la pierna de palo, como si Óscar, por sí mismo, tuviera algo penoso que ocultar en ella. En mis manos, aquella pierna de palo arde todavía.

—¿Cómo va, Óscar? —le pregunté.

—Readaptándome a la paz —contestó.

—¿En qué celda le ha tocado?

—Estoy en una sala común. Las celdas son para la aristocracia carcelaria.

—¿Cuántos presos hay en la sala?

—Sesenta.

—Pida que lo destinen a una celda.

—No. Prefiero el dormitorio común.

—La sala común es un estercolero.

—Sí. Pero la celda es otra cárcel dentro de la cárcel. No resisto la celda. Padezco claustrofobia. La celda es como estar condenado a beber sangre en el corazón de la cárcel.

Desde luego, Óscar no deja de tener razón. Sin embargo, yo prefiero la celda. A mi parecer, ello se debe principalmente a mis compañeros.

En el patio también tropecé ayer con Toscano. Tan pronto como me vio vino a mi lado, con su cara de perro apaleado, aunque todavía traicionero.

En cuanto pudo, empezó a describirme con lujo de detalles, como si quisiera sorprenderme, el espectáculo del cadáver de Leloya. Yo no lo escuchaba. Pero no podía escaparme de la sevicia verbal que no cesaba de roer, como los cuervos, aquella masa informe de huesos partidos y carne machacada.

Para gran sorpresa mía, Toscano no hablaba de eso para recrearse con mis tribulaciones, como creí en un principio. Descubrí esto porque de repente me dijo:

—Mire a Míster Alba. Se prepara para asistir a la reconstrucción del crimen. O quizás esté pidiendo permiso para entrar en la oficina. Empiezo a creer que es cierto que a los criminales les gusta regresar al lugar donde cometieron su crimen.

Míster Alba estaba, en efecto, a la puerta de la oficina, conversando con un guardián.

Toscano continuó:

—Yo no creí nunca que Míster Alba se atreviera a hacerlo.

—¿Hacer qué? —pregunté yo.

—Matar a Leloya.

—Entonces, ¿fue Míster Alba quién lo mató?

—Usted lo sabe mejor que yo.

Yo lo sabía. Dios mío, bien lo sabía. Y sin embargo, aquellas palabras de Toscano, al apartarme arbitrariamente de lo que me correspondía, también me aliviaban un poco.

Ni en ese momento, ni ahora, puedo aceptar la sospecha de que Toscano estuviera interesado en hacer aparecer a Míster Alba como responsable de la muerte de Leloya. Sin embargo, dada la animosidad entre los dos, y la opinión de Míster Alba sobre Toscano, cualquier cosa de Toscano sobre Míster Alba también podría creerse.

Recordé un preso que había visto en la cárcel, hace mucho tiempo. Era un pobre diablo, un poco loco. Únicamente en la cárcel podía haber ocurrido: a aquel desgraciado le habían robado su crimen.

Condenado por un delito que lo obligaba a permanecer dos años en la cárcel, decidió, por dinero, mediante la influencia de no sé qué oscuras maquinaciones, intercambiar su identidad con otro prisionero. A los dos años, el otro recobró la libertad. Él se quedó en la cárcel, purgando el crimen del que le había permutado el crimen. Al descubrir que tendría que pasar once años en la prisión, por un delito que no había cometido, pero que había consentido en aceptar como suyo, el hombre empezó a enloquecer. Uno se lo encontraba en el patio, mirando hacia lo alto, y repitiendo siempre:

—Devuélveme mi crimen... Devuélveme mi crimen...

Toscano continuó:

—En la cárcel todos saben que Míster Alba fue quien lo hizo.

—¿Cómo lo saben?

—Míster Alba no lo niega.

—¿Reconoce que lo hizo?

—Dice que está dispuesto a declarar que lo hizo.

—¿Se lo dijo a usted?

—A mí no. Para Míster Alba, yo no soy santo de su devoción. Pero en el patio se lo ha dicho a todo el que ha querido oírlo.

He pensado mucho en lo que me dijo ayer Toscano. No creo que la generosidad de Míster Alba llegue hasta el extremo de querer adjudicarse algo que no hizo, únicamente por salvarme. Yo conozco cómo funcionan sus sentimientos. Pero también conozco cómo funciona su mente. Su mente es una máquina calculadora. Sus cálculos penetrantes se limitan a prevenir, mediante una suerte de adivinación automática, todas las reacciones, buenas o malas, que puedan producirse en la vida de la cárcel.

Descarto desde luego la idea de que Míster Alba quiera volverse en la cárcel el prócer de la muerte de Leloya. El asesinato no tiene cabida en la rica colección de sus delitos. Ni siquiera por razones de prestigio cabe en la sicología de Míster Alba la posibilidad de un crimen de este género. Mucho menos la de cargar la fama de matar sin haber matado. Sus relaciones con el delito son menos resonantes, pero más reproductivas.

Sé, pues, lo que Míster Alba busca con eso. Aceptando o estimulando las

versiones que le atribuyen la muerte de Leloya, sabe que, sin comprometerse mucho, contribuye a disgregar la responsabilidad y a alejarla, por lo tanto, de mí. Su táctica permitiría, además, que ante un testigo que pudiera acusarme, en el caso remoto de que ese testigo pudiera aparecer, otros muchos testigos, no se sabe cuántos, podrían estar dispuestos a desorientar el testimonio que más se aproximara a la verdad.

Estoy seguro de que Míster Alba no quiere que se me acuse. Aspira a que se considere la muerte de Leloya como una consecuencia natural del motín, como un acto de concurrencia colectiva. Algo así como un hecho de guerra, del cual no se pueden deducir responsabilidades individuales.

En alguna forma, Míster Alba está logrando hasta ahora este propósito.

Por mí mismo, yo sé lo que ha pasado. Sé le que en esa obra le corresponde a mi conciencia.

Pero como prisionero de una cárcel en la que no estoy solo, sé que todo el mundo comparte o está condenado a compartir mi responsabilidad, si es que la tengo, o mi remordimiento si llego a tenerlo. Es como si todos los presos hubiéramos convenido en distribuirnos, por cuotas de minutos, o de horas, el pago del tiempo total que legalmente debiera corresponderle a la expiación del crimen.

Por otro lado, no me siento muy seguro de mí mismo pisando el terreno resbaladizo del crimen. Cuando maté, me sentí libre por haber matado. Ahora ya no estoy convencido de haber perdido la libertad al entrar en la cárcel. Ahora creo que la perdí en el momento de matar.

Con todo, para mí, mi delito es mío. Para la cárcel, el delito es común. Es un crimen tan pobre, que no tiene secretos para nadie. Al mismo tiempo es un crimen tan rico, que tiene castigo para todos.

DOMINGO. NOVIEMBRE 15

También yo, pertenezco a estos presidiarios y a estas prostitutas.

WALT WHITMAN

Las medidas humanitarias y sanitarias recomendadas por el nuevo director de la cárcel se empiezan a aplicar de prisa. Desde hoy deberemos bañarnos dos veces a la semana, los miércoles y los sábados, obligatoria y colectivamente. Pero también podremos bañarnos otros días si hacemos para el efecto solicitudes individuales.

Desde hoy tendremos también tres horas de aire libre al día. Para evitar aglomeraciones peligrosas, como las que provocaron el último motín, habrá en lo sucesivo tres turnos diarios para salir al patio. A nosotros nos tocará el primer turno de la mañana, que empieza a las ocho.

A las ocho salimos juntos con todos los presos de la sección donde se encuentra nuestra celda. Nos llevan por el pasillo, en fila india. Cada preso lleva una toalla y una barra de jabón. Aunque hace frío, los prisioneros van vestidos solamente con pantalones. En el pasillo, la larga fila de torsos desnudos tiritaba bajo el frío.

En el patio, el sol de la mañana cae sobre el lugar donde se ha improvisado la ducha. Al iniciarse el motín, los presos enfurecidos destruyeron las enramadas donde antes estaban instalados los baños de la cárcel.

La nueva instalación se reduce a una manguera de jardinería conectada a una llave del patio interior, y atada a un poste. El cabo de la manguera lanza el chorro de agua sobre un tablado. Desnudos, los prisioneros tienen que pasar uno a uno bajo el chorro y bañarse y jabonarse a la vista de todos. Esto provoca las protestas de Míster Alba.

—Nunca creí que cayéramos tan bajo —dice Míster Alba.

—La culpa es de los presos, por haber demolido las enramadas de los baños.

—De todos modos, esto es una humillación inconcebible.

—¿Preferiría no bañarse?

—Me gusta bañarme. Pero bañarme solo, o bien acompañado. Esto de hacerlo en público, ante este cortejo de rufianes, le quita el encanto al ejercicio de bañarse.

—Nosotros somos parte del cortejo de rufianes. Además, nadie se va a fijar en usted.

—No es cuestión de que los demás se fijen o no se fijen. Es cuestión de que me siento incómodo.

—Peor era el baño en los tiempos de Dostoievski —afirmo.

Empiezo a hablarle a Míster Alba de los baños de Dostoievski. En su libro más conocido, *La casa de los muertos*, Dostoievski describe el baño de la cárcel. Es una escena dantesca, llena de vapores deletéreos y de increíbles humores de descomposición. De esta escena del baño el lector sale con el alma sucia. Le hablo a Míster Alba de esa escena y él se muestra muy interesado.

Ya nos va llegando el turno del baño. Al aproximarse a la manguera, los presos que van delante de nosotros se quitan los pantalones y los dejan en el suelo. Luego avanzan bajo la ducha, brincan, cantan, se jabonan, chorreando júbilo bajo la caricia del agua fría. Salen felices, secándose y regresan a recuperar los pantalones.

Cerca del chorro hay un guardián que hace de maestro de ceremonias del baño. Señalando el camino que debe seguirse, no cesa de repetir:

—No empujen, caballeros. No empujen. Hay agua para todos, caballeros.

Nos llama caballeros como la cosa más natural del mundo. Sin duda, su modo de calificarnos produce sus efectos. Por lo menos por un momento, al oírse llamar caballeros, los reclusos dejan de empujar y de decir palabras soeces.

La escena tiene el encanto melancólico de las cosas alegres que son tristes. Nadie puede ponerse a salvo de las alusiones de los chistes de doble sentido. Míster Alba no puede resignarse. Para él aquella exhibición es poco menos que un bazar de carne de esclavitud.

—Ese tal Dostoievski escribía muy bien —asegura Míster Alba, tratando de apartarse con la mente del espectáculo que lo re lea.

—Es uno de los más grandes novelistas del mundo —preciso yo.

—Le gustaba escribir sobre los presos.

—Sobre los presos, y los criminales, y los enfermos, y los perseguidos, y los idiotas.

—Más o menos sobre la gente que llena la cárcel. Por eso me gusta.

—¿Le gusta Dostoievski? Es muy humano, pero muy amargo.

—Me gustan los escritores humanos que son amargos. Me gustan los platos fuertes, la carne cruda y roja, a lo Dostoievski. En literatura no me gusta la floristería. Las rosas las prefiero en ensalada.

Míster Alba se interrumpe, porque nos ha llegado el turno. Míster Alba avanza delante de mí. Sin pantalones, por detrás, no parece un viejo, sino una vieja. Apenas se quita los pantalones, un hombre, a nuestras espaldas, silba con procacidad, como si el ser que se acabara de desnudar ante sus ojos fuese una mujer hermosa. Eso enfurece a Míster Alba. Pero no puede hacer nada, porque nadie sabe quién es el que ha silbado.

Cuando empieza a jabonarse yo me pongo bajo el chorro.

—Cuidado con el tatuaje —le digo.

Míster Alba se frota con entusiasmo. Está congestionado por el esfuerzo. Su

cuerpo no es gordo precisamente, sino robusto, aunque de todos modos en el estómago le sobran bastantes kilos de peso. De nuevo bajo la ducha, empieza a brincar. Un momento después está listo para secarse.

—¿Se acuerda de Raskolnikov? —pregunta Míster Alba.

—Es uno de los personajes más conocidos de Dostoievski —digo yo.

Poniéndose los pantalones, Míster Alba dice:

—Siempre me he preguntado qué pasaría si Raskolnikov viviera en la Rusia de nuestro tiempo. Me gustaría saber si se afiliaría al partido comunista.

—No lo admitirían —digo yo.

—¿Por haber matado?

—Por sentirse libre después de haber matado.

Después del baño, uno a uno pasamos a manos del peluquero.

Los peluqueros protestan, porque no pueden cortar con facilidad el pelo mojado, pero no hay remedio. La ley es la ley. Los reglamentos de la cárcel hablan primero de baño y después de peluquería. Estos detalles tienen aquí una gran trascendencia, porque, como dicen los guardianes, cuando eso se dispuso así, por algo sería. Según los guardianes los legisladores saben lo que hacen.

Hay cuatro peluqueros que no usan tijeras ni peine sino una maquinilla trasquiladora. Los peluqueros trabajan a velocidades increíbles. En cinco minutos despachan un preso sin un solo pelo en la cabeza.

Míster Alba observa:

—Esto de cortarnos el pelo de cuando en cuando tiene sus ventajas. A mí el peluquero me sirve para recordarme que tengo cabeza. Después de cortarme el pelo me siento rejuvenecido, como si el peluquero acabara de podarme el árbol de la inteligencia.

Pasadas las tres horas de nuestro turno, regresamos a la celda. David y el Gordo Tudela nos siguen. Después del baño el Gordo se puso a jugar al fútbol, de modo que ahora, sudoroso, da la impresión de no haberse bañado.

En la celda, Míster Alba busca lápiz y papel y se dedica a escribir. David y el Gordo Tudela juegan al ajedrez. Yo escribo también.

En este momento, siento que en, la celda, todos somos libres. Lo maravilloso de la cárcel es que revela secretos insospechados sobre las formas diferentes, complicadas y desconocidas, de la libertad. En este momento, yo pienso que nuestro cuerpo prisionero tiene, sin embargo, zonas autónomas, partes libres. Nuestra boca, por ejemplo, es libre ahora, porque estamos callados. En cambio, en la cárcel no existe la libertad de no escuchar.

Míster Alba comenta:

—Podemos escribir tranquilos, Antón. David y el Honorable acaban de encerrarse en el campo de concentración del tablero de ajedrez.

—¿Qué escribe usted, Míster Alba? —pregunto yo.

—Es un secreto.

—¿Un diario?

—Para eso está usted. No le tema a la competencia.

—¿Una novela?

Míster Alba no contesta. Sigue escribiendo imperturbablemente. A cada momento consulta, para escribir, su archivo confidencial. Me intriga esa actitud de Míster Alba. Sin conocer lo que escribe, por el solo hecho de que escriba, me siento un poco desplazado por él en el plano de la importancia intelectual. En literatura no hay nada peor que comprobar que otros pueden hacer mejor lo que nosotros pretendemos hacer bien.

Por un momento, David se sale del campo de concentración del tablero de ajedrez. Observa a Míster Alba y comenta:

—¿Otro escritor?

—Eso parece —digo yo.

—Lo único malo de la cárcel es que estimula las inclinaciones literarias —dice David.

Y vuelve a encerrarse en el tablero.

—Éste cree que escribir es una faena heroica —dice Míster Alba refiriéndose a David.

—Para mí escribir no es nada —afirmo yo—. Escribir es vivir.

—Para mí escribir es como amar —dice Míster Alba—. Escribir para mí es levantarle la falda a las palabras. Debe de ser una pena estar preso y no saber escribir.

Míster Alba suspira, no se sabe si por las faldas, o por las palabras, en todo caso como si sintiera en el fondo del alma lo que dice. Sigue escribiendo, pero para levantar la cabeza un momento después y preguntarme:

—De Tolstói y Dostoievski ¿cuál es más grande, Antón?

—Ambos son gigantescos —contesto yo.

—Ambos son gigantescos, sin duda. Pero no pueden ser iguales. ¿Cuál es la diferencia entre uno y otro?

—Tolstói es el espejo en el camino —digo yo—. Dostoievski es algo más. En sí mismo, Dostoievski no necesita espejo. Dostoievski es el camino.

Míster Alba me dice que no se siente muy bien.

—Es por el baño.

—Puede ser.

—Tome una aspirina.

Míster Alba me mira con calma y dice:

—Yo no soy original como hombre, pero soy muy original como enfermo. Los remedios comunes no funcionan conmigo. El bicarbonato me indigesta. Y la aspirina

hace que me duela la cabeza.

LUNES. NOVIEMBRE 16

Soy un hombre, luego soy un cómplice.

C. G. JUNG

Nos encontramos en el patio, a la hora del sol. Al turno del descanso lo llamamos la hora del sol, aunque con mucha frecuencia a esa hora no haya sol en el patio. Precisamente hoy es uno de esos días. Altas nubes negras velan la luz, como si arriba, en el cielo, Dios quisiera esconderse de nosotros detrás de un biombo de amenazantes oscuridades.

David y yo estamos sentados en el pretil de piedra. Permanecemos aislados del resto de los reclusos. La mayor parte de los reclusos se dedican a contemplar el partido de fútbol que tiene lugar en el patio.

Muy cerca de nosotros, un ciempiés ha caído sobre el lomo. Impotente, agita las patas hacia arriba, pisando inútilmente en el vacío. Las extremidades desvalidas no se cansan de patalear en el aire, sin que el tronco paralizado pueda enderezarse o avanzar en la tierra.

David me dice:

—Mire ese bicho. Tiene cien pies, pero no puede caminar. Míster Alba diría que es el retrato de la libertad.

En el partido de fútbol las cosas ocurren de otra manera. Los pies de los jugadores se mueven como pueden, corriendo de aquí para allá detrás de la pelota. Sin embargo, el hecho de que puedan moverse y correr no logra que los jugadores pierdan su condición de prisioneros. Por el contrario, cuanto más se agitan por el campo de fútbol más prisioneros parecen, forzados del frenesí que ellos mismos ahuyenta con el pie y que, sin embargo, persiguen sin desmayo con todo el cuerpo.

David no está hoy muy comunicativo que digamos. Yo le pregunto:

—¿Qué le pasa?

—Mi tío Apolinar ha muerto —dice.

—No lo sabía.

—En la celda no me gusta contar estas cosas. Murió la semana pasada.

—¿Era muy rico?

—Era rico. Y era un personaje curioso. Como tantos seres empeñados en falsificarse a sí mismos, en realidad mi tío Apolinar no era un hombre, sino un personaje. Era la corporización cristianizada de la avaricia. Eso fue lo que lo llevó a denunciarme cuando el asunto de los cheques. Que yo sepa, sólo tuvo un vestido en

su vida. Pero lo llevaba siempre limpio y perfectamente planchado, aunque los pantalones los hacía planchar a lo ancho, o sea que los pliegues no le quedaban al frente de las piernas, sino a los costados. Eso le daba un aire de payaso.

—Me hubiera gustado conocerlo.

—Tenía la preocupación de que todo era mejor en el pasado, y hablando de la justicia antigua decía que, ante todo, había que humanizar el crimen. Para él, humanizar el crimen quería decir dejar el revólver y volver al puñal. Entre sus amigos tenía fama de ateo. Un día yo le pregunté si era cierto y me dijo: «Quisiera creer en Dios, pero Dios no me lo permite». Ahora, al morir, ha tenido la mejor humorada de su vida. En el testamento deshereda a sus sobrinos honrados y me deja a mí toda la fortuna. En el testamento dice más o menos: «Le dejo todos mis bienes al hijo de mi hermana María, David Fresno, mi sobrino, quien ahora se encuentra en la cárcel. No se los dejo por ser mi sobrino, ni por estar preso, sino porque David, siendo el único pariente que quiso robarme en vida, ya no está interesado en robarme después de muerto».

—Enhorabuena —digo yo—. Con esa herencia ya no tendrá preocupaciones al salir de la cárcel.

—Las preocupaciones ya empezaron. Los desheredados han demandado la nulidad del testamento, asegurando que mi tío estaba loco.

—Debía de estarlo a juzgar por lo que de él me ha dicho usted.

—Si lo estaba, demostraré que recobró la razón para hacer el testamento.

A pesar de todo, David no parece entusiasmarse mucho por la herencia de su tío.

Para no helarnos caminamos un poco por entre los presos que contemplan el partido de fútbol. El juez del partido es el Honorable Gordo Tudela. Como juez, el Gordo es exigente. Cada dos minutos hace sonar el pito, llamando al orden a los jugadores. Imponiendo el castigo correspondiente, este juez preso se da un aire superior, casi majestuoso.

Hace muchos años, cuando yo era estudiante, ciertos hábitos nacionales se inspiraban en moldes de la más erudita antigüedad clásica. En nuestra escuela, por ejemplo, un equipo de fútbol se llamaba Esparta y el otro Atenas. Aquí, en la cárcel, no nos remontamos tan lejos. En nombres, por lo menos, estamos al día. Un equipo de los que juegan hoy se llama Chicago y el otro Stalingrado.

Estas denominaciones no corresponden a las inclinaciones políticas de la cárcel. Son más bien una imposición del ambiente y de la época. «Stalingrado» está formado por ladrones y estafadores, y «Chicago» por pistoleros y asesinos.

Más allá del patio donde juegan al fútbol tropezamos con Míster Alba. Nos ve pasar, pero no nos habla. Está dedicado a jugar a los dados. El juego de dados está prohibido en la cárcel, pero Míster Alba es un maestro en eso de no dejarse pescar violando el reglamento. Un día, un guardián lo descubrió, y al acercarse al grupo que

jugaba, se llevó la gran sorpresa al verificar que los hombres accionaban como si jugaran, pero jugaban sin dados. El guardián comprendió que lo engañaban, se puso furioso y los esculcó uno a uno. Pero Míster Alba había hecho desaparecer los dados usando uno de sus trucos habituales. En presencia del sorprendido guardián los presos siguieron jugando sin dados aunque accionando con toda la mímica aparente del juego real.

Yo le digo a David:

—Míster Alba es un jugador empedernido.

—No me gusta esa palabra, Antón —responde David—. Empedernido es una palabra ridícula.

—Yo no sabía que había palabras ridículas. Todas las palabras expresan algo, más o menos. Ése es su oficio. Por eso son palabras.

—Todas expresan algo, pero hay algunas que son ridículas. Usarlas escribiendo es una falta grave. Pero usarlas en la conversación es un crimen.

—¿Podría darme un ejemplo de palabras ridículas?

—Todas las palabras literarias tienen algo de ridículo. Oiga algunas. Empedernido, proceloso, atónito, pundonoroso, opulento, lontananza. En la cárcel no se puede decir lontananza. En la cárcel no hay más allá.

—Viéndolo bien, quizá tenga razón. De todos modos, a Míster Alba le gusta jugar. Cuando no juega a los dados hace como que está jugando a los dados. Y en sus días de salida juega a la lotería.

—Yo no puedo con la lotería. Comprar lotería me hace sentirme en un bando al que no pertenezco porque me considero cómplice de algo que no está claro. Una vez compré un billete y lo rompí antes del sorteo. No puedo soportar la perspectiva de llegar a ganarme el premio mayor. Desde entonces detesto la lotería. Esperar la lotería es como irse a la cama con el temor de encontrar una culebra entre las sábanas.

—Ha dicho usted soportar y detesto. Ahora comprendo su teoría. Soportar y detestar son dos palabras ridículas. Son como palabras solteronas, como palabras que no han encontrado su destino.

—No volveré a usarlas.

—Al decir que no le gusta la lotería ¿quiere decir que no le gusta el dinero? —pregunto yo.

—El dinero me gusta, Antón. Por el dinero estoy en la cárcel. Pero el dinero me perturba. Tengo miedo de él. Lo conozco, porque lo he robado. Lo que no me gusta es vincular la ilusión humana a una cosa tan sucia como el dinero. Menos mal que aún hay gente que no cree en la lotería. En Usaquén, una señora se ganó los cinco millones del premio gordo del sorteo de Navidad. Un periodista le pidió sus impresiones. Ella se limitó a contestar: «No creo en la suerte». Eso se llama tener sentido del honor.

—Honor es otra palabra ridícula —observo yo.

David dice:

—El otro día, en una carta de Nancy vi escrita la palabra honor sin la letra inicial. Sin hache, el «onor» de Nancy no parecía honor, sino un pobre pecado mutilado. Ese día descubrí algo importante. Descubrí que para la civilización humana los hechos relacionados con el orgullo y la moral no dependen de la conciencia del hombre, sino de la ortografía correcta.

MARTES. NOVIEMBRE 17

La virtud es horrorosa. Es lo contrario de la libertad.

VIRGIL GHEORGHU

A media tarde, tres guardianes armados de fusiles abren la puerta de la celda. Uno de ellos nos anuncia:

—Una comisión de damas católicas viene a interrogarlos. Aunque pueden decir lo que quieran, lo único que el director exige es que contesten con toda corrección, como si fueran verdaderos caballeros. En todo caso, aquí estamos nosotros para guardar el orden.

Reconozco en este guardián al mismo que nos llamaba «caballeros» para hacernos pasar al baño. Se ve que es un hombre muy bien educado y que la palabra caballeros produce en él efectos psicológicos muy pronunciados.

Un momento después tres señoras de edad avanzada llegan a la puerta de la celda. Una de ellas lleva varios folletos en la mano. Otra lleva un cuaderno y un lápiz. De la tercera apenas puede advertirse a flor de piel la trascendencia que emana de su autoridad personal. Las tres parecen loros disecados, pajarracos sin vida, pero todavía con colores. Sobraba la exigencia del guardián, porque estas damas son el tipo de mujeres que sólo producen en los hombres reacciones caballerizas.

—Buenas tardes, caballeros —dicen en coro las tres.

—Buenas tardes, caballeros —repite Míster Alba haciéndoles eco.

A pesar de la hilaridad que esto suscita en el Honorable Gordo Tudela, este primer contacto crea entre los dos grupos una situación bastante incómoda. Para borrar la mala impresión de la respuesta, Míster Alba resuelve aliviar la tensión, portándose como un caballero.

—Estamos a sus pies, señoras —dice con acento ceremonioso.

La dama jefe dice:

—Formamos un grupo de trabajo de la Sociedad de Amigos de la Cárcel, recientemente constituida, con sucursales en todo el país. Estamos haciendo una encuesta sobre la situación de las cárceles. Les rogamos que nos presten su colaboración.

—Estamos a sus órdenes —ofrece también David.

—La primera pregunta es muy sencilla —dice la dama jefe—. Queremos fijar el límite de la responsabilidad que corresponde a los presos en el orden social establecido. En ese sentido, voy a formular una pregunta concreta. ¿Saben ustedes

quién mató al coronel Leloya?

—¿Qué tiene que ver Leloya con el orden social? —pregunta David a su vez.

Pero el Honorable Gordo Tudela lo interrumpe para sostener:

—Yo puedo hablar con autoridad en este campo. Con mi experiencia de detective he hecho una investigación interna sobre este asunto. Puedo informarles que el coronel Leloya se suicidó.

La dama del cuaderno empieza a escribir. A cada palabra levanta la vista, consultando a la encargada del interrogatorio. Ésta continúa:

—Esa versión de los hechos no me satisface. Resulta incomprensible que Leloya quisiera matarse a sí mismo, cuando todo el mundo sabe que lo único que le gustaba era matar a los demás. Lo del suicidio ya me lo dijeron en otra celda. Pero, en fin, aclarar eso es el oficio de la justicia. Por nuestra parte, únicamente nos interesan los hechos sociales. Sigamos adelante. Hemos sabido que en varias celdas de la cárcel han aparecido grabados misteriosos, signos de dibujo elemental muy parecidos a la cruz esvástica. Esto nos ha hecho pensar que esos signos se relacionan directamente con la cuestión judía. ¿Podrían ustedes contestarme qué opinan los presos de la cuestión judía?

—Dispense nuestra ignorancia. Pero ¿qué es la cuestión judía? —pregunta el Honorable Gordo Tudela.

La dama del interrogatorio no sabe qué contestar. Entre los dos grupos se forma otra vez un muro de suspicacia y ansiedad. Míster Alba acude a disipar el malentendido.

—Sobre la cuestión judía —dice— lo único que sabemos es que entre los presos existe un agiotista a quien algunos llaman el «sirio» y otros el «jordano». Se dedica a los préstamos de compraventa, al módico interés del cuarenta y nueve por ciento. En otras palabras, el árabe de la cárcel es tan rapaz que parece judío.

La dama del cuaderno apunta sin cesar. Claramente se advierte que el curso del interrogatorio no la tiene satisfecha.

Aprovechando una pausa, la dama de los folletos se dedica a repartirlos entre nosotros. Yo tomo el que me da y lo examino. Se titula: «El cigarrillo y el cáncer».

—En lugar de traernos cáncer, debieran traernos cigarrillos —dice Míster Alba.

—Nosotras estamos educando al pueblo, no fomentando el vicio —chilla la dama.

—Está bien. Me fumaré el folleto —concluye Míster Alba resignado.

La directora del interrogatorio pone fin a este simulacro de batalla preguntando a continuación:

—¿Podrían decirme ustedes si es cierto que en la cárcel hay infiltración comunista?

—Aquí no hay más infiltraciones que las de las goteras del techo de la celda —dice David.

—¿Para qué quieren saber si hay infiltración comunista? —dice Míster Alba.

La dama que lleva la voz oficial de la visita contesta:

—Porque si hay infiltración comunista no habrá más ayuda norteamericana.

—¿En qué consiste la ayuda norteamericana para la cárcel? —pregunta Míster Alba.

Esta vez la dama se muestra desconcertada. Mira a sus compañeras. La del folleto, que es la más aguerrida, dice:

—Hemos venido a interrogarlos, no a que nos interroguen.

Pero Míster Alba no cesa de preguntar:

—¿En qué consiste? ¿Pueden decirme en qué consiste la ayuda norteamericana para la cárcel?

—Quizá quieran instalar aquí una silla eléctrica —sugiere el Honorable Gordo Tudela.

—No conteste. No está obligada a contestar —aconseja la dama del cuaderno a la dama del interrogatorio.

Pero esta última se muestra conciliadora. Afirma con toda convicción:

—No puedo contestar exactamente, pero supongo que se trata de una actividad de los cuerpos de paz. Ellos sólo quieren tendernos la mano. Quieren ayudarnos a construir un mundo nuevo, más humano, más democrático, más libre. En dos palabras, quieren enseñarnos a vivir como viven ellos. En lo que a la cárcel se refiere, quieren ayudarnos a construir cárceles donde los hombres se sientan libres, no presos.

No está muy claro, pero por el momento su discurso nos conmueve. La dama que acaba de hablar ha logrado sin duda disipar una mala situación. Aprovechándose de su éxito pasa al punto siguiente del cuestionario:

—Me gustaría saber cuáles son sus gustos en materia de lecturas. Veo que les permiten tener muchos libros. Eso se llama cultura. ¿Les gustan los versos del gran clásico Núñez de Arce?

—En general, a los presos no les gustan los versos malos, menos los del gran clásico, y todavía menos los de Núñez de Arce.

Eso afirma abruptamente el Honorable Gordo Tudela. Pero ella no se altera.

—A propósito de relaciones humanas, ¿leen ustedes a Orison Swet Marden?

—¡No! —contesta David—. ¿Por quién nos toma? ¿Cree que somos presos norteamericanos?

—En cuestiones económicas, ¿cuál es su escuela preferida?

—No tenemos preferencias en cuestiones económicas. Pero hablando de escuelas, sólo pertenecemos a la del maestro Vargas Vila.

Con la mano que le queda libre, la dama de los folletos se santigua, como si Míster Alba acabara de nombrar al diablo.

—¿Qué? —pregunta la del cuaderno.

—Digo que hablando de escuelas, seguimos la escuela del maestro Vargas Vila — repite condescendiente Míster Alba.

—¿Ese monstruo? —dice la dama, santiguándose también.

La situación es ahora más inflamable que nunca. Sin embargo, la directora del grupo vuelve a imponer la sensatez por el sistema que ha probado con tanto éxito, o sea el de llevarnos a cambiar de tema.

—La Sociedad de Amigos de la Cárcel está muy interesada en saber qué soluciones pueden proponer los presos para afrontar los problemas comunes del país.

—En ese sentido —indico yo—, Míster Alba tiene una fórmula especial.

—¿Cuál es la fórmula especial? —pregunta la dama.

—Hablemos primero de los problemas comunes —dice Míster Alba.

—¿Cuál es en concepto de los presos el problema más grave del país?

—El de la desvalorización de la moneda —informa Míster Alba.

—¿Qué fórmula indican los presos para que el peso pueda recuperar su valor?

—Visto desde la cárcel, el problema es muy fácil de resolver —asegura Míster Alba.

—¿Cómo?

—Cambiándole el nombre al peso.

—¿Qué nombre sugeriría usted para la nueva unidad monetaria?

—El peso es débil por llamarse peso. Si en lugar de llamarse peso, lo llamamos dólar, su poder adquisitivo mejorará notablemente. Además sonaría muy bien hablar del dólar colombiano.

—Los Estados Unidos protestarán —dice la dama—. Ellos tienen patentado el nombre del dólar. Pero, en fin, la Sociedad de Amigos de la Cárcel estudiará el caso. Tome nota, secretaria —ordena dirigiéndose a la encargada del cuaderno.

Hace una pausa y luego dice:

—Ahora bien, la última pregunta de la encuesta es la siguiente: ¿conviene reformar las estructuras de la cárcel?

—Con todo respeto —dice Míster Alba—, ¿qué son las estructuras?

Indudablemente, las reformadoras no saben qué son las estructuras. En vista del silencio mortal que sigue a su pregunta, Míster Alba se lanza por el camino más fácil:

—Apoyaremos la reforma de las estructuras. Estas dos palabras, reforma y estructuras, prometen mucho.

La visita del grupo de trabajo se da por terminada. Las damas inician la retirada, no sin que antes la dama de los folletos le diga a la del interrogatorio:

—Falta una pregunta.

—¿Cuál?

—Sobre la beneficencia.

—Es verdad. ¿Con cuánto estarían dispuestos a contribuir los presos para el

sostenimiento de la beneficencia?

—Estamos dispuestos a contribuir al sostenimiento de la beneficencia con la misma suma con que la beneficencia contribuya al sostenimiento de los presos —dice Míster Alba.

—Gracias por su fina colaboración, caballeros —dice el guardián bien educado, cerrando la celda.

MIÉRCOLES. NOVIEMBRE 18

El hombre que lleva atado un perro está tan atado como el perro.

ANTONIO BIRLAN

Mientras me dedico a regar la flor, Míster Alba me pregunta:

—¿Ya floreció la rosa?

—No. Pero pronto florecerá.

—Cuando florezca, no va a florecer en pétalos de rosa, sino en espinas de alambre.

—De todos modos florecerá. Estoy seguro.

—Yo tengo mis dudas de que el alambre pueda florecer.

—Antes de ser alambre, hace ya muchos siglos, este tallo perteneció al reino vegetal. No me sorprendería que hubiera pertenecido también al reino animal. Lo estoy regando con siglos de retraso, pero florecerá algún día. Es cuestión de paciencia. No lo dude, Míster Alba.

De sorpresa en sorpresa, el Honorable Gordo Tudela se entera ahora de esta otra locura de la celda. No puede dar crédito a sus oídos ni a sus ojos. Pero no rechaza la ficción. El Honorable Gordo Tudela tiene la ventaja de que nada le sorprende en la cárcel. Para mí, es como si me hubiera acompañado desde el primer día, en los tres años de prisión. Tal vez por haber sido detective, el Gordo se porta como si hubiera nacido en la cárcel.

Un cabo vestido de paisano llega y le comunica a David que le ha sido confirmado el permiso de un día para salir de la cárcel. El cabo añade que lo acompañará y que así, vestido de paisano, nadie notará que David es un preso con permiso. David había hecho la solicitud de salir para visitar a su familia dos días antes. No esperaba que se le concediera, aunque, según me dijo, el nuevo director de la cárcel era su amigo. Por lo visto, sí lo era.

El cabo nos anuncia también que hoy no saldremos al patio por la mañana, debido a circunstancias especiales. Pero nos promete que por la tarde disfrutaremos aproximadamente de nuestras tres horas de aire libre.

David se prepara febrilmente para salir. Se viste a la carrera con sus mejores ropas, y como no tiene zapatos adecuados, le ruega al Honorable Gordo Tudela que le ceda provisionalmente los de Braulio, que éste dejó olvidados en la celda. El Gordo dice que sí, y que, en cambio, tiene que pedirle un favor a David.

Cuando está listo nos pregunta a todos:

—¿Qué quieren que les traiga?

Yo le encargo dos libros, y el Honorable le pide que llame por teléfono a su mujer. En un papel, David apunta el nombre y la dirección que el Gordo le dicta. Míster Alba no tiene nada que pedir. Cuando David sale, Míster Alba le dice a Tudela:

—No sabía que era usted casado. No tiene cara.

—¿El matrimonio da una cara especial? —pregunta el Gordo.

—Sí.

—¿Cómo es?

—Como la cara de usted.

El Gordo Tudela nos habla de su mujer. A juzgar por el retrato que de ella nos hace, debe de ser una buena mujer. Desde luego, la mujer es un pretexto para hablarnos de su antigua profesión de detective, que es lo único que le interesa de la libertad.

—Cuando salga de la cárcel volveré a ser detective —afirma el Gordo.

—Si lo rehabilitan podrá ser detective de nuevo —anota Míster Alba.

—¿Tendrán que rehabilitarme? Yo no maté por gusto.

—Nadie mata por gusto. En su caso, si lo rehabilitan, quiere decir que lo rehabilitarán para volver a matar.

—¿Por qué le gusta ser detective? —pregunto yo.

—Me gusta llevar hombres a la cárcel.

Eso es todo lo que contesta el Gordo.

Míster Alba comenta:

—Tiene suerte David. Nunca creí que le dieran permiso.

—El director de la cárcel es su pariente —comenta el Gordo.

—Pariente no. Amigo —aclaro yo.

—Da lo mismo —dice el Gordo—. Pariente o amigo, le dio el permiso. Estoy seguro de que si yo lo pido, no me lo dan.

Míster Alba observa:

—Lo que nos da carácter de presos no es nuestra condición de presos, sino el guardián que nos vigila al lado. A David nadie lo puede tomar hoy en la calle por un preso. Al salir con el cabo, los dos parecen un par de hermanos que van de paseo. Cuando yo sea libre y camine por la calle y encuentre dos hombres que parezcan hermanos, sospecharé inmediatamente de ellos. Pensaré que el uno es un preso y el otro su guardián.

—Es un buen tipo este David —confiesa, generoso, el Honorable Gordo Tudela.

—Es verdad. Tiene muy buena letra —dice Míster Alba.

—¿Buena letra? —pregunta ingenuamente el Gordo.

—Sí. Escribe muy bien. Sobre todo cuando se trata de escribir cheques falsos, con

la firma de su tío.

—No me gusta esto de hablar mal del que vuelve la espalda —sostiene el Gordo.

—A mí sí —asegura Míster Alba—. Unos picotazos en la espalda del prójimo me dan descanso, hacen que me sienta bien. Todo el mundo hace lo mismo. Lo que pasa es que yo no soy cínico y confieso mi predilección por las espaldas, o sea, mi cobardía para ponerle el pecho a la murmuración.

Durante un rato, yo me dedico a observar por la ventana del patio principal. En el patio veo un grupo de presos que se parecen a los campesinos que promovieron el último motín. Son campesinos, no hay duda, pero no son ellos. Éstos son aún más miserables que aquéllos. Van descalzos, usan ropas blancas, y sus cuerpos tiritan bajo el frío de los Andes.

Mirándolos comprendo que estos campesinos son las «circunstancias especiales» de que hablaba el cabo cuando nos informó de que hoy por la mañana no podríamos salir al patio.

Cuando dejo la ventana Míster Alba y el Honorable Gordo Tudela hablan todavía de David. El Gordo dice:

—Pues sí. Hablando de escribir, David se siente muy orgulloso de lo que escribe.

—Pero nunca escribe.

—Dice que escribe, y que escribe muy bien, porque en su pueblo se habla muy bien el español.

—Hay que dejarlo que crea eso.

—Dice que en su pueblo se habla el mejor español del país.

—Crear que hablan muy bien español es el único consuelo que les queda a todos los pueblos que hablan español.

—¿No cree usted en lo que dice David?

—No.

—¿Por qué?

—Todo el que habla español habla igual a todos los que hablan español. Ningún pueblo habla mejor español que otro.

—Pero ¿por qué?

—Porque el buen español no existe.

—¿Y en España?

—En España menos. En España hay quienes escriben bien, muy bien, por cierto. Pero el español común de los españoles es casi peor que el español común de los hispanoamericanos. Lea usted la traducción de cualquier idioma a la lengua española, y se dará cuenta de lo que le digo. No hay nada más provinciano que el español de las traducciones españolas. Las traducciones españolas son el triunfo del modismo de suburbio añadido al triunfo de la pobreza verbal. En ellas, los personajes de Balzac hablan de pagar la cuenta del café con «perras gordas». Del mismo modo, en las

traducciones mexicanas se hablará de los «chamacos» de Gide. En las argentinas se dirá que Raskolnikov es un «malevo». Las traducciones argentinas y las traducciones mexicanas son la venganza de América contra las traducciones españolas.

A las dos nos sacan al patio.

El patio está lleno de campesinos de tierra caliente. Con una ropa inapropiada para el clima, las alturas de los Andes los hacen temblar de frío, como si padecieran de paludismo. Parecen aves migratorias, aves del trópico perdidas en las cumbres de las montañas.

Estos campesinos son muy diferentes de los campesinos que conocimos antes en el patio de la cárcel. Aquéllos venían de los Andes y eran más humanos. Su tristeza, que también la tenían, porque la tristeza es entre todos los campesinos un aire de familia, era menos deprimente. Aquéllos eran campesinos de las tierras altas y frías, dedicados al cultivo del trigo, de la cebada, del maíz, que son cultivos de hombres.

Éstos de ahora, en cambio, proceden de las tierras bajas y de los valles de los afluentes del río Grande de la Magdalena, de que hablaron los conquistadores españoles. Su servidumbre es más abyecta que la de los otros. Siembran caña de azúcar, que es un cultivo de esclavos; siembran tabaco, que es un cultivo de toxicómanos; siembran café, que es un cultivo de mendigos; siembran arroz, que es un cultivo de parias. En otras palabras, mientras los campesinos de las cumbres de los Andes siembran pan, como los hombres, los campesinos de las tierras bajas siembran dinero, como los tahúres.

Estas dos agrupaciones sociales y gemelas lo único que tienen de común es la miseria y la ignorancia. Ni los unos ni los otros tienen redención. La tierra los obliga a ser como son. La zona tórrida los vuelve perezosos, la zona helada los vuelve indiferentes. Unos y otros son el rostro humano de la tragedia terrestre. Por ahora, aquí sí es cierto que los campesinos no son más que una curiosidad pintoresca del paisaje.

Cuando pregunto por qué están detenidos me dicen que los guerrilleros asaltaron las tierras donde trabajaban. A los que no mataron los guerrilleros, los policías se los llevaron presos. Explicaron que los llevaban a la cárcel para protegerlos, pero en realidad los encarcelaban como un modo de mostrar que aún ejercían con los campesinos la autoridad que ya no podían ejercer con los guerrilleros. No pudiendo llevar presos a los guerrilleros que habían matado, tenían que contentarse con llevar presos a los campesinos que no se habían dejado matar.

En el patio, Toscano nos da la gran noticia:

—¿Sabes las últimas? David se ha fugado.

—¿Qué?

—Eso. David Fresno se fugó al mediodía de hoy. Dejó plantado al guardián que lo cuidaba. Una muchacha le facilitó la fuga, llevándoselo en un Ford.

El dato de la muchacha basta para que nadie dude. Todos reconocemos a Nancy en la muchacha del Ford.

Pasados los primeros momentos de sorpresa, cada cual comenta la fuga de David a su manera.

—Nunca me imaginé que fuera capaz de hacer eso —dice el Honorable Gordo Tudela.

—Afuera la libertad se está poniendo tan mal que le está quitando el oficio a la cárcel —sentencia Míster Alba.

Yo estoy perplejo. No me explico cómo David no me hizo partícipe de los proyectos de fuga.

Después de tres horas largas de vagar por el patio hablando de los campesinos y de la fuga, regresamos a la celda. Nuestra sorpresa no es poca cuando encontramos allí a David. Lo primero que hace es entregarme los libros y decirle al Honorable Gordo Tudela que habló con su mujer. El Honorable lo toca varias veces en los hombros y en los brazos, para convencerse de que no es un espectro. David pide explicaciones.

—¿Por qué tanta sorpresa?

—Nos informaron de que se había fugado —digo yo.

—El que se fugó fue el guardián.

—¿El guardián?

David nos explica que mientras él estaba con Nancy, el guardián se emborrachó. Vendió el revólver para acabar de emborracharse. Después se dio a la fuga. Cansado de esperarlo, David resolvió volver solo a la cárcel.

—Nancy me trajo en el Ford —concluye.

—¿Desde cuándo tiene Nancy un Ford? —pregunta Míster Alba, con su más refinado acento de malevolencia.

—¿Qué le importa? —pregunta David a su vez.

Para no dar lugar a que riña con Míster Alba le pido a David que nos cuente lo que lograra averiguar sobre la situación del país.

—Los guerrilleros siguen robando y matando —asegura David.

—Llevan quince años en eso —afirma Míster Alba.

—Ahora dicen que están dirigidos por los comunistas.

—¿Y el Ejército? ¿Y la Policía? ¿Para qué son las fuerzas del orden? —pregunto yo.

Míster Alba habla así:

—Los guerrilleros están bien armados. Por lo tanto, son peligrosos. Para las fuerzas del orden, como usted las llama, es mejor vigilar las cárceles, donde los presos están desarmados. Por estar cuidando los presos las fuerzas del orden no tienen tiempo de enfrentarse con los guerrilleros.

Luego, David empieza a hablar de Nancy. Nos cuenta lo que habló con ella. Su voz está llena de Nancy. Sus labios están hinchados de besos de Nancy. Nunca lo he visto tan feliz como hoy. Si esta noche tuviéramos luna, esta noche David no escupiría a la luna.

Entonces tiene lugar uno de aquellos diálogos inolvidables en los que aquellas dos inteligencias confinadas restallan en la torre de marfil de la celda con la vibración de los látigos.

David recuerda a Nancy:

—Almorzamos juntos, en su casa. La mesa estaba adornada con flores de cebolla, unas flores blancas que tienen la virtud de ponerle una pizca de aroma al apetito. Comimos pollo con delicia española. Nancy destapó una botella de vino de Rioja, un vino cálido y espeso, que sabía a sangre de mariposa.

—Por favor, podría decirme... —empieza a decir Míster Alba.

—¿A qué sabe la sangre de mariposa?

—Eso lo sé muy bien. En el Amazonas me embriagué con ella muchas veces. Beber sangre de mariposa es como beber arco iris pasado por licuadora. La sangre de mariposas es un licor de colores, como las alas de las mariposas. No necesito que me explique cuál es ese sabor de colores. No. Yo quiero saber humildemente en qué consiste la delicia española.

—Es un plato a base de macarrones italianos, carne argentina molida y maíz venezolano. Es un plato típico colombiano, de origen chino, popularizado por los norteamericanos con el nombre de delicia española.

El día ha estado tan agitado que para dormir he tenido que silbar a los muertos. Me duermo contando los muertos que llegan, brincando, uno a uno, a través de las rejas, por la ventana de la celda.

JUEVES. NOVIEMBRE 19

En la prisión pasé los tiempos más fecundos y más libres de mi vida.

JAWAHARLAL NEHRU

Después de pasar varios días tratando de escribir algo, Míster Alba ha renunciado dramáticamente a ser un novelista. Tras de revisar, releer, tachar, y volver a escribir, para borrar de nuevo, al fin ha reconocido que en su vida intelectual no puede pasar de ser un orador de feria o un insuperable contertulio de celda de prisión. Con furia mal disimulada, Míster Alba quema las naves enfrente de todos, rompiendo todos los papeles en que ha estado trabajando durante toda una semana.

Para desagraviarme por haber puesto en evidencia su fracaso, Míster Alba accede a que yo revise las hojas sobrevivientes de su vasto archivo confidencial. Hay algunas que se reserva, por razones desconocidas, aunque explicables en un hombre tan complicado como él. Las demás me las entrega sin vacilar. Forman un legajo bastante grueso, que yo leo con interés creciente y con bastante rapidez.

El legajo contiene apuntes, paradojas, pensamientos, sofismas, toda una filosofía del sufrimiento y del cinismo, acumulada y macerada en varias cárceles y en muchos años de delito y cautiverio. La mayor parte del material, revelando mucho talento, es, sin embargo, impublicable. Míster Alba es autor para hombres con más de cuarenta años de cárcel. Pero hay algunas cosas del archivo confidencial que son razonablemente aceptables y que pueden o merecen destacarse y conservarse.

La siguiente selección de frases célebres de Míster Alba muestra una vértebra común. Por eso la salvo para ser intercalada en el diario, con mucha complacencia de mi parte y con la benevolencia del autor. Y ello porque el hilo que une estas ideas es el tema que a mí mismo me obsesiona: la libertad, la justicia, la cárcel.

«No comprendo cómo Braulio Coral ha podido sobrevivir a dos matrimonios. El hombre que se casa es un hombre desarraigado de sí mismo. Casarse es talar por la raíz nuestro árbol genealógico».

«En la cárcel, los pájaros odian a Óscar. Con su barba marxista y su pierna de palo. Óscar no es para los pájaros un hombre, sino un espantapájaros».

«En la cárcel no hay nada más mentiroso que la verdad».

«¿Por qué será que al matar jamás nos acordamos de que somos cristianos?».

«Roma es la escuela del equilibrio. Nos enseña el Derecho, pero nos enseña también a manejar el hacha».

«El director de la cárcel suscribe los contratos de la alimentación de los presos

reservándose para sí una comisión de diez más diez, o sea el veinte por ciento. A esto sus cómplices lo llaman operación de altas matemáticas. Altas matemáticas es el arte de demostrar que ciento es ciento veinte, menos diez más diez, o sea el veinte por ciento».

«Para un condenado a muerte no hay nada más cómico que la partida de defunción del verdugo».

«David Fresno dice que yo soy un cínico. No lo creo. El cinismo sólo florece bajo la libertad. Dos ejemplos de cinismo los dan el verdugo que se deja ahorcar y la mujer que le pone los cuernos al torero».

«Ser criminal es muy fácil. Pero no hay nada más difícil que ser prisionero. Un ligero desliz en la investigación, una argucia sutil del abogado, una interpretación acertada o torcida de la ley, y ya está rota la fecunda posibilidad de la cárcel. Un preso no es exclusivamente un hombre que ha delinquido. Un preso es un hombre que ha quedado libre de la policía».

«Dios es demócrata. No retiene el poder para sí, sino que lo distribuye a través de una trinidad ministerial benevolente, Padre, Hijo, Espíritu Santo, que nos da pan, libertad y milagro. Preso, no luches contra Dios. Dios es tres personas distintas. La lucha es desigual».

«La cárcel es la prueba de la libertad. Soy libre, luego puedo estar prisionero».

«No conozco hipocresía más estúpida que la de los escritores que escriben la palabra puta poniendo la inicial y tres puntos suspensivos».

«Esos moralistas inmorales se quedan con el pecado y sin el género. El siglo de oro de las letras castellanas corresponde al período en que los escritores escribían la palabra completa. La época de decadencia de la lengua española es la edad en que los escritores resolvieron afeitarse a la palabra las tres últimas letras. La diferencia entre un Cervantes y un Ricardo León consiste en eso. Para el genio, la prostitución es nada menos que una humillación humana que condena a todos los llamados. Para el clásico, la prostitución es nada más que un oficio reproductivo que apenas avergüenza a los escogidos. El académico no es capaz de escribir la palabra puta. Cervantes sí. Yo estoy con el genio y con la verdad, es decir, estoy con la prostituta entera».

«En los momentos de depresión yo pienso aquí que la patria es el lugar donde somos libres de hablar mal de los demás. Pero de cuando en cuando, a la celda llegan también ráfagas de solidaridad humana. Comprendo entonces el dolor del destierro, porque comprendo entonces lo que es la patria. La patria es no estar solo».

«¿Qué es la justicia? ¿La plebe que salvó a Barrabás? ¿El Consejo de Guerra que condenó a Dreyfus? La justicia cojea, pero llega tarde. Según Antón Castán, la justicia camina tan despacio, que envejece en el camino. Cuando llega nadie la reconoce, porque llega convertida en injusticia. La justicia es como el guerrero chino

que luchaba por la vida de un emperador cuya dinastía había terminado hacía mil años».

«En *Mis prisiones*, Silvio Pellico cuenta que en la cárcel podían fusilar al preso sin consultar al Emperador, aunque para cortarle al preso una pierna con gangrena había que consultar necesariamente al Emperador. Pellico cuenta también que el Emperador era muy sentimental. Tenía centenares de presos políticos, pero se ponía muy triste cuando veía un preso. Esto me recuerda que antes de entrar en la cárcel, yo conocí también un policía sentimental. Frente a un edificio en construcción disparaba contra un obrero que estaba encaramado en un andamio. Después de disparar, el policía se tapaba los oídos, para no sufrir con el golpe del cuerpo que iba a destriparse contra el cemento de la ley de gravedad».

«Sé vivir con poco, y lo poco que necesito lo necesito muy poco, dijo san Francisco de Asís. Sé vivir con poco, y lo poco que necesito sé ganármelo, dijo Pitigrilli. Sé vivir con poco, y lo poco que necesito sé robármelo, dijo Antonio Toscano».

«Hay que leer los libros prohibidos por la censura, por toda censura, no para juzgar el valor de los libros, sino para apreciar la estupidez de toda censura».

«El hombre es un preso que huye».

«El escudo de Colombia dice: Libertad y Orden. Libertad y Orden es un lema patriótico perfecto. En la cárcel se traduce así: Libertad para matar primero y Orden para huir después».

«Papini dice que las palabras son la cárcel de la poesía. En busca de la poesía de la libertad, echo a vagar mi pensamiento por un camino imaginario y todo lo que encuentro a mi paso implica un instrumento de opresión. El yugo de la yunta. El alambre de púas de la sementera del labrador. El cauce del río. La camisa de fuerza del hospital. El fusil del centinela. La fusta del domador. El internado de la escuela. El freno del caballo. La calle del transeúnte. La ciudad del ciudadano. Todo es opresión. El timón del automóvil en que viajo no es libre. Si fuera libre sólo serviría para estrellar el automóvil. La fotografía que me sacan no es libre. Si fuera libre, podría escaparme del retrato. En el camino, las flechas que señalan la libertad de moverse, marcan también la gran restricción de la libertad de tránsito: indican la prohibición de caminar hacia atrás. Llego por fin a la iglesia y dejo a la puerta a mi carcelero de camino, el ángel de la guarda. Aquí, por fin, me siento libre. La iglesia es el único sitio donde el hombre es completamente libre, y eso porque en la iglesia el carcelero es Dios».

«En la novela policiaca no hay presos. En la novela policiaca sólo hay fugitivos. La cárcel acaba con todos los misterios. Un fugitivo es un preso que aún no ha tropezado con la verdad».

«El drama de la justicia consiste en que la libertad de matar lleva consigo la

libertad de esconderse de la policía y la libertad de mentirle al juez».

«Detesto los refranes. Sin embargo, hay algunos que en la cárcel me obligan a pensar. *El que con lobos anda, a aullar aprende*. Este refrán indica la fuerza del mal. En cambio, no se puede hablar de la fuerza del bien. El que anda con inocentes no se contagia con la inocencia. La inocencia no se enseña ni se aprende».

«Los muros de la cárcel me desconciertan. ¿Se levantaron estos muros para defender a la libertad de la amenaza de los presos, o, por el contrario, para preservar a los presos de los peligros de la libertad? En todo caso, no puedo negar que padezco la voluptuosidad de estos muros. Si para el vagabundo la patria es el sol, para mí la patria es la cárcel».

«En la cárcel, donde la lectura de Marx estaba prohibida, Óscar pronunció una vez un sermón contra el comunismo. La elocuencia del cura renegado era tan comprometedora que inspiraba la idea de escapar de la cárcel para leer a Marx».

«En la cárcel empiezo a interesarme por la libertad. La libertad lleva en sí misma un germen de prisión. Estar en libertad es como galopar en tiovivo. Está uno en constante movimiento, vuela casi de tanto movimiento. Pero no puede uno bajarse del caballo del tiovivo sin exponerse a caer en el suelo de la cárcel».

«La falla de la reforma carcelaria consiste en que casi siempre se ocupa de la cárcel y casi nunca del preso. La reforma carcelaria procede como el crítico miope que frente al cuadro de Goya se conmueve con el sofá y se olvida de la maja desnuda».

«El preso valiente es un hombre cobarde para correr. En la cárcel, ser valiente es no tener las piernas en su sitio».

«En una cárcel de Panamá conocí a un norteamericano que soñaba con poseer una escalera eléctrica para subir a los árboles. Decía que sólo así podría practicar el retorno a la naturaleza».

«El reloj de la cárcel no parece fabricado para señalar la hora, sino para promover un estallido. El reloj de la cárcel tiene un sonido tétrico. Tiene un sonido de reloj de bomba de tiempo».

«Desde que murió la rata, la cárcel está llena de arañas. Esta noche saldremos de caza. Estamos organizando un safari de tarántulas».

«De Mercurio se dice que tenía un seno frío y otro caliente. Gracián habla de la mujer que tenía una mejilla llena de vida y otra mejilla llena de muerte. En Cartagena de Indias yo conocí a una mulata que era el símbolo más hermoso de la integración racial: podía fraternizar con cualquiera, en el sur y en el norte, en oriente y occidente, porque tenía un seno blanco y otro negro».

«Llora como lloramos en la cárcel, donde lo mismo el día que la noche están reservados para el llanto. Así dijo Oscar Wilde. En nuestra cárcel, escribir es nuestro modo de llorar. Escribir es llorar nuestra impotencia. En nuestra cárcel, escribir es un

silencio lleno de palabras mudas, mojadas con lágrimas».

«La única realización completamente democrática de la humanidad no es la fosa común, sino la celda común».

«En la celda, leer y dormir es mi oficio. Duermo donde me encuentra el sueño. Leo donde me sorprende el libro».

«Antón Castán me hace pensar que el preso que escribe un libro nunca es inocente».

«He conocido a un hombre que está condenado a 220 años de prisión. Me da pena ese pobre, condenado a la inmortalidad».

«El guardián justifica al preso como el sacerdote justifica al pecador. El guardián es un preso que está encerrado en la celda por el lado exterior. La carrera administrativa es la cárcel perpetua del guardián. La cárcel es un río con un puente, y en ella el guardián es el puente, y el prisionero es el río».

«En la cárcel hay un preso que demuestra que América es para los americanos. Su pelo es de raza blanca. Su sangre es de raza azul. Sus ojos son de raza amarilla. Sus labios son de raza negra. Su piel es de raza verde. Este hombre de América no tiene un árbol genealógico, sino un bosque genealógico».

«Desde la celda, vigilo medio mundo. Aunque soy un lince, soy un tuerto. Veo muy hondo y veo muy lejos, pero apenas veo la mitad».

«En la cárcel tenemos tiempo para todo. Tenemos tanto tiempo, que hasta podemos darnos el lujo de matar el tiempo».

«Antón Castán es el cronista de la cárcel. Visto de otro modo, es el poeta de las flores artificiales».

«En el hombre, la libertad es la marca de fábrica de Dios».

VIERNES. NOVIEMBRE 20

Aparte de los asesinatos que había cometido, Burke era un hombre muy decente.

GEORGE MIKES

Muy temprano recibimos la noticia de la muerte de Óscar.

—¿De qué murió? —le pregunto al guardián.

—De viejo —explica el guardián—. Estaba sano, pero no salvo. Amaneció muerto en la cama.

—¿Lo entierran hoy?

—Lo entierran ya. A los presos hay que enterrarlos con rapidez.

No comprendemos por qué nos dice eso el guardián. Éste es uno de esos misterios de la vida que nunca nos es posible desentrañar. Cuando el guardián se va, Míster Alba habla de Óscar con el Honorable Gordo Tudela. Éste hace la pregunta que entre nosotros se hace siempre respecto a los compañeros cuyo nombre se menciona.

—¿Por qué estaba preso?

—Por mascar chicle.

—¿Es delito mascar chicle?

—No. Pero usar la goma para pegarse esmeraldas en la barba y pasarlas de contrabando a Venezuela sí debe de ser delito cuando por eso lo trajeron aquí.

—Por lo menos, dejen en paz a los muertos —pide David.

Míster Alba explica que a Óscar le dio por viajar a Venezuela con mucha frecuencia. Unas veces decía que iba a estudiar el folklore musical del Táchira. Otras, que iba a buscar un hermano que emigró a Venezuela en tiempos de la dictadura del Benemérito Juan Vicente Gómez. Los viajes frecuentes hicieron entrar en sospechas a las policías de los dos países. Lo agarraron en San Cristóbal, con sus cómplices venezolanos. Se puso en claro entonces que Óscar pasaba las esmeraldas colombianas a Venezuela por el sencillo procedimiento de esconderlas entre la espesa barba, pegándoselas allí con restos de goma de mascar. Ocupada en examinar la pierna de palo, que en un presunto contrabandista es un elemento altamente sospechoso, la policía descuidaba la barba de Óscar, que era un nido de esmeraldas escrupulosamente envueltas en la naturalidad varonil de la mata de pelo.

Míster Alba se sienta, escribe una nota, llama al guardián y le dice:

—Por favor, lleve esto al señor director.

Cuando el guardián se va, todos nos quedamos esperando que nos explique de qué se trata. Míster Alba accede a este deseo presente, aunque inexpresado.

—Le pido al director que entierre a Óscar sin la pierna de palo. Le sugiero que construya en el patio principal un monumento al preso desconocido, es decir, al preso no identificado. Ningún símbolo mejor para el monumento que la pierna de palo de Óscar.

Yo callo, no por lo que me toca en relación con esa pierna, sino porque por primera vez me parece descubrir en Míster Alba algo que no funciona muy bien en su cabeza. Me parece además que David piensa lo mismo que yo. Pero yo no digo nada. Observo a Míster Alba. Encuentro que su rostro, surcado por cavernas de palidez cadavérica, corresponde precisamente a mis suposiciones. Pero esta crisis reflejada en su semblante dura muy poco. Míster Alba vuelve a hablar de Óscar.

—Era un preso común. No pasará a la inmortalidad.

—Ningún preso pasa a la inmortalidad —afirma el Honorable Gordo Tudela.

—Su ignorancia me conmueve. Pero no me sorprende. La cárcel está llena de presos famosos en la historia de la humanidad.

—Yo el único preso famoso que conozco es el Conde de Montecristo —dice el Gordo.

Míster Alba lo aplasta con la mirada y habla así:

—No me sorprende que sus conocimientos no hayan logrado sobrepasar el regazo mental de Dumas padre. Le daré una lección de ilustre historia carcelaria. Presos distantes, de las más variadas condiciones, relacionados todos con la evolución del pensamiento y del sentimiento humano, han sido Sócrates, San Pedro, Dante, Galileo, Cervantes, Servet, Moro, Napoleón, Robinson Crusoe, Dreyfus, Dostoievski, Gandhi, Malaparte, Albizu Campos. Y que me perdonen otros presos famosos que hoy no puedo citar, ya que no voy a presentarle ahora una estadística de presos más o menos inmortales, más o menos literarios. Tampoco voy a referirme entre ellos a los que murieron en la cárcel. Sólo quiero llamar la atención hacia el hecho de que la fama de ciertos presos está íntimamente relacionada con la inutilidad patente de la pena de la cárcel. A Silvio Pellico lo metieron en sus prisiones y en la celda se convirtió en monje, lo cual es el colmo de la piedad, porque es ir demasiado lejos en el camino de la mortificación. A Oscar Wilde lo encerraron y en el encierro escribió la balada de la cárcel, que fue la fachada con que la mente genial quiso disimular en la carne los vicios que seguían creciendo pero que ya no gritaban. A Caryl Chessman lo mataron varias veces y lo perdonaron otras tantas, sólo para descubrir, después de cada intento frustrado de eliminación, que su tierno corazón de asesino estaba cada vez más empedernido en el crimen. Los presos inmortales demuestran que la cárcel no sirve para nada, o sirve para muy poco. La cárcel sólo es una solución para los que no saben leer ni escribir. No les corrige el alma, pero les despeja la mente o les educa la mano, porque los enseña a leer y escribir.

Yo le interrumpo:

—Una objeción, con todo respeto, Míster Alba. Robinson Crusoe no estuvo preso. Por el contrario, es la prueba más ardiente de la independencia del espíritu y de la libertad humana.

—Robinson Crusoe es una prueba de libertad para los demás. Para sí mismo, es el más miserable de los prisioneros. Un día, Robinson puso preso a Robinson y lo confinó en una isla. Si este aislamiento voluntario, si esta vocación de colonia penal no constituye la más alta expresión del espíritu de cárcel que todos llevamos dentro, yo no sé qué será la libertad, yo no sé qué será la cárcel.

El Honorable Gordo Tudela murmura filosóficamente:

—Descansemos del tema. Ya me estoy aburriendo de hablar de presos.

—¿De qué quiere que hablemos? —pregunto yo.

—Hablemos de cárceles.

Míster Alba no se hace de rogar. Conversa con la elocuencia de costumbre:

—Los nombres de las cárceles siempre me han deslumbrado. Conozco una cárcel del país que se llama La Concordia. Conozco otra que se llama la Cárcel Modelo. Esto parece una ironía: concordia y modelo, dos palabras de amor y de ejemplo. Sin embargo, en esto nos quedamos muy atrás de la poesía carcelaria universal. Oigan ustedes este collar de piedras preciosas que son los nombres de las cárceles más famosas del mundo: Isla del Diablo, Regina Coeli, Auschwitz, La Santé, Ocaña, Núremberg, Sing-Sing. ¿No se conmueve el alma con tanta belleza?

David lo interpela:

—¿Qué quiere que hagan? ¿Que supriman las cárceles? La gente decente tiene que defenderse.

—Usted lo ha dicho —afirma Míster Alba—. Cuando no haya gente decente no habrá cárceles. No dude de que en lo futuro habrá un mundo sin cárceles.

—¿Y los criminales? ¿Todos los hombres serán criminales? ¿Dejará ese mundo sueltos a los criminales?

—Tampoco habrá criminales.

—¿Se volverán buenos los hombres de la noche a la mañana?

—No. Pero cambiará el concepto de lo que es bueno y de lo que es malo.

Cuando empiezan en la celda, estas discusiones nunca acaban. Yo me pongo a leer hasta que llega la hora de salir al patio.

En el patio, David invita a Míster Alba a examinar de nuevo la parte del diario que estoy escribiendo y que ellos no conocen. De ese modo, cuando regresamos de nuevo a la celda me pongo a leer en voz alta. Leo hasta el capítulo anterior. Al terminar, los ojos me arden, no tanto por el ejercicio prolongado de la lectura como por ciertas partes de la obra que tratan directamente de mi manera de proceder con Leloya.

—Lo de la muerte de Leloya está bien —dice Míster Alba—. Pero al lector le

gustaría saber algo más. Le gustaría saber por qué mató a Leloya. En todo el libro eso es lo que importa. Al lector le va a gustar la muerte de Leloya, pero va a encontrarla un poco prematura.

—El lector va a tener que contentarse con lo que tengo escrito y como lo tengo escrito —digo yo.

—¿Podría darme a conocer la primera parte? —pregunta el Honorable Gordo Tudela.

—Tendrá que esperar a que el libro se publique. Además a usted no le interesa la primera parte. Usted no figura en ella.

Como David no emite ninguna opinión yo le pregunto:

—¿Le gusta?

—Sí. Pero la estrella del libro no es usted, sino Míster Alba.

—La estrella es nuestra celda. Personalmente yo no pretendo ser el primer actor —afirmo.

—En cuanto a mí —dice Míster Alba— he mejorado notablemente en los últimos capítulos. Ya no parezco un payaso, sino un filósofo que habla. Por lo menos la pintura reciente me hace justicia, porque me aproxima más a la realidad.

David me hace algunas indicaciones sobre pequeños errores de procedimiento que yo prometo corregir. El Honorable Gordo Tudela me pide que ponga un poco más de énfasis en su aspiración de volver a ingresar al cuerpo de detectives cuando salga de la cárcel. También yo prometo hacerlo, aunque David le indica que para eso mejor es que obtenga una recomendación del director de la cárcel.

Pero quien hace las objeciones críticas de fondo es Míster Alba:

—Eso de citar una frase distinta, de un autor diferente, al principio de cada capítulo, me parece un exceso de pedantería cultural o un muestrario de buenas relaciones literarias.

—Para mí es todo lo contrario —sostengo yo—. Es un gesto de humildad encaminado a reforzar mis convicciones sobre la libertad con la opinión de algunos hombres eminentes que han escrito también sobre la libertad.

—Yo de usted eliminaría las citas y me quedaría solo. Mejor solo que mal acompañado.

—¿No dice que no le gustan los refranes?

—No me gustan. Los desprecio. Por eso los uso. Usarlos es mi modo de despreciarlos.

—En todo caso, no eliminaré las citas.

—¿Por qué se empeña en ese capricho?

—Por una sola razón. Porque me da la gana.

Esta razón debe de ser suficiente, pues Míster Alba no insiste.

El Honorable Gordo Tudela anota:

—Ese tal Braulio Coral, que tenía antes el puesto que yo ocupó ahora en la celda, no parece persona de mucho brillo.

Míster Alba contesta:

—El puesto de Braulio, que usted llena ahora, pertenece a la galería. Lo tenemos reservado para el público que aplaude. Es el puesto del escudero. El privilegio de ser geniales nos lo repartimos entre los otros tres.

David añade:

—Braulio Coral no tiene brillo, lo reconozco. Pero tiene arrastre, es decir, esa condición milagrosa de atraer y domar que tienen por lo común los toreros y las toreras. ¿Saben ustedes lo que logró Braulio al salir de la cárcel? Lo supe por Toscano en el patio. Es una hazaña increíble. Logró conciliar a las dos mujeres que antes lo acusaron y trajeron a la cárcel. La bigamia ha dado sus frutos. Ahora vive con ambas mujeres. Y algo más. Ambas son felices repartiéndose su amor.

Con su sarcasmo habitual, Míster Alba vuelve a la crítica de lo que acaba de leer:

—Hasta donde yo entiendo, jamás se había escrito un libro tan completo. Según el autor, es una historia en forma de diario. Según David, es un drama, como la vida, donde todos representamos un poco. Según mi opinión, que no es de ninguna manera una opinión humilde, es una novela. Quizá sea todo eso. Quizá no sea ninguna de las tres cosas. Pero la obra muestra una ventaja de última hora. Después de lo que Antón escriba hoy, el libro ofrecerá otra originalidad. Llevará en sí mismo su propia crítica literaria. De este modo dejará sin oficio a los caníbales que en las revistas y los periódicos, entre sorbo y sorbo de café colombiano, se alimentan con tiras de pellejo de los cadáveres ajenos.

SÁBADO. NOVIEMBRE 21

El Presidente ve muy claras las cosas y con madura reflexión escribe la lista de los insurgentes que merecen ser decapitados.

GERMÁN ARCINIEGAS

En el patio, David me enseña a un asesino famoso. Lo llaman Lombroso porque tiene cara de ángel. Este hombre no inspira miedo, sino horror. Al frente de una cuadrilla de bandoleros asaltó un pequeño pueblo y asesinó a sangre fría doce seres defensos e indefensos: tres monjas, seis policías, dos niños, un retrasado mental.

Mirando a Lombroso, Míster Alba me dice:

—Los asesinos empiezan a llegar. Los asesinos ya no dejan en paz ni siquiera la cárcel.

—Pronto lo pondrán en libertad por falta de pruebas —le dice David a Míster Alba.

—A este tipo de asesinos no debieran molestarse en detenerlos o en juzgarlos.

—¿Qué se podría hacer con ellos?

—Borrarlos de la geografía, dondequiera que los encuentren. Ellos están en guerra con la ley. La ley no puede enfrentárseles por medio de la justicia. Sólo puede enfrentárseles haciéndoles la guerra.

—Si hacen eso, el país entero se levantará a defenderlos, en nombre de la justicia.

—En nombre de la justicia se puede defender a los vivos, pero no a los muertos.

—A mí este hombre, como todo condenado, me da lástima.

—Por eso está la cárcel como está —concluye Míster Alba—. Por mi parte, yo sé administrar mi compasión. Comparto todos los dolores del mundo. Me subleva el dolor del penado, pero me subleva también el dolor de la víctima.

Después de meditar un momento, Míster Alba me dice:

—Con este preso y este asalto se enriquece mucho la galería de muertos de su libro.

—Estos muertos de la libertad me afectan de otro modo —digo yo—. Es como si yo mismo los hubiera matado.

—En ese sentido, yo estoy tranquilo —sostiene Míster Alba—. Sólo me siento responsable de mis propios crímenes.

—A mí estos muertos me pertenecen —insisto—. Desde hoy estos muertos entran a formar parte de mi familia de muertos. Desde hoy estos muertos son los deudos de mi vida.

David y Míster Alba siguen discutiendo luego sobre las guerrillas. Según Míster Alba, las guerrillas, que empezaron en el país en 1948, han pasado por varias fases categóricas. La primera fue de carácter político, mostró un aspecto romántico y tuvo algo que ver con la lucha del hombre por la libertad. La segunda pertenece inequívocamente al delito común, y se relaciona con el desequilibrio en el progreso del país, donde a tiempo que la justicia permanece subdesarrollada, el crimen alcanza su más alta perfección técnica. La tercera corresponde al aprovechamiento de dicha situación de deterioro moral por la intervención comunista dirigida desde Cuba. De acuerdo con ésta teoría de Míster Alba la cadena tiene remaches fuertes. Del delito político interno de la subversión del orden establecido se pasó al delito común del asalto en cuadrilla de malhechores y de éste al delito internacional de la agresión extranjera.

Hasta dónde es cierto todo esto, yo no lo sé. Lo único que sé es que a los tres períodos los identifican la atrocidad parecida y la saña análoga, como también la inutilidad repugnante del crimen sistemático. Lombroso es el mensaje que las guerrillas nos envían a la prisión. Así como afuera ellas casi han acabado con la libertad, también nuestra adorada cárcel empieza a estar amenazada por la insensata presión de esta oscura corriente de violencia. Al indicar lo anterior a Míster Alba y a David, termino diciéndoles:

—De todos modos, no nos quejemos. Éstos son los signos de la época. Pocos son los países que escapan en nuestro tiempo a este terror demente.

—El que otros países padezcan males semejantes no justifica que el nuestro siga tolerándolos —dice David.

—Además, el mal de la violencia es peor aquí que en cualquier otra parte —observa Míster Alba—. Todos los periódicos del mundo hablan de nosotros. La violencia nos ha puesto de moda. En este sentido, no creo que debamos molestarnos porque en el mundo se divulgue la verdad. Los países se conocen por lo que producen y la violencia es nuestra mejor industria nacional de exportación.

Yo pretendo rebatir esta opinión, pero Míster Alba corta toda posibilidad de polémica expresando lo que sigue:

—Lo que estamos hablando no tiene nada que ver con la cárcel. La violencia es un fenómeno típico de la libertad. La cárcel sabe vivir en paz.

—¿Y el motín? —pregunta David.

—El motín de la cárcel no fue un acto de violencia sino una huelga de la disciplina —afirma Míster Alba.

Más tarde, en la celda, seguimos hablando de la inseguridad nacional proveniente de las guerrillas y de la inestabilidad general derivada de la crisis económica. En la cárcel, el tema de las guerrillas está a la orden del día. David asegura que fuera de la cárcel la gente estima que la situación es tan mala que existe el peligro de que se

establezca un gobierno militar.

—Desde que tenía cinco años estoy oyendo quejarse a la gente de mala situación económica y de peligro de golpe militar —dice Míster Alba.

—¿No cree usted ahora en ese peligro? —pregunto yo.

—En primer lugar, no es un peligro. Puede ser una solución. En segundo lugar, los golpes militares se producen siempre por alguna razón. Un gobierno bueno es un gobierno fuerte contra el cual no pueden los golpes militares.

—No sabía que era usted militarista, Míster Alba.

—No soy militarista. Observo las realidades, que es otra cosa. Los golpes militares del pasado, cuando cualquier coronel audaz se alzaba con el poder y se dedicaba a robar desde él, son cosas del pasado. Hoy los golpes se producen por ineludibles exigencias nacionales.

—Oigan al prócer de la libertad —dice David.

—Que los militares desalojen del gobierno a un hombre honesto y competente es y será siempre un crimen. Pero que desalojen a un inmoral o a un inepto me parece un ejercicio democrático tan respetable como el de quien por medio de los votos alcanza el poder para dormir o medrar en él. No siempre el voto es la garantía del acierto para quien elige o es elegido.

—Según Míster Alba, el sufragio popular puede ser sustituido por el sufragio del puñal —insiste David.

—No soy militarista —afirma de nuevo Míster Alba—. En general, todos los presos somos civilistas. Pero no acepto tampoco esa democracia que cree tener todos los derechos solamente porque se equivoca en las urnas. El militar que asalta el poder no es menos despreciable que el político que asalta los votos o que el gobernante que por medio de los votos se empeña en permanecer en el gobierno. Entre dos bandidos, prefiero al que está educado para el orden. Si el patriotismo se refugia hoy en la cárcel de los cuarteles, la culpa no es de la cárcel, sino de los hombres libres que no pueden ejercitarlo u honrarlo. Si la democracia se refugia hoy en la cárcel de los cuarteles, la culpa es solamente de los que fuera de ella se han encargado de envilecerla y desacreditarla.

Este tema pone furioso a David. Para no participar en la discusión va a la ventana y se dedica a observar el patio. Míster Alba comenta:

—He demostrado lo que quería demostrar. No estoy de acuerdo con mis propias palabras, pero he demostrado con esto que David es demócrata hasta en eso de eludir la defensa de la democracia.

Entre Míster Alba y el Honorable Gordo Tudela se desarrolla en seguida un diálogo muy rápido que no puedo captar completamente.

—Entre las armas y las letras, ¿por cuáles está usted? —pregunta el Gordo.

—La lucha ya no es entre las armas y las letras. Las letras se entregaron.

Sucumbieron cuando los militares descubrieron que podían aprender a leer. La lucha es ahora entre las armas y las masas. La lucha es ahora entre los militares y los analfabetos.

—Entre esos dos extremos, ¿por cuál está usted?

—Entre esos dos abismos, no me queda más remedio que ser neutral.

—¿Cree usted que algún día podremos acabar con los militares? —pregunta el Gordo.

—Los militares no se acabarán nunca —responde Míster Alba.

—He leído en una revista que en el mundo moderno los militares ya no se necesitan.

—Los militares se necesitarán siempre.

—¿Para qué?

—Para hacer la guerra.

—¿La guerra contra quién?

—¿Contra quién ha de ser? La guerra contra los comunistas. La guerra para protegernos de los comunistas.

—¿Y de los militares quién nos protege?

—Los otros militares.

El Gordo duda un momento, pero vuelve a la carga:

—A mí me gustaría que los ejércitos licenciaran sus tropas, que los cuarteles se convirtieran en escuelas, que se eliminara el servicio militar obligatorio, que el presupuesto de guerra se dedicara al fomento del cultivo del trigo.

Míster Alba dice:

—Contésteme a esta pregunta: si acabáramos con los militares, ¿qué haríamos con las armas?

El Gordo vacila un poco. Al fin no puede contestar. Cuando todavía está dudando, la puerta de la celda se abre. De nuevo, tres guardianes armados forman una coraza de fusiles y bayonetas en torno a un grupo de personas. Esta vez se trata de dos damas, una vieja muy fea y una joven muy bonita, y de dos hombres que tienen cara de carceleros jubilados.

—Si no me equivoco —dice Míster Alba—, tenemos el honor de recibir otra visita de la Sociedad de Amigos de la Cárcel.

—No precisamente —afirma un guardián.

Uno de los desconocidos, un hombre pequeño y calvo, habla a continuación:

—Esta vez se trata de una iniciativa personal del director de la cárcel, destinada a promover la alegría de los presos.

—¿La alegría? —pregunta el Honorable Gordo Tudela.

—Sí. El director, justamente alarmado por el estado de abandono de nuestra cárcel, ha tenido la feliz iniciativa de traer a los detenidos un poco de alegría. Esta

campaña cuenta con el patrocinio de los Ministerios de Justicia y Educación Nacional. Pasaremos películas sobre la Pasión del Señor. Dictaremos conferencias sobre la vida de los grandes músicos alemanes. El problema de las cárceles es primordialmente un problema de educación. Pero lo que acabo de enunciar forma parte de los proyectos del futuro.

—¿Podríamos saber en qué consisten los proyectos del director para el presente?

—Para el presente —sigue diciendo el calvo—, el director ha resuelto organizar un concurso de belleza.

—Es una buena idea organizar un concurso de belleza entre los presos —dice David.

—No es entre los presos —rectifica el calvo.

—¿Entonces es entre las presas?

El calvo no le presta atención a David y sigue diciendo:

—Por lo pronto, aquí tienen la candidata. Se llama Mercedes. Cuando sea elegida, su nombre oficial será Mercedes Primera, Reina de la Cárcel.

Nadie lanza en la celda un viva por la Reina, pero todos miramos a la candidata, que, como candidata, ofrece perspectivas físicas muy prometedoras. El Honorable Gordo Tudela pregunta:

—¿La señorita pertenece a la cárcel de mujeres?

—¿Por qué lo pregunta? —dice el calvo.

—Por lo que ha dicho aquí mi distinguido colega David Fresno. Para ser candidata de la cárcel pensé que sería así —explica el Gordo, un poco turbado.

—Pues no —asegura el calvo con mucho garbo—. La señorita es mecanógrafa. Es la secretaria del director de la cárcel. El director, además, es su padre.

Míster Alba acude en auxilio del Gordo, mirando a la señora de mayor edad y preguntando a su vez:

—Y esta digna señora, ¿quién es?

—Es la madre de la candidata —asegura el calvo.

—Creí que era candidata también —dice Míster Alba.

—¿Candidata? —murmura la aludida, evidentemente halagada por el cumplido de Míster Alba.

—Sí —dice Míster Alba—. Tiene usted cara de candidata. Podríamos proclamarla Reina de la violencia.

Visiblemente disgustada ahora, ella se dirige a su hija:

—Esto nos pasa por dedicarnos a hacer caridad con los presos.

El calvo no entiende lo que pasa o hace como que no entiende. En cambio, el hombre que lo acompaña tiene que hacer un esfuerzo muy grande para no echarse a reír. Saca un pañuelo y empieza a morderlo, mientras la candidata auténtica, la bonita mecanógrafa, le enseña a los presos las mejores expresiones cinematográficas de sus

dientes y de sus ojos.

Sin embargo, para que no se piense mal de él, el calvo deja constancia de su lealtad al director.

—Por lo menos, podrían ustedes respetar al director. Podrían mostrar que, a pesar de todo, tienen buenos sentimientos.

—Respetar al director, lo respetamos —dice Míster Alba—. Buenos sentimientos los tenemos. Pero los buenos sentimientos no podemos mostrarlos. Los buenos sentimientos no sirven para la novela.

—Yo no sabía que la cárcel era así —dice la señora de mayor edad.

Míster Alba suspira.

—La cárcel es la cárcel —dice—. Lo demás es Derecho Civil.

—Bien —murmura el calvo—. ¿Qué dicen ustedes?

—¿Qué quiere que digamos? —pregunta David.

—¿Les gusta la candidata? ¿No les gusta?

—Si se trata de eso, nos gusta —dice Míster Alba, interpretando muy acertadamente los sentimientos generales.

—Bien —concluye el calvo—. En esta celda, el plebiscito ha terminado. El plebiscito no puede ser mejor. Cuatro votos para Mercedes Primera. El director va a sentirse muy orgulloso, no sólo por el éxito de su hija, sino también por el resultado de las primeras elecciones verdaderamente libres que se hacen en la cárcel. No hay duda, será elegida por unanimidad. Señores, la fiesta ha concluido.

La fiesta se va, dejándonos solos y llevándose toda su alegría. Sin embargo, yo en ese momento me siento como se sentían los cautivos de la Edad Media cuando se decretaba la amnistía general con motivo del cumpleaños de la hija del Rey.

Todos esperamos de Míster Alba alguna de esas conclusiones filosóficas que él deduce siempre de situaciones como la que acabamos de pasar. Míster Alba medita, pero no habla. David le abre el camino para que hable.

—¿Qué opina de los reinados de belleza, Míster Alba?

—Los reinados de belleza son la versión atómica de la trata de blancas —dice Míster Alba.

David ríe y el Honorable Gordo Tudela comenta:

—En todo caso, su Majestad Mercedes Primera no está mal.

—No está mal —dice David—. Pero podría estar mejor sin la mamá. Con la mamá al lado yo no encuentro por ningún lado la alegría que quieren traerle a los presos.

—A las candidatas a reinas de belleza debieran prohibirles tener mamá —concluye Míster Alba.

David, Míster Alba y el Honorable Gordo Tudela permanecen hablando de reinados de belleza hasta que suena la campana. Según Míster Alba, siendo la

democracia el sistema político que nos permite suspirar por la Monarquía, los reinados de belleza son el modo en que los demócratas expresan su nostalgia de la esclavitud. El tema los lleva a hablar de los jurados que califican esa clase de concursos. Y los jurados los llevan a hablar de las audiencias públicas en que se juzga a los procesados.

No sé cuál de ellos propone entonces que en la celda se haga un proceso para juzgar la conducta de los presos durante el motín. Yo estoy muy cansado. No le prestó atención alguna a la estúpida ocurrencia. Pero los tres deciden iniciar un proceso para poner en claro la muerte de Leloya.

Ésta es la primera vez que oigo hablar de mi proceso.

DOMINGO. NOVIEMBRE 22

El asesino es el que queda muerto en el que ha matado.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Dirigiéndose a Mister Alba, el Honorable Gordo Tudela dice:

—Ante todo, organicemos el jurado. ¿Quién es el acusado?

—¿Quién ha de ser? Antón Castán. ¿Por qué lo pregunta?

—Lo pregunto porque cualquiera de nosotros podría asumir con éxito esa responsabilidad.

—Aquí se trata de la muerte de Leloya —señala Mister Alba—. El acusado es Antón.

—Mírele la cara a David. Su cara de acusado es intachable.

—No insista, Gordo. El acusado es Antón. No podemos arrebatarse ese honor.

El Gordo Tudela no se da por vencido.

—Que yo sepa, nadie vio cómo ocurrieron los hechos. En ese caso, la primera pregunta que debemos hacer es la siguiente: ¿Quién mató a Leloya?

—Esa pregunta estaría bien en una novela de detectives —dice David—. Pero no es una pregunta para un drama como éste.

—Aquí no vamos a averiguar quién mató, sino por qué mató —remacha Mister Alba—. Como acaba de indicar David, esto no es una novela de detectives. La cuestión es mucho más importante. No se trata de un caso de policía, sino de un examen de conciencia. No se trata de descubrir el Misterio, sino de revelar la razón.

Moviendo la cabeza afirmativamente, el Honorable Gordo Tudela acepta por fin los argumentos de Mister Alba. Pero inmediatamente pregunta:

—Y el juez... ¿Quién será el juez?

—También el juez ya está señalado —expresa David—. En la celda sólo hay una persona que pueda ser juez.

—¿Quién? —indaga Mister Alba, poseído de una vaga esperanza de que David se esté refiriendo a él.

—¿Quién ha de ser? —prosigue David—. El único preso honorable que hay aquí, es decir, el Honorable Gordo Tudela. Tiene además otra ventaja. Ha sido detective, de modo que al sentenciar le va a resultar muy fácil equivocarse.

Mister Alba se decide:

—Tiene razón David. El juez debe ser el Honorable Gordo Tudela.

Éste pregunta:

—Y el público... ¿Quién representará a la opinión pública?

—Vamos por partes —dice Míster Alba—. Primero hablemos del defensor.

El Gordo Tudela no lo deja continuar:

—Si hemos de ir por partes, empecemos con el acusador.

—Es verdad —acepta Míster Alba—. ¿Quién será el acusador?

David dice:

—No veo por qué lo dudan. Sólo hay aquí un hombre para eso. Es usted mismo, Míster Alba. ¿Conciben ustedes a Míster Alba defendiendo una causa justa o administrando justicia en nombre de la República y por autoridad de la ley? El privilegio de condenar no se lo puede disputar aquí nadie, Míster Alba.

—Eso quiere decir que usted aspira a ser el defensor, David —deduce el Gordo Tudela.

—Exactamente.

—Si es así, no doy mucho por la absolución del acusado —concluye Míster Alba, anticipándose a saborear una hipotética victoria.

—Eso lo veremos —dice David.

Míster Alba y David se miran con un rencor heroico y afilado, muy parecido al que muestran dos gallos antes de volar a sacarse los ojos. El Gordo Tudela empieza a disfrutar con la perspectiva del duelo entre los dos. Se frota las manos con satisfacción. Pero su entusiasmo cesa de repente. Sobre la composición del jurado el Gordo, que ya se siente juez, tiene sus dudas todavía.

—¿Quién hará el papel de jurado de conciencia? ¿Quién hará el papel de público? El personal disponible está agotado en la celda.

David pregunta:

—¿Público para qué?

—¿Para qué ha de ser? —dice el Gordo Tudela—. Para aplaudir, que es para lo que sirve la opinión pública. Además, la opinión pública exalta la autoridad del juez. Para que no lo olviden a él, el juez necesita amenazar de cuando en cuando a la opinión pública que asiste a las audiencias.

—Lo del jurado de conciencia se explica —dice David—. Pero la opinión pública no es necesaria en la cárcel. Procederemos como si se tratara de una audiencia secreta.

—Se me ocurre una idea —manifiesta Míster Alba—. El guardián puede hacer de jurado de conciencia.

—Pero el guardián no tiene conciencia —dice David.

—Precisamente —asegura Míster Alba—. El guardián es el mejor indicado para esa función. Está hecho para improvisar un criterio sin saber de qué se trata. Es decir, está hecho para hacer justicia.

El Honorable Gordo Tudela se dirige a la puerta. A través de la rejilla, cuya tapa

exterior tiene corrida, el guardián ha estado escuchando todo lo que se habla en la celda. El Gordo Tudela le habla a través de la rejilla:

—Queremos pedirle un servicio. En la celda acaba de constituirse un jurado. Es para juzgar a la justicia. Sólo nos falta el juez de conciencia.

El guardián da muestras de estar indignado. Contesta:

—No me gustaría caer en las garras de un jurado formado por asesinos y falsarios y estafadores.

—¿Cree usted que son mejores los procesos que se organizan afuera? —le pregunta David.

—Afuera por lo menos saben lo que es justo y lo que es injusto —sostiene el guardián.

Míster Alba lo aniquila con la mirada, al tiempo que dice:

—Sólo Dios sabe lo que es justo y lo que es injusto. Y a Dios no lo traen a los jurados.

El guardián habla con mayor insolencia:

—De todos modos, no colaboro en lo que pretenden hacer. Me da asco que los delincuentes se burlen de la justicia.

—No exagere —dice Míster Alba.

—Me opongo terminantemente a que los delincuentes escupan a la ley e injurien a la majestad de la patria —dice el guardián, rojo de rabia.

David se pone insinuante y conciliador. Le habla al guardián con su voz más suave.

—No sé de dónde saca usted tantos escrúpulos, guardián. Debiera comprender que lo que hacemos aquí no es más que un reflejo de lo que se hace fuera. Nuestra adorada cárcel es el espejo de la libertad: el oprobio de que haya inocentes en la cárcel está proporcionado a la ignominia de que haya criminales en libertad. Salga a la calle y mire para cualquier lado y averigüe si los hombres de la libertad le están dando a la majestad de la patria algo mejor de lo que nosotros le hemos dado: rapiña, violencia, atrocidades, infamia, terror. Pregúntele a Antón Castán sobre lo que piensa de la justicia de fuera y dígame usted si en nuestra adorada cárcel a nosotros nos está prohibido imitar a la justicia. Déjenos nuestro pequeño proceso, guardián.

—Hagan lo que quieran —dice el guardián.

Se retira de la puerta. Pero de repente se arrepiente y regresa. Ahora está congestionado de rabia patriótica y justiciera. Saca el revólver y apunta hacia el interior de la celda, a través de la rejilla. Sin poder contenerse amenaza:

—Al que hable una sola palabra le meteré una bala en la cabeza.

Así, bajo esta protección policial, los presos del jurado no tienen más remedio que callar. Todos callan. El acusado, el fiscal, el defensor, hasta el mismo juez, no tienen más remedio de callar.

Bajo el imperio del silencio pienso en el jurado que me rodea. No sé por qué, tengo miedo de él. En cierto modo, el jurado no es para mí una farsa. Tiene algo de legítimo, mucho de real. En lugar del aire de la amistad con que antes me rodeaban mis compañeros, algo me separa ahora de ellos, y ese algo es la valla que separa al reo del jurado.

Cuando, por fin, largo rato después, cansado de apuntarnos con el revólver, el guardián se retira, David comenta:

—Los gendarmes no entienden de teatro. Hoy ha sido un día perdido para la justicia.

Míster Alba también le saca tajada a la coacción del guardián y dice:

—Mejor que hoy no haya justicia. Puesto que no tenemos libertad, tampoco necesitamos justicia.

LUNES. NOVIEMBRE 23

No hay nada que nos haga más insoportables que llamar asesino a un asesino e inocente a un inocente.

FRANÇOIS MAURIAC

Sentados en las camas los cuatro, mis rodillas casi se tocan con las de David. El proceso está a punto de iniciarse.

—¿Quién tiene la Santa Biblia? —pregunta el Honorable Gordo Tudela.

—¿Para qué quiere la Santa Biblia? —pregunta a su vez Míster Alba.

—Para tomar los juramentos.

—Míster Alba tiene la Biblia, pero no es Santa, porque no es católica —dice David.

—No importa —sentencia el juez—. Con la última reforma de la Iglesia, los protestantes son ahora nuestros hermanos. Como no es para leer, sino para jurar, da lo mismo cualquier Biblia siempre que sea Biblia.

Míster Alba se dirige al rincón donde tiene apilados sus libros, busca la Biblia y se la entrega al Gordo. Éste la ojea, y al darse cuenta de que se trata de una edición inglesa, muestra alguna vacilación. Pregunta:

—¿Es usted protestante, Míster Alba?

—No soy protestante, pero me intereso por las cosas de los protestantes, como me intereso por las creencias de todos los hombres. No soy homosexual, pero he leído el Corydon. Tampoco soy vaquero, y sin embargo conozco todos los libros de Zane Grey.

—¿Cómo puedo saber que es realmente la Biblia? —pregunta el Gordo.

—Puede estar seguro. Con esa misma juran en los tribunales de Londres.

El Gordo se decide. Con la Biblia en la mano se pone de pie, levanta el brazo y habla así:

—Míster Alba, ¿jura usted cumplir honesta y fielmente con sus obligaciones de acusador, es decir, jura usted acusar, acusar, acusar, hasta que ya no quede de qué acusar?

—Juro —dice Míster Alba dejándose llevar por la corriente de la ficción, cruzando los dedos y llevándose los a los labios después de tocar la Biblia.

Después de esa escena yo tengo la impresión otra vez de que estoy en un proceso legítimo.

El Gordo vuelve a sentarse y Míster Alba empieza a hablar. Yo siento sobre mis

hombros el peso de la acusación que apenas se inicia. Míster Alba parece olvidarse de David y de mí y se dirige al Honorable Gordo Tudela, como si sólo hablara para él.

—Su Señoría me permitirá que prescinda de ciertos detalles que son usuales en casos como éste. He sido acusado muchas veces y sé, por lo tanto, cómo se procede en una acusación. Hoy, para mí, los hechos son muy simples. El último día del motín, en las oficinas de la cárcel, un hombre mató a otro. El muerto está en el cementerio. El asesino está en esta celda. Vamos a juzgarlo y, para ello, vamos a averiguar algo que hasta el momento no está claro. ¿Por qué mató Antón Castán? ¿Por qué mató? Nuestra decisión será fácil, nuestra justicia será justicia si logramos contestar a esta pregunta.

Sentado, yo me agito un poco. Por primera vez oigo que me llaman asesino. Eso da lugar a que Míster Alba repare en mí. Sin duda, me mira con ojos de reproche que no le conocí antes. Míster Alba se quita el sombrero y vuelve a ponérselo, con ese ademán que le es característico cuando habla en público.

—¿Podría el acusador dejar de hablar con el sombrero puesto? —indica el juez.

—Su Señoría tendrá que dispensarme —dice el acusador—. Si me quito el sombrero, sería tanto como si me quitara la cabeza. Soy de raza de conquistadores, es decir, soy de raza de hombres que piensan y obran con el sombrero puesto. Si me quito el sombrero, no podré hablar.

Míster Alba carraspea y sigue adelante:

—En el empeño de aclarar por qué mató, le presentaré a Su Señoría el cuadro de la verdad. Digamos que Antón Castán mató por ser inocente. Cansado de ser inocente, por estar purgando en la cárcel un delito que no cometió, Antón se decidió a matar a Leloya. Quería apartar de su cuerpo el olor de la inocencia, que sólo se quita con manchas de sangre. ¿Es ésta la verdad? Sí, lo es. Para mí lo es, y por lo tanto, pido para Antón Castán la pena de prisión perpetua. Antón no ha debido matar. La libertad está hecha para que el hombre pierda la inocencia. Pero en la prisión, el hombre no tiene derecho a dejar de ser inocente.

Se cala el monóculo, esta vez en el ojo sano. No hay duda de que está excitado. En seguida habla de nuevo:

—¿Mató Antón Castán porque lo corrompió la cárcel? He aquí, otra vez, la verdad. ¿Qué hará Su Señoría con tanta verdad? No hay nada que oprima tanto como la verdad. ¡Qué bien nos sentaría en este momento un poco de mentira! Pues la verdad es, Señoría, que la cárcel corrompió a Antón Castán. Tres años conviviendo con asesinos y con ladrones producen su efecto. Antón no sólo era inocente. Era también puro. La cárcel ha puesto ya sus huevos podridos en ese nido immaculado. Yo pido la absolución de Antón Castán. Y pido que castigemos al único culpable. Pido que metamos a la cárcel en la cárcel.

Como tengo enfrente a David, los dos no dejamos de mirarnos. Ahora no lo veo

como David, sino como mi defensor. Una vez más, nuestros ojos hablan por nuestro silencio. Nuestros ojos comparten el secreto de los más hondos afectos humanos. Míster Alba avanza ya en otro capítulo de su disertación.

—También puede sostenerse que Antón mató porque odiaba a Leloya. No vale la pena averiguar por qué lo odiaba. Lo esencial es que lo odiaba. El odio se le atascó en el cuerpo, la furia del odio le paralizó la sangre. No dormía para no perder el tiempo del sueño en dejar de odiarlo. Mató, pues, para dejar de odiarlo, para descansar del rencor. Yo juraría que mató para poder dormir. No sé cuál será en este caso la pena apropiada. Supongo que el Código Penal no indica lo que debe hacerse con el hombre que mata para poder dormir.

Míster Alba se repone un momento de la debilidad de la voz, que lo ha llevado a toser varias veces. Pasada la crisis, sigue hablando con más bríos:

—Pero es indudable que Antón no mató a Leloya por ser Leloya, sino por ser director de la cárcel. Su mano ejecutó una acción cuajada en un clamor de siglos, su mano empuñó el reclamo de todos los oprimidos del mundo. Mató en Leloya la dictadura de la cárcel, el régimen milenarista de la prisión, la opresión de las cadenas, el rezago técnico de la esclavitud. Hace medio siglo el maestro Vargas Vila definió el crimen de Antón Castán: «Sólo me siento culpable de un delito: del crimen de que César viva», dijo el maestro Vargas Vila. Pues bien. Antón, inocente, empezó a sentirse culpable del crimen de que César viviera, y para que César no viviera, mató en él a Leloya. Antón Castán es el asesino de toda tiranía. Su crimen es un crimen político. Yo pido para él la máxima pena de la política. Pido que lo condenemos a la libertad.

Míster Alba se muestra fatigado. Hace una pausa y toma aliento. Claramente se advierte que está para terminar.

—Su Señoría ya tiene cuatro verdades para escoger. Pero los toreros dicen que la quinta verdad es la verdad. Aquí tiene Su Señoría la quinta verdad. No sonría Su Señoría si yo aseguro que Antón mató por un motivo puramente literario. Casi podría decir que mató en un gesto de coquetería retórica. David Fresno le metió en la cabeza que el diario que está escribiendo es un drama. Aquí no cabe la duda: Antón mató a Leloya para poder terminar con éxito el segundo acto del drama. Como los escritores de novelas que matan en teoría para exponer una tesis, o para darle a sus libros un aire de misterio, Antón mató en la realidad para imprimirle a su inocencia encarcelada un poco de patetismo. Con este muerto, su libro podrá venderse más. Pido para él una purga literaria. Pido para él la pena que imponía un tirano del Caribe a los escritores: los dejaba publicar el libro, pero después los obligaba a comerse el libro.

Mirando hacia la puerta de la celda Míster Alba se dispone a seguir, pero la voz se le esfuma en la garganta. La acusación ha terminado. A través de la rejilla, que

ahora está corrida en la parte exterior, dos ojos febriles escrutan la celda. Hoy el guardián no necesita apuntarnos con el revólver para hacernos callar.

MARTES. NOVIEMBRE 24

Cuando un hombre dispara sobre otro, dispara sobre sí mismo: no existen asesinos en el mundo.

CURZIO MALAPARTE

—El defensor tiene la palabra —dice el Honorable Gordo Tudela después de tomarle juramento a David.

David parece nervioso, como si tuviera al frente una audiencia pública. Empieza a hablar en voz baja:

—No debiera ocuparme de la acusación, sencillamente porque aquí no ha habido acusación. Pero el respeto que me inspira la cárcel y la necesidad que tengo de desagraviarla me obligan a examinar una a una las falacias de Míster Alba. No tengo más remedio. Voy a meterme en el pantano. Voy a destruir el rompecabezas de variados colores con que ha querido deslumbrarnos Míster Alba. Lo haré de un manotón, como el niño que tira al suelo las piezas revueltas de un juego de dominó.

David habla sin parar. Ahora no lo miro. Me siento tranquilo, casi libre. Su voz me ampara del temor a lo desconocido.

—Míster Alba nos ha mostrado los cinco rostros de la verdad. Pero cuando la verdad muestra cinco rostros es que ya no se siente segura de ser la verdad. Decir que Antón mató para limpiarse del cuerpo el olor de la inocencia es ensuciar el cuerpo de la inocencia con una increíble perversidad. Decir que mató porque lo corrompió la cárcel es calumniar a la cárcel. Decir que mató para poder dormir es una fábula rusa: eso lo leyó Míster Alba en un libro de Chéjov que yo le presté recientemente. Decir que mató por inspiración del maestro Vargas Vila es sostener que el crimen lo cometió el único discípulo que aquí tiene Vargas Vila, es decir, el mismo Míster Alba. Decir que mató para poder darle un aire de tragedia al segundo acto del drama es no conocer esta celda. Desde que Míster Alba entró en ella, esta celda ya no necesita más tragedia.

En este punto la voz de David, aunque todavía baja, es mucho más enérgica:

—Con el mismo criterio de acuñar verdades con el metal de la mentira, yo podría presentar también otros aspectos del asunto, que Míster Alba omitió. Podría probar, por ejemplo, que Leloya no ha muerto, aunque lo hayan enterrado, puesto que sus obras, es decir, sus crímenes, están vivos. Podría decir que no lo mató Antón, sino el propio Míster Alba, o sea quien lo citó al sitio donde encontró la muerte. Podría demostrar que a Leloya no lo mató el brazo de carne de Antón, sino la pierna de palo

de Óscar. Podría decir que el crimen tiene antecedentes temporales transmigratorios y afirmar que al matar, Antón cumplió con una predestinación que le llega de los más hondos compromisos de una antigua encarnación. El Honorable señor juez le dijo a las damas católicas que Leloya se suicidó. Sin descartar esta hipótesis, no sería difícil poner en claro que en Leloya no murió Leloya, sino el mismo Antón Castán, También podría apelar a un recurso puramente dramático, probando que Antón mató porque ama la publicidad de la justicia, es decir, que mató para poder ser juzgado. Por otro camino, estaría capacitado para mostrar que mató por compasión humanitaria: mató para salvar a Leloya del horror de ser víctima de una guerra atómica. Finalmente, no me sería difícil poner en evidencia que al matar a Leloya, Antón se puso a salvo de que Leloya lo matara a él: es posible que Leloya se hiciera nombrar director de la cárcel para borrar con un nuevo delito las huellas de una antigua infamia contra Antón.

Traspira tanto, que la tela húmeda de la camisa se le pega a las costillas, destacando la sombra de los huesos, como en una radiografía borrosa.

—Para un jurado real, la exposición y el desarrollo de cualquiera de esas versiones sería un triunfo de la ciencia penal. Pero aquí no se trata de darle vida a los espectros. Aquí no se trata de hacer con las leyes una exhibición de juegos malabares. En este jurado fantasma, yo sólo le puedo dar crédito al hombre.

Ahora David habla con ardor. Bajo el golpe de su voz, el ojo apagado de Míster Alba parece una cuenca de ceniza.

—Yo no defiendo al hombre. Yo trato de comprender la acción del hombre. Y puesto que trato de comprenderla, en este caso puedo decirles, por fin, la verdad. Es la única verdad. Antón Castán mató para ejecutar una venganza.

En la sombra, yo siento que los muertos se agitan. Los muertos... ¿Por qué no he hablado hasta ahora de los muertos?

Los muertos tienen miedo de los presos, pero vienen a la celda con frecuencia. A veces, cuando me siento solo, silbo a los muertos. Los silbo como mi padre silbaba a los perros, para llamarlos cuando necesitaba salir con ellos a perseguir los presos que se fugaban de la cárcel. Y como los perros de mi padre, los muertos atienden mi llamada, llegan sumisos, se acuestan a mis pies.

En la cárcel, la justicia ha dejado sus huellas digitales, y esas huellas son los muertos que llenan la vida de la cárcel.

Una noche silbé en la celda y Míster Alba me preguntó:

—¿Para qué silba, Antón?

—Estoy llamando a los muertos —dije yo.

—Si están muertos ríen vendrán.

—Están muertos, pero vienen a vivir con nosotros cuando los llamo.

—No entiendo.

—Los asesinos nunca mueren. Siguen viviendo en sus delitos. Para un asesino, la cárcel es la inmortalidad. Cuando un hombre mata a otro, ambos van a la cárcel. Los muertos también tienen un subconsciente y ese subconsciente de los muertos es lo que vive entre nosotros.

Míster Alba se levantó de la cama. Braulio también se agitó en la suya. Los dos debieron de creer que yo estaba loco. Pero yo estaba tranquilo, porque sabía que David me comprendía y que los muertos también me comprendían.

Ahora, los muertos están aquí, sin que yo los haya llamado. O quizá los silbara sin darme cuenta y ellos acudieron, pensando que los necesitaba. De todos modos, siento muy cerca el frío de su aliento. Hoy me lamen las manos también, como si los muertos buscaran pan en mis manos. No se crea que vienen a acusarme. Vienen a defenderme. Yo soy un preso, lo cual quiere decir que soy uno de los suyos. En mis dedos, entre los muertos que me lamen las manos, yo distingo muy bien el roce húmedo y varonil de los labios muertos de mi padre.

Muy lejos, aunque está cerca de mí, David sigue hablando. Quizá los muertos hayan influido en él, pues su voz tiene acento de ultratumba.

—No voy a decirles que con la muerte de Leloya Antón Castán se vengó de la justicia. Tampoco voy a decirles que Antón mató para burlarse de la libertad, al recobrar por sí mismo la libertad de matar. Menos aún les diré que el destino se encargó de alargar con la pierna de Óscar el alcance del brazo demoledor. No. Mi idea sobre la muerte de Leloya es tan simple, que de lo puro sencilla resulta casi torpe. No quiero provocar dolor de cabeza en el Honorable señor juez al decirle que habiendo estrangulado a su amante, Leloya logró llevar a la cárcel a Antón Castán, acusándolo de su propio crimen. El abogado Ramírez le reveló a Antón este secreto. Leloya era el cacique y en nuestro pueblo el cacique es el dueño de la libertad. Cuando Leloya fue nombrado director de la cárcel, Antón debió de empezar a sentir que la muerte se le aproximaba. Cuando estalló el motín y lo tuvo cerca, la muerte ya estaba sudando entre sus dedos. Ya lo he dicho: es sencillo como la verdad. Es sencillo como la mentira. Es sencillo como la justicia. La justicia es pura y es sencilla, pero los hombres la complican y la ensucian, cuando la convierten en cárcel. Y por ser tan sencillo este caso, yo no pido la absolución ni la condena del acusado. Pido que busquemos la manera de comprenderlo, porque éste será el único modo de absolver la justicia. Así podremos aplicarle a este duelo individual la lógica criminal de las batallas históricas, después de las cuales se cierran las cárceles y se destapan las estatuas. Todo esto me lleva a concluir que Antón Castán no ha cometido ningún crimen. Sencillamente, ha vencido. Leloya se había rebelado contra los derechos del hombre al perseguir a Antón Castán. Al matarlo en la cárcel, Antón ha ganado la guerra. La guerra ha terminado, paso al vencedor. Ha llegado la hora de las condecoraciones.

Permanece de pie después de las últimas palabras. A mi lado, los muertos se agitan, excitados, impacientes, delirantes, como los perros cuando mi padre se disponía a salir a cazar fugitivos. Los muertos me rozan las piernas con sus lomos peludos, como si quisieran invitarme a salir de la celda, como si quisieran que los siguiera por los caminos de la muerte.

El juez dice:

—¿Tiene la acusación algo que alegar?

Míster Alba contesta:

—Lo único que tengo que decir es que es una lástima que por estar en la cárcel David no hubiera podido terminar sus estudios en la Universidad. El defensor habla tan bien, o mejor dicho, habla tan mal como un abogado.

La voz del Honorable Gordo Tudela suena muy clara:

—Tiene la palabra el acusado.

Yo no tengo nada que decir en este proceso. Sin embargo, los muertos me piden que hable. Quizá ladren con sus fauces de polvo para pedírmelo, pero de algún modo me lo exigen. A los muertos les gusta que yo hable. Se calman con mi voz. A veces, mientras hablo, se duermen a mis pies. Entonces, empiezan a soñar que están vivos.

No hubiera hablado, de todos modos, si no hubiese reparado de repente que entre los muertos, acurrucado a mis pies, está Leloya. En el primer momento quiero pisarlo, espantarlo. Yo no contaba con este muerto. Pero al sentir otra vez entre mis manos la lengua cálida, y sin embargo muerta, de mi padre, tengo una inspiración. Resuelvo desconcertar a Leloya:

—Soy inocente —digo en voz alta.

Todos, los vivos y los muertos, me miran sorprendidos. Sólo Leloya me mira con miedo. Yo digo:

—Señor juez, concédale ahora la palabra a la víctima.

—¿A quién?

—A la víctima. Al muerto.

Jamás había visto tan desconcertado al Honorable Gordo Tudela.

—¿Qué dice?

—Digo que quizás el muerto tenga algo que decir.

—¿Dónde está el muerto?

—Está aquí. Los muertos están siempre donde se juzga a los muertos. Dele la palabra y hablará. La declaración de Leloya es en este caso fundamental.

El Honorable no se decide, a pesar de que Míster Alba pide también que oigamos a Leloya.

Entretanto, Leloya permanece al acecho, como el perro que se dispone a saltarle al cuello al enemigo. Pero Leloya no me salta al cuello. Al oír que Míster Alba pide que hable se da cuenta de que se necesita muy poco para que lo pongamos a hablar.

De repente brinca, pero no para atacarme, sino para huir. Yo comprendo muy bien. A los muertos no les gusta hablar de sus crímenes.

A los muertos no les gusta que se diga que ellos son los asesinos cuando son ellos los que empujan a los otros a matar.

Animado por la fuga de Leloya repito con toda claridad:

—Soy inocente.

La jauría de los muertos corre tras de Leloya, mordiéndole los talones. Es una pena. No puedo retenerlos. Estoy rendido. Ya no tengo fuerzas para silbar a los muertos.

MIÉRCOLES. NOVIEMBRE 25

Este acusado es el peor defensor de sí mismo.

BRUNO WEIL

El honorable Gordo Tudela se dispone a dictar la sentencia. Durante toda la noche anterior estuvo dando vueltas en la cama, agitado por las innumerables sorpresas que se pusieron de relieve en el curso del proceso.

Hoy el Gordo Tudela tiene más cara de juez que los días anteriores. La proximidad de la sentencia lo pone impaciente. Sin duda, la preocupación del papel que le ha tocado desempeñar en el proceso empieza a imprimirle carácter.

Desde muy temprano, el juez empieza a escribir la sentencia. Como juez, una cosa no se le puede reprochar al Gordo, y es que se demore en administrar justicia.

Yo quisiera en este momento detener la mano del juez. Quisiera decirle que antes de acabar de escribir la sentencia recuerde que fue él mismo, el juez, quien estimuló en mí la idea de matar. Pero el Honorable Gordo Tudela se dedica a la literatura y a la justicia con todas las energías de su cuerpo. Es imposible que en este momento pueda dejar de escribir para recordar la pregunta fatídica que él mismo me hizo aquella tarde: «¿Le gustaría matarlo?». Y conste que yo no acuso al juez. Digo sencillamente que él hizo vibrar en el aire la cuerda de una idea cuya punta material, el acto de matar, ya estaba madurando dentro de mí.

En un momento dado el juez deja de escribir.

—¿Cómo se escribe libertad? —pregunta.

—Escríbala de cualquier modo —dice Míster Alba—. Peroscríbala con mayúscula. Libertad es una palabra importante.

El Gordo sigue escribiendo. Media hora después anuncia que está listo para dar a conocer su decisión. En seguida lee la sentencia:

—Conocida la acusación y oída la defensa, entro de lleno a administrar justicia. Ni la una ni la otra ayudan en este caso a la justicia. La defensa, por abarcar mucho; la acusación, por apretar muy poco. Es una lástima que el muerto no haya querido hablar. Quizás al muerto se le haya olvidado hablar. En cuanto al acusado, todavía tiene el valor de sostener que es inocente. Yo estaría dispuesto a aceptar este concepto; pero, sin duda, en el juicio se ha puesto de manifiesto que, aunque sea inocente, Leloya murió, como si dijéramos en sus brazos. En este proceso, la duda es lo único que está claro. Todo está confuso; hay que aceptar, pues, la confusión. No pudiendo castigarlo por el crimen que evidentemente cometió, pero no pudiendo, por

eso mismo, devolverle la libertad, condeno a Antón Castán a permanecer en la cárcel y a seguir purgando el crimen que no cometió.

Ésta no es una sentencia de juez, sino de detective. Pero es la sentencia que Míster Alba y David estaban esperando. Otra cualquiera ajustada al rigor de la justicia estricta los hubiera desconcertado.

Por mi parte, debo decir también que si durante los períodos de la acusación y la defensa el juicio me pareció legítimo, ahora no me lo parece tanto. A la hora de la sentencia cambia el color con que vemos las cosas. La sentencia del juez ha tenido, en efecto, la virtud de abrirme los ojos. Estoy volviendo a ver que el proceso fue una maquinación de la cárcel para agraviarme y confundirme.

Sin embargo, en este momento me siento desnudo ante los miembros del jurado. No tengo nada que ocultarles. Para los seis ojos que me miran, nada cubre ya mis recónditos secretos. Esta sensación de encontrarme desnudo ante la justicia la he experimentado antes, por lo menos dos veces en mi vida.

Siendo niño sufrí una vez una vergüenza de este género. Cerca de mi casa, en el camino entre mi casa y la escuela, por donde yo pasaba todos los días, estaba la botica de Don Zimarro. En la botica se vendía de todo. Pero había una cosa que, aunque estaba a la venta, yo no podía poseer. Se trataba de un pequeño camión rojo, de cuerda, que al correr aullaba, como los carros de los bomberos. Aquel camión que mi padre no quiso o no pudo comprarme, me obsesionaba. Pasaba las noches pensando en él. Pasaba horas enteras contemplándolo en la ventana de la tienda de Don Zimarro. Hubiera dado cualquier cosa por adquirirlo.

Un día decidí robarlo. Don Zimarro era medio ciego. Distraerlo o engañarlo resultaba muy fácil. Según mis cálculos, la faena de apropiarme del juguete era cosa de entrar en la tienda y salir con él en la mano.

Llegué a la tienda. Don Zimarro me salió al encuentro.

—¿Viene a robarme el camión? —me preguntó.

—¿Cómo sabe a qué vengo? —pregunté a mi vez, asustado, pero sin perder la calma.

—Anoche soñé que hoy vendría a robarme el juguete. Precisamente el camión rojo. Es algo curioso. Dígame la verdad. Necesito que me diga la verdad.

Parecía más preocupado por descubrir si el sueño de la noche anterior correspondía a la realidad del día presente que por asegurar la propiedad del juguete.

De todos modos, lo robé. Puesto que Don Zimarro sabía que yo era un ladrón, no había para qué simular. En las propias barbas de Don Zimarro salí con el juguete. El viejo me miraba, sin moverse, sin protestar, sin decir nada, como si aún estuviera soñando. Evidentemente, aquel acto real que él había sentido en el sueño lo había dejado mudo y paralizado. En cuanto a mí, para un hombre que no tiene nada de audaz, aquélla fue una hazaña reveladora.

Fue una hazaña, pero entre el momento en que penetré en la tienda y el momento en que salí con el juguete, sentí que mi corazón no tenía secretos para Don Zimarro. Más o menos lo mismo que experimento ahora frente al jurado después que el juez ha dictado la extraña sentencia.

Otra vez que me sentí desnudo en público fue el día en que me detuvieron. Yo trabajaba en las petroleras, allá en Barranca. Los fines de semana dejaba las petroleras e iba a mi pueblo. No sé por qué iba, ya que no tenía allí familia ni nada que me atrajera o me vinculara al lugar. Fuera de la tumba de mi padre, yo no tenía nada en aquel pueblo.

Cuando bajé del autobús, tres policías se me acercaron y me llevaron a la cárcel municipal. No pude lograr que me explicaran por qué me detenían. Sólo tres años después, en la cárcel, logré saberlo. Al bajar del autobús, sin embargo, me pareció que me detenían porque no tenían otra cosa que hacer, o que me detenían como hubieran podido detener a otro cualquiera. Esta actitud de indiferencia de los policías fue lo único que me hizo acordarme en ese momento de que yo era inocente.

Entre el autobús y la cárcel municipal donde estuve encerrado primero volví a sentir la sensación que experimenté ante el escrutinio implacable de los ojos de Don Zimarro. No importaba que esta vez sí fuera inocente del todo. Quienes me veían pasar hacia la cárcel, entre tres policías, no tenían por qué saber que yo era efectivamente inocente. La inocencia no se lleva en la frente, como si fuera una estrella. Sin embargo, la gente me afrentaba mirándome, como si llevara una estrella en la frente. Pablo Lepanto ha dicho que el juez debe mirar con los tres ojos, el ojo de la cara, el ojo de la mente, el ojo de la paciencia, porque así como en la oscuridad de la noche no hay nada que se parezca tanto a un ladrón como un policía, cuando se ignora la verdad no hay nada que se parezca tanto a un culpable como un inocente.

De niño, cuando yo veía que llevaban un hombre a la cárcel, la escena resultaba tan irónica que casi me parecía una comedia. El hombre que iba a la cárcel era una caricatura del hombre que perdía la libertad. El hombre que iba a la cárcel me hacía reír de niño, como hace reír a los niños, inconscientemente, el hombre que se resbala y cae. Camino de la cárcel, no como espectador, sino como detenido, yo no podía escapar a la idea de que algún niño, en alguna parte, pudiera estar riéndose al verme pasar. Para mí, en ese momento, sólo tenía importancia que los niños pudieran estar burlándose de mi inocencia. Y era esa risa infantil, anónima pero ineludible, la que en ese momento exhibía en la calle mi intimidad, como si estuviera mostrándole al mundo la radiografía de mi alma.

Otra idea que me asaltó cuando me llevaban a la cárcel fue la de que aunque lo fuera en apariencia, yo no debía de ser del todo inocente.

El hombre ama su inocencia con la misma fuerza absurda con que teme los delitos que no ha cometido.

Descubrí también que lo que importa más no es la cárcel, sino el camino hacia la cárcel. En el camino hacia la cárcel, yo buscaba desesperadamente la culpa que me deparaba ese castigo. Sin dejar de sentirme inocente, me acosaba el remordimiento de los crímenes desconocidos. Propiamente, no era que me sintiera culpable: era que los demás se purificaban, creyendo que toda la culpa era mía.

Por confuso que parezca, dirigiéndome hacia mis tres años de cárcel, acosado por la mirada hostil de los hombres, me sentía, sin embargo, responsable de innumerables delitos ajenos. Pagaba así mi cuota familiar en los crímenes de todos los hombres. La gente no me veía a mí en ese momento. Veía en mí a todos los que violan la ley. No había modo de que yo pudiera ocultar los pecados que no eran míos, pero que pertenecían a todos.

Un guardián viene a buscarme y me lleva a la oficina del director de la cárcel. Al salir me parece que mis tres compañeros están seguros de que el director me ha llamado para confirmarme la sentencia. El director me recibe con Ramírez, el abogado.

Cuando regreso a la celda me acosan a preguntas.

—¿Qué pasó?

—¿Qué le dijeron?

—Me dijeron que mañana recobraré la libertad.

—¿Qué? —gritan los tres.

—Eso. Me dijeron que me prepare para salir mañana. El director añadió que para salir me ayuda mucho mi buena conducta.

—¿Buena conducta? —repite Míster Alba, frotando las palabras con la lengua, letra por letra.

—¿Buena conducta? ¿Está seguro de que dijo buena conducta? —pregunta David.

—Sí —termino yo—. Saldré mañana. Acabo de firmar el acta de excarcelación. En realidad, ya debiera irme hoy. El acta tiene fecha de hoy.

En un principio, el Honorable Gordo Tudela no dice nada. Pero yo sé lo que piensa. El juez no puede entender que su sentencia no se cumpla. En efecto, poco después el Gordo comenta:

—Temo que el proceso haya tenido fallas que impiden la ejecución de la sentencia.

La protesta de Míster Alba por esta decisión de libertad incondicional e inmediata produce en él una reacción curiosa. Míster Alba toma un lápiz y un papel y escribe algo. Luego llama al guardián y le pide que lleve ese mensaje al director.

—¿De qué se trata? —pregunta el Honorable Gordo Tudela.

—Le pido al director de la cárcel que me apliquen la pena de muerte.

—¿Por qué? —pregunta el Gordo.

—Toda la vida he sido acusado. Ahora, por primera vez, me ha tocado juzgar a otro, y he fracasado. Yo no debo vivir. Merezco la pena de muerte.

—La pena de muerte no existe en nuestra justicia —alega el Gordo.

—Hay muchas cosas que no existen y, sin embargo, hablamos de ellas como si existieran.

—¿Es una protesta por lo que le van a hacer a Antón?

—Es una protesta por lo que le están haciendo a la justicia.

El Honorable Gordo Tudela deja pasar un momento y emite esta reflexión definitiva:

—Las sentencias ya no se cumplen ni en la cárcel.

Poco después, agotado, Míster Alba se queda dormido. Lo miro con calma y compasión. Me parece viejo, con una vejez que hubiera brotado en sus huesos y en su carne repentina e inesperadamente. David aprovecha el momento para decirme confidencialmente: —Temo que tendrán que trasladarlo a un manicomio. Pero Míster Alba no está dormido, sino fingiendo apenas que duerme. Abre los ojos y mira a David sin rencor, pero sin esperanza. Y empieza a hablar con voz muy apagada:

—En Málaga, donde yo nací, conocí una vez a un filósofo. Es el único filósofo que he visto cara a cara. Se llamaba Donato Cruzado. Poco antes de que lo llevaran al manicomio le oí una frase que es lo mejor que se ha dicho sobre la vida. Donato Cruzado dijo: «Si yo no fuera loco, me volvería loco».

JUEVES. NOVIEMBRE 26

El hombre sólo podrá recobrar la inocencia si reconquista la libertad.

HENRY MILLER

Mientras preparo la maleta, Míster Alba me habla incansablemente:

—¿Publicará el libro?

—Sin duda. Prepárese para que la gente discuta sobre usted, Míster Alba.

—¿Cómo lo sacará de la cárcel?

—No hay problema. Ya consulté con mi abogado. Si hay objeciones, él lo arreglará todo. Es primo hermano del director de la cárcel.

—¿Quién publicará el libro?

—No sé. Se lo daré a Ramírez, quien me ha dicho que se lo llevará a Pablo Lepanto, el escritor. Quizá Lepanto se interese por él.

—Si se lo lleva, Lepanto se interesará tanto, que lo publicará con su nombre.

—No importa. Lo que me importa es que lo publique.

—No será la primera vez que Lepanto publique un libro ajeno con su propio nombre.

Ni siquiera en esos momentos en que debiera preocuparse un poco de lo que en el futuro voy a pensar de él, Míster Alba se cuida de su reputación. Para Míster Alba no hay nada mejor que hablar mal del prójimo.

Cuando Míster Alba me deja un momento, el Honorable Gordo Tudela toma el turno en el interrogatorio de la despedida. No hay remedio. La vulgaridad del Honorable Gordo Tudela me obliga a ser sentimental.

—¿Vendrá a vernos?

—Claro que vendré a verlos. Les traeré libros.

—No se le olvide visitar a mi mujer.

—No se me olvidará.

—Quiero que conozca a mis hijos.

—Descuide. Iré a conocerlos.

—Son buenos chicos. Les gusta verme en el oficio de detective. Mucho cuidado con lo que les diga. Ellos no saben que estoy aquí. Creen que me encuentro en el extranjero, en misión secreta. Mis hijos gozan viéndome llevar hombres a la cárcel.

Calla un momento, medita y vuelve a conversar.

—¿Qué planes tiene para la vida, Antón?

—No sé qué planes tendrá la vida para mí.

—Quiero decir... ¿En qué va a trabajar?

Me hubiera gustado decirle que la cárcel me enseñó a no trabajar. Pero no digo nada. Sin embargo, el Honorable Gordo Tudela no puede dejar de preocuparse por el destino que me espera fuera de la prisión.

—¿Cómo va a aprovechar la libertad? ¿Qué va a hacer?

—Pienso sentarme a la orilla de un camino solitario, y sentirme libre, y mirar al cielo, y sonreír. Eso es todo lo que pienso hacer.

—Cuidado con los caminos solitarios —dice Míster Alba—. Mientras sonrío y mira al cielo, lo pueden asaltar los guerrilleros.

Para librarme de las preguntas topográficas del Honorable Gordo Tudela me dirijo a regar el rosal. David se va detrás de mí.

—¿Se va a llevar la rosa?

—No. La dejaré aquí. No olvide que es para adornar su ataúd.

David sonrío con melancolía.

—Yo la cuidaré.

En seguida me expresa de nuevo sus preocupaciones sobre la salud de Míster Alba.

—Yo creo que está loco.

—Siempre ha sido así.

—No. Ahora está loco de verdad. Tendrán que llevarlo al manicomio.

—La cárcel es la mitad del camino entre la libertad y el manicomio.

A pesar de lo que digo, yo no concibo a Míster Alba en el manicomio. Ni siquiera en beneficio del manicomio puedo concebir a Míster Alba fuera de la cárcel.

—Está loco —repite David.

—No está loco. Estoy seguro.

—Pero tampoco está cuerdo.

—No está loco, ni cuerdo —acepto yo.

—Si no está loco, ni cuerdo, ¿qué van a hacer con él? —pregunta David.

—Dejarlo en la cárcel —afirmo yo—. La cárcel es la única solución. La cárcel es el sitio para los hombres libres.

—¿Qué es un hombre libre?

—Un hombre que no está loco, pero tampoco está cuerdo.

Termino con la rosa, y le digo a David:

—Cultívela. Se verá bien encima de su ataúd. No deje de regarla. Florecerá algún día. ¿Por qué no ha de florecer?

Detrás de mí, en los pocos pasos que puedo dar en la celda, David no me abandona. Se parece al niño que sigue al padre que se prepara a viajar. Me pregunta:

—¿Qué le va a decir a Nancy?

—Yo no conozco a Nancy.

—Ella lo conoce a usted. Y usted le gusta.

—¿Qué me importa?

—Yo sé cuándo un hombre le gusta a Nancy.

—De todos modos, yo no la veré.

—Ella lo buscará.

—Hablemos de otra cosa, David.

—Vendrá a buscarlo en el Ford. Ya debe de estar esperándolo en la esquina.

—Ella no sabe que voy a salir.

—Las mujeres saben cuándo salen los hombres de la cárcel.

—David, no conozco a Nancy, y no me importa. Deje de hablar de eso.

Pero él está cada vez más excitado por la posibilidad de que la libertad pueda aproximarme a Nancy. Para él, la libertad es en este momento la patria donde Nancy va a encontrarse conmigo, la patria donde sólo viviremos Nancy y yo.

—Si sale de paseo con ella, por el campo, no suban los dos al mismo caballo. Si no quiere volverse loco, no suban los dos al mismo caballo.

—No le haga caso, Antón. El pobre está loco —dice Míster Alba con tono protector.

—¿Quién tiene aquí razón? —pregunto yo.

—Todos tienen razón, porque todos han perdido la razón —dice Míster Alba.

Sólo me falta despedirme de los muertos. Pero no me atrevo a silbarles. Si les silbo, quizá quieran irse conmigo, brincando por los caminos de la libertad, como los perros de mi padre, cuando mi padre salía por el campo a cazar presos. Yo no quiero la libertad para los muertos. Por lo menos, no quiero para mí la libertad con los muertos.

Míster Alba me pregunta:

—¿Vendrá a la inauguración del monumento?

—¿Qué monumento?

—¿No lo sabe? El monumento al preso no identificado. Consistirá en un mausoleo coronado por la pierna de Óscar.

—Es cierto —observa David—. El director de la cárcel ha dado permiso para construir el monumento. El director de la cárcel también está loco.

El Honorable Gordo Tudela dice con convicción:

—Cuando yo salga, búsqume en Medellín, Le será fácil encontrarme. Pregunte por mí en el cuerpo de detectives, sección de Medellín.

David añade por última vez:

—Nancy ya está en la esquina, esperándolo.

Yo pongo los papeles del diario en la maleta. Cierro la maleta y me dispongo a salir.

Míster Alba dice:

—Es una novela. Podemos poner la palabra fin.

—Es un drama —sostiene David—. Habrá que decir que cae el telón.

El Honorable Gordo Tudela, que no está muy al corriente de los secretos literarios de la celda, nos mira como si efectivamente todos estuviéramos locos.

El guardián que ha venido a sacarme abre la puerta. Recobrar la libertad tiene una ventaja, y es que si bien nunca recordamos cómo entramos a la cárcel, podemos recordar, paso a paso, cómo salimos.

Al cerrar la puerta por fuera, yo corro la mirilla. Puedo tomarme esta libertad, como si fuera un guardián, porque ya no soy un recluso.

No sé cómo puedo contemplar sin gritar esta cueva de iniquidad. Tal vez la libertad empiece a aturdirme.

Adentro, David, Míster Alba y el Honorable Gordo Tudela dan lástima. Parecen fieras de zoológico. Sólo en este momento descubro que, fuera de todo lo demás, enjaulados, indefensos, los presos son personajes de exhibición un poco cómica.

De pronto, algo me estremece. Al darse cuenta de que me voy, junto a Míster Alba, junto a David, junto al Honorable Gordo Tudela, los muertos empiezan a agitarse. Con gran sorpresa mía descubro desde fuera que aún estoy dentro, pero no ya con los vivos, sino con los muertos. Allá estoy yo, con ese pobre preso difunto que es ahora Leloya. Allá estoy yo, con los muertos que me lamían las manos buscando en ellas el pan de los muertos. La celda está llena de cadáveres. La celda es el cementerio de los hombres que sellan la paz con la justicia.

Esto de mi presencia entre los muertos no es una obsesión. Afuera me siento conmovedoramente solo, como si yo estuviese libre, pero mi inocencia siguiera en la prisión.

Cuando por fin me voy, sé que entre esos presos y esos muertos yo estoy dejando el cadáver de mi libertad.



JESÚS ZÁRATE MORENO. Nació en Málaga, Santander, Colombia, en 1915. Periodista y diplomático, ocupó importantes cargos en España, Estados Unidos, Cuba, México y Suecia en las misiones diplomáticas de su país. Zárate se inició en el periodismo en el diario Vanguardia Liberal, del que fue redactor jefe, y antes de su muerte había publicado cuatro volúmenes de cuentos (*No todo es así*, *El viento en el rostro*, *El día de mi muerte* y *Un zapato en el jardín*). La novela *El cartero* salió a la luz en 1973.

En 1972, un amigo del autor presentó al Premio Planeta la novela de Zárate *La cárcel*, aunque éste ya había fallecido en Bogotá cuatro años antes, en 1968. El jurado del galardón le otorgó el premio, dando lugar al hecho insólito de ser el primer autor en conquistarlo después de haber fallecido. El importe del mismo lo recibieron la viuda del escritor y sus tres hijos.